

MELINITA

PQ2193

.B7

M48

V-



1080013752



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO HISTÓRICO
RICARDO COVARRUBIAS





1887



1887

SUPLEMENTO AL CATÁLOGO

DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD

DE

EL COSMOS EDITORIAL



EX. UU. DE VENEZUELA
1885



EXPOSICIÓN LITERARIO-ARTÍSTICA
MADRID, 1884-85

CASA FUNDADA EN 1883

PREMIADA

en la Exposición Literario-Artística de Madrid (1884-85)
con diploma de primera clase,
y con la medalla de Instrucción Pública y el Busto del Libertador
por el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela

MADRID, ARCO DE SANTA MARÍA, 4, MADRID

1890

PRIMERA PARTE

LITERATURA

OBRAS DE ADOLFO BELOT (1)

Loca de amor.—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 334 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

La culebra (continuación de *Loca de amor*).—Versión castellana de Juan J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

Las corbatas blancas.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

La explotación del secreto (continuación de *Las corbatas blancas*).—Versión castellana de Pedro Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 352 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

La pecadora.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 346 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Una luna de miel en Monte-Carlo.—Ilustrada con varias láminas.—Jugadores.—Salón y mesas de la ruleta y del treinta y cuarenta del Casino de Monte-Carlo.—Aventuras curiosas y divertidas de dos recién casados.—Su estancia en Monte-Carlo.—Guía del viajero y del jugador en aquella localidad.—Medios infalibles de perder el dinero.—Consejos que servirán acaso para ganar, ó al menos para defenderse: 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Melinifá.—Versión castellana de H. Regin: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Quinientas mujeres para un hombre sólo.—Versión española de El Cosmos Editorial: un tomo en 8.º mayor de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(1) Los pedidos de estas obras se dirigen al Administrador de El Cosmos Editorial, Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid, acompañando el importe en letras de fácil cobro, libranzas del Giro mutuo, sellos de Correos de la Península ó billetes de los Bancos de España, Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes, es preciso certificar las cartas. Si por circunstancias especiales no fuera posible el envío de fondos bajo ninguna de las formas citadas, consúltese á la casa é indicará otros medios ó vuelta de correo.

OBRAS DE JULIO CLARETIE

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

Juan Mornas.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

Noris.—Costumbres del día.—Versión castellana de C. F.: un tomo en 8.º mayor de 383 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La fugitiva.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

La querida.—Versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El Señor Ministro.—Novela parisiense.—Versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Santiaguito.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 380 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Un diputado republicano (Michel Berthier).—Versión castellana de C. de Torre-Muñoz: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 ptas. en rústica y 3 en tela.

Una mujer de gancho.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El último foso.—Versión castellana de un redactor de El Cosmos: dos tomos en 8.º mayor, de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Roberto Burat.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Príncipe Zilah.—Versión castellana de un redactor de El Cosmos: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los amores de un interno.—Versión castellana de Max. M. Velázquez: dos tomos en 8.º mayor de 760 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La casa vacía.—Versión castellana de Teodoro de la P. Belmonte: un tomo en 8.º de 401 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Candidato!—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 404 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El hermoso Solignac.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: ocs tomos en 8.º mayor de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

OBRAS DE JORGE OHNET

Lise Fleuron.—Versión castellana de José de Olave: un tomo en 8.º mayor de cerca de 500 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El gran margal.—Versión castellana de J. de la Cerda: un tomo en 8.º mayor de 480 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Las señoras de Croix-Mort.—Versión castellana de Carlos de Ochoa y Madrazo: un tomo en 8.º mayor de 300 páginas, 3 pesetas en rústica.

Negro y rosa.—Versión castellana de Carlos de Ochoa: un tomo en 8.º mayor de 328 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Último amor.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor de cerca de 350 páginas, 3,50 pesetas en rústica y 4 en tela.

OBRAS DE ALEJANDRO DUMAS

Paulina.—Pascual Bruno.—Versión castellana de D. E. de O.: un tomo en 8.º mayor de 415 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Amaury.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 432 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OBRAS DE OCTAVIO FEUILLET

(DE LA ACADEMIA FRANCESA)

La muerta.—Versión castellana de Carlos de Ochoa y Carlos Frontaura: un tomo en 8.º mayor de 331 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Los amores de Felipe.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

Un matrimonio en la aristocracia.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 312 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

El Conde Luis de Camors.—Versión castellana

de F. Norberto Castilla; un tomo en 8.º mayor de 370 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La novela de un joven pobre.—LA CONDESITA.—Versión castellana de F. Norberto Castilla: un tomo en 8.º mayor de 412 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El viajero.—LA PARTIDA DE DAMAS.—ONESTA.—ALIX.—Versión castellana de C. de Ochoa: un tomo en 8.º mayor de 360 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El divorcio de Julieta.—CARIBDIS Y SCILA.—EL CURA DE BOURRON.—Versión castellana de C. Vidal, 1,50 pesetas en rústica.

Honor de artista.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

OBRAS DE EMILIO GABORIAU

Matrimonios de aventura.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los hombres de paja.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º de 336 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El dinero de los otros (continuación de *Los hombres de paja*).—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El proceso Lerouge.—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º mayor de 420 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(La vida infernal).—Pascual y Margarita.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 424 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(La vida infernal).—Lia de Argeles (continuación de *Pascual y Margarita*).—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 470 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(La cuerda al cuello).—El incendio de Valpinson.—Versión castellana de Ricardo de Vargas: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

(La cuerda al cuello).—El veredicto.—Versión castellana de R. de Vargas: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica.

Los amores de una envenenadora.—Versión

castellana de Antonio Sendras Burin: un tomo en 8.º mayor de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

(*Los esclavos de París*).—**Los delatores.**—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

(*Los esclavos de París*).—**Los secretos de la casa de Champdoce.**—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º mayor, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

El legajo núm. 113.—Versión castellana: dos tomos en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El crimen de Oreival.—Versión castellana de D.ª Joaquina Balmaseda: dos tomos en 8.º mayor de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La canalla dorada.—Versión castellana de doña Joaquina Balmaseda: ídem ídem de más de 650 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

El capitán Coutanceau.—Versión española de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor cerca de 400 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

OBRAS DE JORGE SAND

El castillo de Flamarande.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 324 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Los dos hermanos (continuación de *El castillo de Flamarande*).—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Mi hermana Juana.—Versión castellana de P. San Román: un tomo en 8.º mayor de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Valentina.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa, de la Real Academia Española: un tomo en 8.º mayor de 564 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Cesarina Dietrich.—Versión castellana de doña Joaquina García Balmaseda: un tomo en 8.º mayor de 336 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Marqués de Villemer.—Versión castellana de Joaquina Balmaseda: un tomo en 8.º con un bonito cromó en la cubierta, 1 peseta en rústica.

Indiana.—Versión castellana de D. Eugenio de Ochoa (de la Real Academia Española): un tomo en 8.º mayor de 368 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Juan de la Roca.—Versión castellana de C. San Román: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Mauprat.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor de 500 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

OBRAS DE PAUL BOURGET

Mentiras.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de 355 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Cruel enigma.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de 290 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Un crimen de amor.—Versión castellana de F. de Madrazo: un tomo en 8.º mayor de 323 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Discípulo.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de más de 320 páginas, 3 y 3,50.

OBRAS DE PIERRE LOTI

Mi hermano Ives.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de 376 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Recuerdos de destierro.—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de 308 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Aziyadé.—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Flores de hastío.—Versión castellana de J. López Sendino: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Casamiento de Loti.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Madame Chrysanthème.—Versión castellana de C. Vidal: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La historia de un Spahi.—Un tomo en 8.º mayor

de más de 800 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Japonerías de otoño.—Un tomo en 8.º mayor, de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OBRAS DE ANDRÉ THEURIET

Pecado mortal.—Versión castellana de A. Vascáño y Honoré d'Elthour: un tomo en 8.º mayor, de más de 800 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La boda de Gerardo.—UNA ONDINA.—Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de más de 350 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Profesor de Tours (Michel Verneuil).—Versión castellana de José de Silas: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Elena.—Versión castellana de J. D.: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Amor de otoño.—Versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de cerca de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Brabía!—Versión castellana de H. Giner de los Ríos: un tomo en 8.º mayor de más de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El Diario de Tristán.—Versión española de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

Gertrudis y Verónica.—Un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

¡Siempre sola!—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

El ahijado de un marqués.—Versión española de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

OBRAS DE EMILIO ZOLA

Germinal.—Versión castellana de Angel de Luque, segunda edición: dos tomos en 8.º mayor, de más de 1.000 páginas entre los dos tomos, 6 pesetas en rústica.

Su excelencia Eugenio Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

El vientre de París.—Versión castellana de En-

rique Meric: dos tomos en 8.º mayor, de más de 600 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

La confesión de Claudio.—Versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor, de 380 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

La fortuna de los Rougon.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de cerca de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La conquista de Plassans.—Versión castellana de Juan de la Cerda: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Aneta Micoulin.—Versión castellana de Félix del Valle: un tomo en 8.º mayor, de 356 páginas, 3 pesetas en rústica.

La caída del Padre Mouret.—Versión castellana de J. Tadinco: dos tomos en 8.º mayor, de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

Magdalena Ferat.—Versión castellana de Enrique Martínez: un tomo en 8.º mayor, de 444 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Cuentos á Ninon.—A Ninon.—Simplicio.—El tarterero de baile.—El ideal de amor.—El hada amorosa.—¡Sangre!—Los ladrones y el asno.—Hermana de los pobres.—Aventuras de Sidonio el grande y del pequeño Mederico.—Versión castellana de A. Mira: un tomo en 8.º mayor, de 350 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Nuevos cuentos á Ninon.—Un baño.—Las fresas.—El gran Michú.—El Aynno.—Los hombros de la Marquesa.—Mi vecino Santiago.—El paraíso de los gatos.—Lilia.—La leyenda del Capita azul del amor.—El herrero.—La crisis.—La aldeilla.—Recuerdos.—Las cuatro jornadas de Juan Gourdon.—Versión castellana de Siro García del Mazo: un tomo en 8.º mayor, de 370 páginas, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Los misterios de Marsella.—Versión castellana de F. de Madrazo y Alvarez Veriña: dos tomos en 8.º mayor, de más de 730 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

La tierra.—Versión castellana de León Balzac: tercera edición, en un solo volumen de más de 500 páginas, minuciosamente corregida, 4 pesetas en rústica y 4,50 en tela.

OBRAS DE VARIOS AUTORES

ARAMIS.—Literatura de Bonafoux: un tomo, 3 pesetas en rústica.

ARAMBILET.—Agnes: narración del día: un tomo en 8.º mayor, 1 peseta en rústica.

ARMONICUS.—La Gioconda: ensayo crítico analítico sobre *La Gioconda*, ópera de A. Ponchielli: 0,50 pesetas en rústica.

BARBEY D'AUREVILLY.—Lo que no muere: versión castellana de Ricardo Pérez: un tomo en 8.º mayor de 496 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

BOUVIER.—Las borgoñas del día: versión castellana de Angel de Luque: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 1.000 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

CANOVAS DEL CASTILLO (Antonio).—La campana de Huesca: Crónica del siglo XII: un tomo, 5 pesetas en rústica.

CANIZO.—Justicia y Providencia: novela de costumbres: un tomo en 8.º mayor de 432 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

CARMEN SILVA (S. M. la Reina de Rumania).—Flores y perlas.—Versión castellana de D.ª Faustina Sáenz de Melgar: un tomo en 8.º mayor de más de 340 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

CUBAS.—El ángel del presidio: novela: un tomo en 8.º mayor, 1,50 pesetas en rústica.

IDEM.—La mortaja de limosna: novela: un tomo en 8.º mayor, 1,50 pesetas en rústica.

IDEM.—El panal de miel: un tomo en 8.º mayor de 544 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

CUENTOS Y NOVELAS ESCOGIDAS de Balzac, Hoffmann, Edgard Poe, Scholl, etc., etc.: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

DELPIT (Eduardo).—Las represalias de la vida: versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

DELPIT (Alberto).—Como en la vida: versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL, 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

Desaparecido.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: un tomo en 8.º mayor 3 pesetas en rústica y 3,50 en tela.

DICKENS.—Días penosos: versión castellana del

licenciado Barbadillo: un tomo en 8.º mayor de 524 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

EÇA DE QUEIROS.—El primo Basilio: versión castellana de un aprendiz de hacer novelas: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 900 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

EDMOND.—La leñadora: versión castellana de Miguel Bala: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ENAULT.—Gabriela de Celestange: versión castellana de A. de Luque: un tomo en 8.º mayor de 432 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ENNERY.—El Príncipe de Moria: versión castellana de Ricardo de Hinojosa: un tomo en 8.º mayor de 384 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

FLAUBERT (Gustavo).—Salammbó: versión castellana de A. Mora: un tomo en 8.º mayor de 348 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

FORTUNIO.—La Virgen de Belem: versión castellana de Carlos B. Figueredo: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

GALERÍA DE DESGRACIADOS.—(Poesías por varios escritores y escritoras): un tomo en 8.º, 1 peseta en rústica.

GAUTIER.—Fortunio. La muerta enamorada: versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.º de 372 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

IDEM.—Novelas cortas: (El vellocino de oro.—El nido de ruiseñores.—Una noche de Cleopatra.—El perrito de la Marquesa.—El Rey Candaule.—La cadena de oro): versión castellana de un aprendiz de estilista: un tomo en 8.º mayor de 332 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

HOUSSAYE.—La comedianta: versión castellana de un redactor de *El Cosmos*: un tomo en 8.º mayor de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

LA CERDA.—El gran problema: un tomo en 8.º mayor de 416 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

IDEM.—La tela de araña: (Historia de una mujer): un tomo en 8.º mayor, 1 peseta en rústica.

LOPEZ GUIJARRO.—Tierra y cielo: un tomo, 3 pesetas en rústica.

MAHALIN.—La bella horchatera: versión castellana de J. Olave: dos tomos en 8.º mayor de cerca de 800 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

MALOT.—*Zyta la saltimbanquis*: versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 360 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

MUSSET.—*La confesión de un hijo del siglo*: versión castellana de Ricardo Gil: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

ORTEGA MUNILLA.—*Orgía de hambre*: un tomo en 8.º mayor de 448 págs., 2,50 pesetas en rústica.

OSSORIO Y BERNARD.—*Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo en 8.º, 2 pesetas en rústica.

IDEM.—*Romances de ciego*. (Poesías): un tomo en 8.º, 1 peseta en rústica.

IDEM.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo en 8.º, 2 pesetas en rústica.

PIERRE SALES.—*Incendiario!* Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de cerca de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

RIVIERE.—*El combate de la vida*: versión castellana de Pedro Sañudo Antrán: tres tomos en 8.º mayor de 1.200 páginas entre los tres tomos, 7,50 pesetas en rústica.

SIMÓN (Julio).—*Dios, patria y libertad*: versión castellana de J. Orellis: un tomo en 4.º de 328 páginas, 5 pesetas en rústica.

SOLES EGUILAZ.—*En el quinto cielo*: un tomo en 8.º mayor de 428 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

TOLSTOI (Conde de).—*La guerra y la paz*: tres volúmenes en 8.º mayor de cerca de 1.200 páginas entre los tres, 6 pesetas en rústica y 7,50 en tela.

TRUEBA.—*El gabán y la chaqueta*: dos tomos en 8.º mayor de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

VEGA (Federico de la).—*Menudencias filosóficas.*—*Cartas á Severo Seratín*: un tomo, 4 pesetas en rústica.

ULBACH.—*El suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: versión castellana de Carlos Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

VASCANO.—*Javier Malo*: un tomo en 8.º mayor de 464 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

X.*.**—*Al lado de la dicha*: versión castellana de Enrique Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 356 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ZACCONE.—*Los dramas de la Bolsa*: versión castellana de Faustina Sáez de Melgar: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

WILKIE COLLINS.—*¿Señorita ó señora?* (Un drama de la vida privada): versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 344 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

IDEM.—*El aparecido.*—Versión castellana de E. Godínez: un tomo en 8.º mayor de 324 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La pista del crimen.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: dos tomos en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

SEGUNDA PARTE

MEDICINA

CHARCOT.—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa, por D. Manuel Flores y Plá, 1882: dos tomos en 4.º con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas, con cerca de 1.100 páginas entre los dos tomos, 26 pesetas en rústica y 29 en pasta.

FONSSAGRIVES (obra de texto).—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el doctor D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor: tres tomos en 4.º con más de 2.000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto, 30 pesetas en rústica y 34,50 en pasta.

IDEM.—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.º de 720 páginas, 10 pesetas en rústica y 11,50 en pasta.

IDEM.—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*: versión castellana del doctor Eduardo Blanco Vázquez: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas, 6 pesetas en rústica y 7,50 en pasta.

IDEM (obra de texto).—*Formulario terapéutico para uso de los prácticos*: versión castellana de don Hipólito Carilla y Barrios: un tomo en 8.º mayor de 500

MALOT.—*Zyta la saltimbanquis*: versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 360 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

MUSSET.—*La confesión de un hijo del siglo*: versión castellana de Ricardo Gil: un tomo en 8.º mayor de 320 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

ORTEGA MUNILLA.—*Orgía de hambre*: un tomo en 8.º mayor de 448 págs., 2,50 pesetas en rústica.

OSSORIO Y BERNARD.—*Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo en 8.º, 2 pesetas en rústica.

IDEM.—*Romances de ciego*. (Poesías): un tomo en 8.º, 1 peseta en rústica.

IDEM.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo en 8.º, 2 pesetas en rústica.

PIERRE SALES.—*¡Incendiario!* Versión castellana de Antolín San Pedro: un tomo en 8.º mayor de cerca de 400 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

RIVIERE.—*El combate de la vida*: versión castellana de Pedro Sañudo Antrán: tres tomos en 8.º mayor de 1.200 páginas entre los tres tomos, 7,50 pesetas en rústica.

SIMÓN (Julio).—*Dios, patria y libertad*: versión castellana de J. Orellis: un tomo en 4.º de 328 páginas, 5 pesetas en rústica.

SOLES EGUILAZ.—*En el quinto cielo*: un tomo en 8.º mayor de 428 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

TOLSTOI (Conde de).—*La guerra y la paz*: tres volúmenes en 8.º mayor de cerca de 1.200 páginas entre los tres, 6 pesetas en rústica y 7,50 en tela.

TRUEBA.—*El gabán y la chaqueta*: dos tomos en 8.º mayor de más de 700 páginas entre los dos tomos, 5 pesetas en rústica.

VEGA (Federico de la).—*Menudencias filosóficas.*—*Cartas á Severo Seratín*: un tomo, 4 pesetas en rústica.

ULBACH.—*El suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: versión castellana de Carlos Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

VASCANO.—*Javier Malo*: un tomo en 8.º mayor de 464 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

X.*.**—*Al lado de la dicha*: versión castellana de Enrique Nésgra: un tomo en 8.º mayor de 356 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

ZACCONE.—*Los dramas de la Bolsa*: versión castellana de Faustina Sáez de Melgar: un tomo en 8.º mayor de 436 páginas, 2,50 pesetas en rústica.

WILKIE COLLINS.—*¿Señorita ó señora?* (Un drama de la vida privada): versión castellana de Angel de Luque: un tomo en 8.º mayor de 344 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

IDEM.—*El aparecido*.—Versión castellana de E. Godínez: un tomo en 8.º mayor de 324 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3 en tela.

La pista del crimen.—Versión castellana de EL COSMOS EDITORIAL: dos tomos en 8.º mayor, 5 pesetas en rústica y 6 en tela.

SEGUNDA PARTE

MEDICINA

CHARCOT.—*Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso*, dadas en la Salpêtrière, coleccionadas y publicadas por Bourneville. Traducidas de la última edición francesa, por D. Manuel Flores y Plá, 1882: dos tomos en 4.º con 68 figuras intercaladas en el texto y 21 láminas cromo-litografiadas, con cerca de 1.100 páginas entre los dos tomos, 26 pesetas en rústica y 29 en pasta.

FONSSAGRIVES (obra de texto).—*Tratado de materia médica*, traducido y anotado por el doctor D. Francisco Javier de Castro, con una introducción de su traductor: tres tomos en 4.º con más de 2.000 páginas de lectura y profusión de grabados intercalados en el texto, 30 pesetas en rústica y 34,50 en pasta.

IDEM.—*Tratado de la higiene de la infancia*, traducido y anotado por D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.º de 720 páginas, 10 pesetas en rústica y 11,50 en pasta.

IDEM.—*Higiene y saneamiento de las poblaciones*: versión castellana del doctor Eduardo Blanco Vázquez: un tomo en 4.º de cerca de 600 páginas, 6 pesetas en rústica y 7,50 en pasta.

IDEM (obra de texto).—*Formulario terapéutico para uso de los prácticos*: versión castellana de don Hipólito Carilla y Barrios: un tomo en 8.º mayor de 500

páginas, 5 pesetas en rústica y 6 en pasta (agotado).

JACCOUD.—Lecciones de Clínica Médica, dadas en el Hospital de la Piedad (primera serie, años 1883-84): versión castellana de D. Esteban Sánchez de Ocaña: un tomo en 4.º con 12 grabados intercalados en el texto y cerca de 600 páginas, 12,50 pesetas en rústica y 14 en pasta.

IDEM.—Lecciones de Clínica Médica, dadas en el Hospital de la Piedad (segunda serie, años 1884-85): versión castellana de D. Javier Santero: un tomo en 4.º con 36 grabados intercalados en el texto y cerca de 700 páginas, 12,50 pesetas en rústica y 14 en pasta.

IDEM.—Lecciones de Clínica Médica, dadas en el Hospital de la Piedad (tercera serie, años 1885-86): versión castellana de D. Javier Santero: un tomo en 4.º con 36 grabados intercalados en el texto y cerca de 700 páginas, 12,50 pesetas en rústica y 14 en pasta.

SANTERO (obra de texto).—Elementos de higiene privada y pública: dos tomos en 4.º con más de 1.400 páginas entre los dos tomos, 20 pesetas en rústica y 23 en pasta.

POUILLET.—Estudio médico-filosófico sobre las formas, las causas, los síntomas, las consecuencias y el tratamiento del onanismo en la mujer: un tomo en 8.º mayor de más de 200 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en pasta.

IDEM.—La espermatorea: Tratado de las pérdidas seminales, traducido de la última edición francesa: un tomo en 8.º mayor de más de 300 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en pasta.

IDEM.—Tratado de los flujos blenorragicos, contagiosos, agudos y crónicos del hombre y de la mujer, por el útero, la vulva, la vagina y el recto; de sus accidentes y de sus complicaciones, seguido de un estudio de los flujos blancos no contagiosos por los órganos genitales de los dos sexos: versión castellana del doctor D. Eduardo Blanco: un tomo en 8.º mayor de cerca de 600 páginas, 4 pesetas en rústica y 5 en pasta.

IDEM.—Estudio médico-psicológico sobre el onanismo en el hombre: versión castellana de D. José de Olave y Alonso: un tomo en 8.º mayor de cerca de 500 páginas, 3 pesetas en rústica y 4 en pasta.

DUMONTPALLIER.—La metaloscopia y la metaloterapia ó el burquismo, conferencias da-

das por el Dr. Dumontpallier, seguidas del estudio experimental sobre la Metaloscopia y la Metaloterapia del doctor Burq: versión castellana de D. Manuel Flores y Plá: un tomo en 4.º de más de 200 páginas, 3 pesetas en rústica y 4,25 en pasta.

NÚÑEZ.—Estudio médico del veneno de la tarántula, según el método de Hahnemann, precedido de un resumen histórico del tarantulismo y tarantismo, 1864: un tomo en 4.º mayor de más de 200 páginas, 5 pesetas en rústica y 6,50 en pasta.

VERDOS.—Acción terapéutica del alcohol en las pneumo y cardiopatías agudas: obra premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona: un tomo en 8.º mayor de 250 páginas, 2 pesetas en rústica y 3 en pasta.

AUDHOUL.—Tratado de las enfermedades del estómago: versión castellana de H. Carilla: un tomo en 8.º mayor de 424 páginas, 2,50 pesetas en rústica y 3,50 en pasta.

MARISCAL (Nicasio).—Higiene de la vista en las escuelas: obra laureada por la Sociedad Española de Higiene en el concurso público de 1887: forma un tomo en 8.º mayor de 232 páginas, ilustrado con 11 fotograbados, 2 pesetas en rústica y 3 en pasta.

Tratado de Medicina legal, de jurisprudencia médica y de toxicología, por Legrand du Saule, médico del Hospital de la Salpêtrière de París, perito de los Tribunales, miembro fundador de la Sociedad de Medicina legal, etc., etc.; Georges Berryer, abogado del Tribunal de apelación de París, y Gabriel Pouchet, profesor agregado de la Facultad de Medicina de París, jefe del laboratorio del Hospital de Saint-Louis, perito de los Tribunales, etc., etc.: Obra premiada por el Instituto de Francia. Traducida, anotada y aumentada con la legislación médico-legal española, la inglesa y las de las diferentes Repúblicas americanas, comparada y comentada por el Dr. D. Teodoro Yáñez y Font, profesor de Medicina Legal y Toxicología en la Facultad de Medicina de la Universidad Central, socio de varias Academias científicas nacionales y extranjeras; D. Carlos Núñez y Granés, licenciado en Derecho civil y canónico y en Derecho administrativo, abogado del ilustre Colegio de Madrid, exdiputado á Cortes, etc., y D. Eduardo Blanco, exmédico forense.

La obra forma cuatro magníficos tomos en 4.º, con

cerca de 3.000 páginas de clara y compacta lectura, y se vende en Madrid en EL COSMOS EDITORIAL, Arco de Santa María, 4, bajo, y en las principales librerías de Madrid y provincias, al precio de 50 pesetas en rústica, y 56 en pasta española.

Deseando esta empresa facilitar la adquisición de tan importantísima obra, ha resuelto venderla por tomos en la siguiente forma: El que desee adquirirla de este modo, remitirá al Sr. Administrador de EL COSMOS EDITORIAL 12 pesetas 50 céntimos, importe del tomo I, y además 75 céntimos de peseta para el certificado, si fuese de provincias, y recibirá dicho tomo certificado á vuelta de correo. Cuando le parezca oportuno volverá á remitir á dicho Sr. Administrador otras 12 pesetas 50 céntimos, importe del tomo II, con otros 75 céntimos para el certificado, y recibirá dicho tomo en la misma forma, y así sucesivamente hasta que haya adquirido los cuatro tomos de que consta la obra.

NOTA. A Ultramar se envía franca de porte por 55 pesetas, siendo en rústica, y por 60 pesetas en pasta.

Manual de técnica anatómica, que comprende todas las materias de la asignatura de Disección, por D. Federico Olóriz Aguilera, catedrático por oposición de Anatomía descriptiva en la Facultad de Medicina de Madrid, y ayudante disector y exprofesor de Disección en la de Granada.

La obra forma un magnífico tomo en 4.º, con más de 900 páginas de lectura, siete magníficas láminas autotípicas, y cerca de cien grabados intercalados en el texto.

El precio de esta obra es el de 20 pesetas en rústica y 22 en pasta española, en Madrid y provincias.

Los pedidos de estas obras se dirigirán al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo, Madrid), acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro, sellos de correos de la Península ó billetes de los Bancos de España, Inglaterra ó Francia; pero en el caso de enviar sellos ó billetes es preciso certificar las cartas. Si por circunstancias especiales no fuera posible el envío de fondos bajo ninguna de las formas expresadas, consúltese á la casa y ésta indicará á vuelta de correo otros medios.

MADRID, 1890.—Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa
Libertad, 16 duplicado.—Teléfono 934

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

LITERATURA

- Arambilet.—*Agnes*, 1 peseta.
Barbey d'Aureville.—*Lo que no muere*, 2,50.
Belot.—*Loca de amor*, 2,50.
Belot.—*La culebra*, 2,50.
Belot.—*Las Corbatas blancas*, 2,50.
Belot.—*La Explotación del secreto*, 2,50.
Belot.—*La Pecadora*, 2,50, y 3 en tela.
Belot.—*Una luna de miel en Monte Carlo*, 3, y 3,50 en tela.
Bouvier.—*Las Borgoñas del día*, 2 tomos, 5.
Cañizo.—*Justicia y Providencia*, 2,50.
Claretie.—*Juan Mernas*, 2,50.
Claretie.—*Noris*, 2,50, y 3 en tela.
Claretie.—*La Fugitiva*, 3, y 3,50.
Claretie.—*La Querida*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
Claretie.—*El señor Ministro*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
Claretie.—*Santiaguito*, 2,50, y 3.
Claretie.—*Un Diputado republicana*, 2,50, y 3 en tela.
Claretie.—*Una mujer de gancho*, 2,50, y 3 en tela.
Claretie.—*El último foso*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
Claretie.—*Roberto Burat*, 2,50, y 3.
Claretie.—*El Príncipe Zilah*, 2,50, y 3 en tela.
Claretie.—*Los amores de un interno*, 2 tomos, 5, y 6 en tela.
Claretie.—*La casa vacía*, 2,50, y 3.
Claretie.—*Candidato!*, 2,50 y 3.
Cubas.—*El Angel del presidio*, 1,50.
Cubas.—*El Panal de miel*, 2,50.
Cubas.—*La Mortaja de limosna*, 1,50.
Cuentos escogidos, 2,50.
Delpit.—*Las Represalias de la vida*, 2,50.
Dickens.—*Días penosos*, 2,50.
Dumas.—*Paulina y Pascual Bruno*, 3, y 3,50 en tela.
Dumas.—*Amawry*, 2,50, y 3 en tela.
Eça de Queiros.—*El primo Basilio*, dos tomos, 5.
Edmond.—*La Leñadora*, 2,50.
Enault.—*Gabriela de Celestange*, 2,50.
Ennery.—*El Príncipe de Moria*, 2,50.
Feuillet.—*La Muerta*, 2.ª ed., 3.
Feuillet.—*Amores de Felipe*, 2,50.
Feuillet.—*Un matrimonio en la aristocracia*, 2,50.
Feuillet.—*El Cende Luis de Camors*, 2,50, y 3 en tela.
Feuillet.—*La Novela de un joven pobre*, 2,50, y 3 en tela.
Feuillet.—*El Viajero*, 3, y 3,50.
Fortunio.—*La Virgen de Belem*, 2,50.
Gaboriau.—*Matrimonios de aventura*, 2,50, y 3 en tela.
Gaboriau.—*Los Hombres de paja*, 2,50, y 3 en tela.
Gaboriau.—*El Dinero de los otros*, 2,50, y 3 en tela.
Gaboriau.—*El proceso Lerouge*, 2,50, y 3 en tela.
Gaboriau.—*(Los Esclavos de París.) «Los Delatores»*, 3, y 3,50 en tela.
Gaboriau.—*(Los Esclavos de París.) Los Secretos de la casa de Champau*, continuación de *Los Delatores*, 3, y 3,50 en tela.
Gaboriau.—*(La vida infernal) Pascual y Margarita*, 2,50, y 3.
Gaboriau.—*(La vida infernal.) Lia de Argeles*, 2,50, y 3 en tela.

- Gaboriau.—(La cuerda al cuello) *El Incendio de Valpinson*, 2,50, y 3 en tela.
- Gaboriau.—(La cuerda al cuello) *El Veredicto*, continuación de *El incendio de Valpinson*, 2,50, y 3.
- Gaboriau.—*Los amores de una envenenadora*, 2,50, y 3 en tela.
- Galeria de desgraciados, por varios escritores y escritoras, 1.
- Gautier.—*Fortunio y La Muerta enamorada*, 2,50.
- Gautier.—*Novelas cortas*, 2,50.
- Houssaye.—*La Comedianta*, 2,50.
- Jorge Sand.—*El Castillo de Flamarande*, 2,50, y 3 en tela.
- Jorge Sand.—*Los dos hermanos*, 2,50, y 3 en tela.
- Jorge Sand.—*Mi hermana Juana*, 2,50, y 3 en tela.
- Jorge Sand.—*Valentina*, 3, y 3,50.
- Jorge Sand.—*Cesarina Diétrich*, 2,50, y 3 en tela.
- Jorge Sand.—*El Marqués de Villemer*, con un bonito cromó, 1.
- Jorge Sand.—*Indiana*, 2,50, y 3.
- La Cerda.—*El Gran problema*, 2,50.
- La Cerda.—*La tela de araña*, 1.
- Mahalin.—*La Bella horchatera*, dos tomos, 5.
- Malot.—*Zyta la saltimbanquis*, 2,50, y 3 en tela.
- Musset.—*La Confesión de un hijo del siglo*, 2,50, y 3 en tela.
- Ohnet.—*El Gran Margal*, 3, y 3,50.
- Ohnet.—*Las señoras de Croix-Mort*, 2.ª ed., 3.
- Ohnet.—*Lise Fleuron*, 2,50.
- Ohnet.—*Negro y Rosa*, 3, y 3,50.
- Ortega Munilla.—*Orgía de hambre*, 2,50.
- Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma*, 2.
- Ossorio y Bernard.—*Romances de ciego*, 1.
- Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico. alrededor de la Puerta del Sol*, 2.
- Paul Bourget.—*Mentiras*, 2,50, y 3 en tela.
- Paul Bourget.—*Cruel enigma*, 2,50, y 3 en tela.
- Paul Bourget.—*Un crimen de amor*, 2,50 y 3 en tela.
- Pierre Loti.—*Mi hermano Ives*, 2,50, y 3 en tela.
- Pierre Loti.—*Recuerdos de destierro*, 2,50, y 3 en tela.
- Pierre Loti.—*Flores de hastío*, 2,50 y 3.
- Rivière.—*El Combate de la vida*, tres tomos, 7,50.
- Soles Eguilaz.—*En el quinto cielo*, 2,50.
- Trueba.—*El gabán y la chaqueta*, dos tomos, 5.
- Ulbach.—*El Suplicio de un padre, ó la confesión de un sacerdote*, 2,50.
- Vascano.—*Javier Malo*, 2,50.
- Wilkie Collins.—*Señorita ó señora?*, 2,50, y 3 en tela.
- X***.—*Al lado de la dicha*, 2,50.
- Zaccane.—*Los Dramas de la Bolsa*, 2,50.
- Zola.—*Germinal*, 2.ª ed., 2 volúmenes, 6.
- Zola.—*Su Excelencia Eugenio Rougon*, dos tomos, 5.
- Zola.—*El Vientre de París*, dos tomos, 5.
- Zola.—*La Confesión de Claudio*, 3, y 3,50 en tela.
- Zola.—*La Fortuna de los Rougon*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
- Zola.—*La Conquista de Plassans*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
- Zola.—*Aneta Micoulin*, 3.
- Zola.—*Cuentos á Ninon*, 3, y 3,50.
- Zola.—*La calda del Padre Mouret*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
- Zola.—*Magdalena Ferat*, 3, y 3,50.
- Zola.—*Los Misterios de Marsella*, dos tomos, 5, y 6 en tela.
- Zola.—*Nuevos cuentos á Ninon*, 3, y 3,50 en tela.

Los pedidos al Administrador de EL COSMOS EDITORIAL (Arco de Santa María, 4, bajo), acompañando el importe en libranzas del Giro mutuo ó letras de fácil cobro.

V-8-15

MELINITA

LIBRERIA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

V-8-15

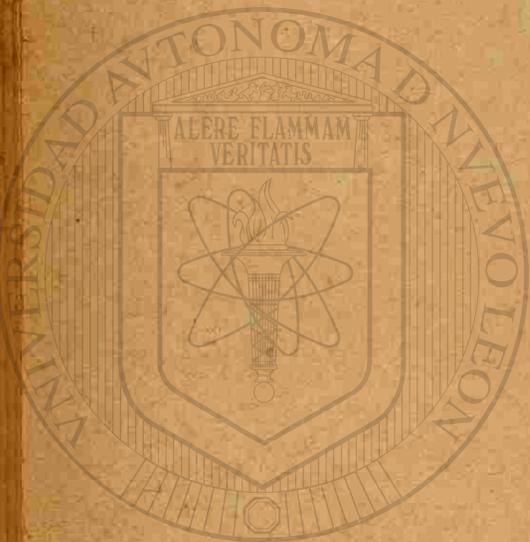
ADOLFO BELOT

MELINITA

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

HIPÓLITO REGÍN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

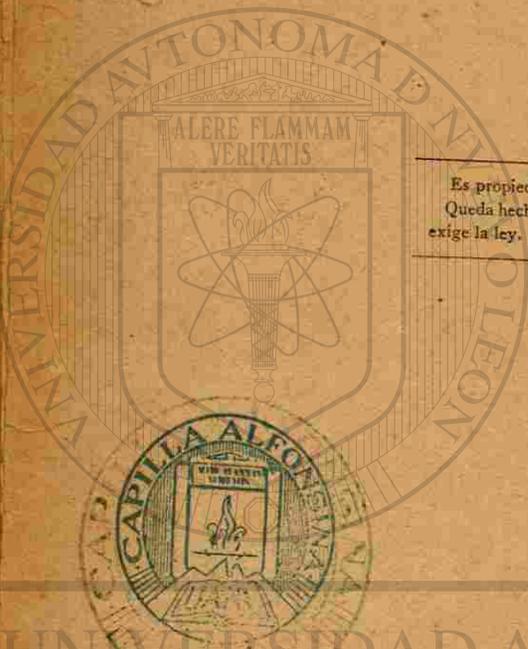
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MADRID

EL COSMOS EDITORIAL

ARCO DE SANTA MARÍA, 4, BAJO

1889

PQ 2193
B7
M48



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que
exige la ley.

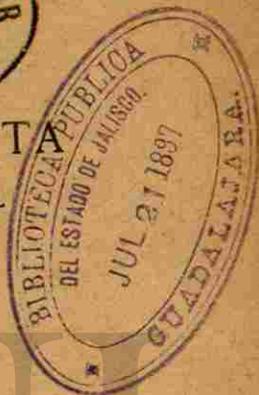
FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156254

MADRID: 1889.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.*
Teléfono 934.



MELINIT



I

Duquesa:

Me decido á escribir á V. lo que no me atrevo á declararle de palabra: la amo con toda mi alma. ¿Quiere V. dispensarme el insigne honor de concederme su mano, la suprema alegría de unir mi destino al suyo?

De V. respetuoso y rendido servidor,

ENRIQUE DE T...

Príncipe:

Su petición es de las más incorrectas.

Cuando un hombre como V. piensa casarse con una mujer como yo, abre el *Almanaque*

Gotha y escoge un pariente, un compañero ó un amigo, rogándole que vaya en su nombre á presentar su humilde demanda. Pero yo no sabría quererle por haber faltado así á las leyes de la etiqueta. Su conducta parece demostrar que ha perdido un tanto la cabeza en estos últimos tiempos, y juntamente que sin conocerme bien... ya volveré sobre esto... Usted tiene una idea vaga de mi carácter.

En efecto, odio las convenciones sociales, las reglas establecidas, la ceremonia, el aparato artificioso, y estimo que es preferible que cada cual realice sus negocios por sí propio, sin mezclar terceras personas.

¿Qué habría podido decir yo á su embajador? "La petición del Príncipe me enorgullece en extremo, y por todos estilos creo que mi mano, que solicita, estaría perfectamente colocada en la suya. Somos iguales por nacimiento, por nuestro rango en el mundo, por nuestras alianzas, por nuestras relaciones y casi hasta por nuestros parentescos. No perdería nada cambiando mi nombre y mis títulos por los títulos y los nombres que me trae. Nuestras fortunas son equivalentes, por lo demás, y bastante grandes para no mirar algunos millones. Tengo veintiocho años, él

treinta y cinco. El partido es conveniente. Buen aire también, rostro fresco, salud, valor personal que ha demostrado varias veces. Bastantes defectos para no ser perfecto, cuya perfección sería á mis ojos una imperfección, y ningún vicio, al menos que se sepa. Inteligencia cultivada, ideas vastas en todas las cosas, gustos artísticos, artista aun á veces sin saberlo; muy independiente de carácter, como yo; creyendo que su gran posición le coloca un poco por cima de las leyes sociales, permitiéndole pensar, hablar y obrar á su manera, que á menudo es la buena. En resumen, señor embajador, el Príncipe encantador... (digamos encantador, porque esto á nada obliga) que V. viene á ofrecerme me cuadraría bajo muchos respectos, si yo estuviese decidida á volverme á casar; pero fluctúo todavía, tengo necesidad de reflexionarlo."

Hé ahí lo que yo habría respondido á su representante, con el cual no me hubiera convenido comprometerme á más. Con V., que se dirige sin mediador á mí, tendré menos reserva y le respondo: "está todo reflexionado." La viudez tiene su lado bueno, pero concede demasiada libertad á la mujer. Á veces usa de ella sin discreción, y quizá vale más

que se sienta ligada por el eslabón extremo de una cadena. V. me ofrece mantener el otro extremo, y la idea no me disgusta; le he estudiado á V. bien, creo conocerle, y V. asegurará la cadena con mano tan ligera que me figuraré que es V. quien la lleva.

Pero si yo lo conozco, V. no me conoce... No, se lo aseguro; V. no sabe de mí más que cosas superficiales: que soy atrevida, que tengo las espaldas maravillosas, un talle divino, aire de reina, como dicen los periódicos bastante indiscretos al ocuparse de mi persona. Soy rubia, de un rubio claro muy raro, que se imita difícilmente; con cejas arqueadas, ojos azul-verdes, de expresión mudable, á veces imperiosos, á veces cariñosos, apagados ó vivos, soñadores ó investigadores; nariz, boca, oreja, mano, pie como no se hace más: el molde se rompió. Siguen siendo mis historiográficos los que hablan. Los unos me comparan á María Antonieta, en mejor, se han atrevido á decirlo. Los otros á una Diana cazadora, más humana, más mujer, que la clásica. Aquellos me llaman incomparable, y éstos son los menos tontos.

Pasando de lo físico á lo espiritual, me encuentran los más inteligentes muy original

y... hé aquí lo que á una la echa á perder... curiosa, ¡oh! curiosa sobre toda ponderación; curiosa por saber todas las cosas, aun aquellas que mejor sería ignorar, según insinúan muchas mujeres, precisamente las que nada ignoran. Pero nadie sabe dónde se detiene mi curiosidad. ¿Es pasiva? ¿Me basta interrogar, escuchar ó mirar? ¿Es activa? ¿Tengo la pretensión de conocer los sentimientos, experimentar las sensaciones de las cuales mi curiosidad me enseña la existencia?

Hé ahí, mi señor Príncipe, lo que V. ignora completamente también, y lo que importa que V. sepa, antes de unir su destino al mío, siguiendo sus propias expresiones. Creo que no deben existir secretos entre gentes como nosotros, que se casan con completa libertad, sin ser obligados por nadie ni por nada, sino simplemente porque yo le gusto y porque V. no me disgusta.

¿Cómo instruirle? ¿Le diré cara á cara cierto capítulo de mi vida, cierta aventura muy reciente, ignorada de todo el mundo, que me pinta tal como soy, con el vicio de la curiosidad que se me atribuye y las audacias que se ignoran, pero que yo le confieso? No, jamás me atrevería. La aventura es demasia-

do escabrosa para ser contada de viva voz. Pero desde algún tiempo á esta parte tengo la costumbre de confiar á una especie de agenda ó de diario mis actos y mis pensamientos; hablar todas las noches conmigo misma en plena libertad, con absoluta franqueza, y reproduciendo mi charla del día, seguida con frecuencia de las conversaciones que tengo con éste ó con aquélla, cuando valen la pena de que una recuerde ó consigne las palabras. Siempre me ha divertido monologar de esta manera ó rehacer los diálogos que sostengo con los demás, jugando al autor dramático. Yo hubiera querido ser Sardou, y yo no fuese yo. Hoy estos sainetes de uno ó varios personajes van á permitirme decirle á V. todo sin decirle nada: á edificarle ó á perderme anté sus ojos.

Para ello me va á bastar arrancar algunas hojas de mis cuadernos que se relacionen con la aventura en cuestión, confiándolas á su gran lealtad. Si después de haberlas leído, usted insiste en sus pretensiones, si encuentra que su penitente merece la absolución, V. mismo, Príncipe, fijará la fecha de nuestro matrimonio.

Mas si, por el contrario, V. cree que he ido

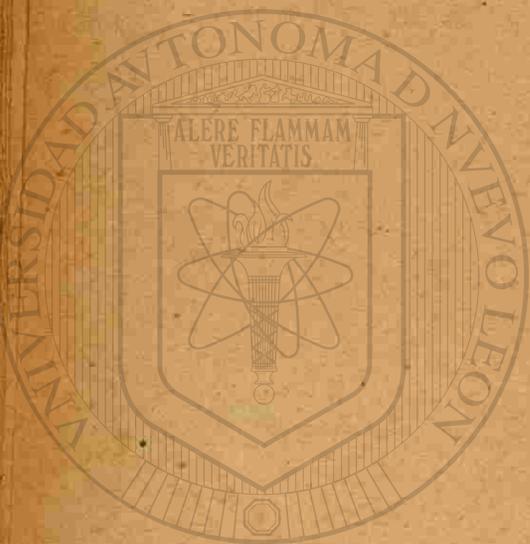
verdaderamente demasiado lejos, que puede tentarme en lo sucesivo el deseo de correr otras aventuras del mismo género, haciendo una nueva escapada en lo imposible, recoged la petición, olvidadme y casaos con una inocente.

Bajo este respecto, ya encontrará V. otra cosa mejor que

LA DUQUESA OLGA

.....

 Á esta carta iban unidas las siguientes páginas, que la Duquesa había arrancado de su diario íntimo. La Duquesa no daba al Príncipe de T..... más que un capítulo de su vida, el único que podía ser censurable; hallando inútil el entregar sus secretos de joven y de esposa, es decir, los recuerdos de una vida irreprochable. Quería ser juzgada solamente en su crimen ó su delito, siendo absuelta ó condenada, sin gozar del beneficio de las circunstancias atenuantes, que de fijo le habrían proporcionado sus antecedentes.



10 de Junio de 188...

Acaba de ocurrirme una cosa muy fastidiosa, y sobre todo muy extraña: he perdido un millón. No lo he perdido por mi culpa ni por malos consejos míos, llevando á cabo pésimas especulaciones ó colocando el dinero en negocios equivocados. No, lo he perdido en el sentido material de la palabra, como se pierde un portamonedas ó un pañuelo. Imposible volverlo á encontrar. No sé cómo ha pasado. Estaba en su sitio, ocupando bastante; porque no era un millón en billetes de Banco, sino un millón en valores de todas clases, de todos colores y de todos tamaños: obligaciones, acciones, títulos al portador, desgraciadamente. He visto el paquete, no hay que decir, y mi notario también lo vió y lo tocó, porque

se tomó el trabajo, bien inútil por cierto, de inscribir los números de todos estos valores en mi contrato de boda. Los unos representaban una parte de lo aportado por el Duque; los otros, una fracción de mi dote. El conjunto nos pertenecía á los dos, porque nos habíamos casado bajo la cláusula de la comunidad de bienes.

No solamente no los encuentro, sino que ningún papel, ninguna nota dejada por mi marido indica que hayan sido depositados en un Banco ó en casa alguna de negocios. Al principio me he preguntado si el millón habría sido empleado en la compra de un inmueble ó en tierras. Pero, en este caso, se hubiera hallado el correspondiente título de propiedad, como aparece en otros, perfectamente ordenados, catalogados y con sus notas y antecedentes. El Duque tenía mucho orden; no era pródigo ni disipador... y precisamente por esto, mi notario no comprende una palabra y pierde la cabeza. Igualmente inútil es que yo me devane los sesos, y cierro aquí mi diario y me voy á la cama.

11 de Junio.

He dormido mal. Este negocio me ha atormentado durante toda la noche. Buena señal, por lo demás; es una prueba de que no he perdido la cabeza, como mi notario.

No es la cuestión del dinero lo que me preocupa; he vivido siempre tan en grande, viendo satisfechos todos mis caprichos desde la infancia tan de buena voluntad, que ignoro el valor del dinero. No doy á este asunto la importancia que otras personas menos felices pueden y deben otorgarle. Pero una curiosidad de la cual no me puedo deshacer me impulsa á averiguar lo que ha pasado con este dichoso millón.

Al mismo tiempo, tengo miedo de saberlo... Sí, un temor vago me preocupa oprimiéndome el corazón. Me pregunto á cada instante si la desaparición de estos valores no se relaciona con la muerte imprevista y verdaderamente extraña de mi marido. Él era sano, sin que jamás una enfermedad ni un ma-

lestar siquiera le aquejase. Hacía algunas semanas solamente que yo le encontraba preocupado, triste, casi sombrío. Con frecuencia hasta parecía no escucharme cuando le hablaba. Esto me inquietaba mucho, y le abrumaba á preguntas; su respuesta de siempre era que no tenía nada, absolutamente nada. Mas cierto día le faltó el valor, sin duda, para disimular por más tiempo, quejándose de un decaimiento general y de fuertes dolores de cabeza.

Envío á buscar á nuestro médico, más bien que un médico un distinguido profesor. Le interrogo, lo ausculta y acaba por declarar que no tiene nada grave, que son síntomas nerviosos. ¡Los nervios, siempre los nervios! En nuestros días, los médicos grandes y pequeños, impotentes para comprender ciertas enfermedades, todo lo achacan á los nervios, arrojando sobre ellos la culpa de todo mal.

Cuido al Duque nada menos que como si estuviese gravemente enfermo: no lo abandono un instante. Siempre está sobreexcitado, agitado, convulso. Recuerdo perfectamente que en varias ocasiones se apodera de mi mano con viveza, exclamando: "¡Perdón, perdón!". En aquel entonces, daba yo á estas exclama-

ciones la explicación de que me pedía perdón por la pena y el trabajo que me causaba. Hoy me pregunto si estas palabras no encerraban otro sentido.

Después de dos noches pasadas en su cuarto, en una *chaise-longue*, y como él me suplicase con insistencia que me fuera á descansar al mío, acabé por consentir y le dejé solo. ¡Oh! ¡Nunca me lo perdonaré! Dormía hacía una hora, cuando me desperté sobresaltada por el ruido de una detonación. Me tiré de la cama y llegué á toda prisa á la habitación del Duque... ¡Era cadáver! Mientras yo dormía, desdichada de mí, se levantó, fué á su mesa de despacho, sacó un revólver y se suicidó.

¿Por qué? Los médicos lo han atribuido á un acceso de delirio agudo, causado por una lesión idiopática de las funciones cerebrales; ésa era la palabra. La he escrito en mi diario cuando me ha sido posible volver á emprender esta tarea cotidiana.

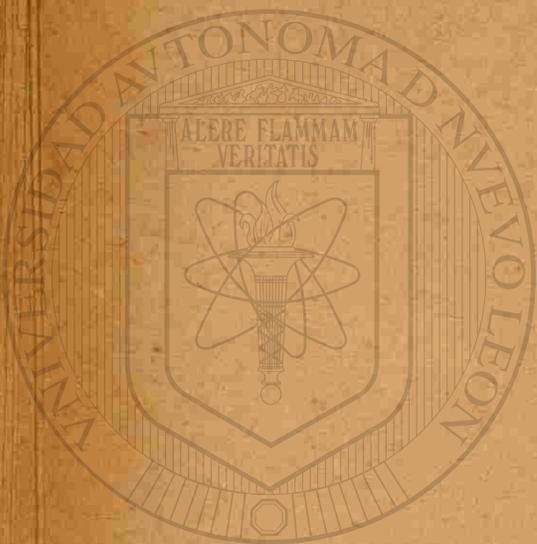
Esta explicación me ha satisfecho hasta ahora; pero ahora... sí, siempre este millón que ha desaparecido me persigue... és superior á mí, no puedo evadir su recuerdo que me atormenta constantemente... ¡Qué locura! Admitiendo que el Duque haya jugado, perdido, derrocha-

do esa suma, ¿habría llegado á preocuparse hasta este punto? Esa cantidad representa escasamente año y medio de nuestras rentas... Nada me devolverá la tranquilidad; hay aquí un misterio, y daría por penetrarlo cuanto pudiese.

¿No es natural que quiera hacer la luz en todos los detalles concernientes á la muerte de mi marido y á los acontecimientos que pudieron producirla? ¿Debo atribuirlo á una causa física, ó á una causa moral? ¿Quién podrá iluminarme? ¡Nadie!... Sí, alguien quizá. El Marqués de B..., el amigo íntimo del Duque. Han sido compañeros de colegio, camaradas que corrieron juntos sus placeres, sin que nada alterase jamás su mutua confianza y su cariño recíproco... Mi matrimonio ha podido hacer menos frecuentes las relaciones de ambos, pero no las ha interrumpido; han continuado viéndose aquí ó en otra parte, sin que jamás me haya venido á las mientes el pensamiento de tomar celos por esta intimidad.

¿Por qué el Marqués parece que me huye desde la muerte de su amigo?... Dos visitas de cortesía y nada más... ¿Teme acaso que le pregunte y trate de inquirir el secreto de la muerte del Duque?

¡Oh! Si existiese este misterio, yo sabré empujarlo hasta que, puesto en la pendiente, me lo revele... Quiero escribirle; voy á hacerlo ahora mismo, diciéndole que lo espero mañana.



III

12 de Junio.

El Marqués ha acudido á mi llamamiento, aunque hubiese preferido excusarlo; ahora sé el motivo. En lugar de resumir nuestra conversación, voy á reproducirla con toda la exactitud que me sea posible.

Después de haberle censurado cortésmente por la escasez de sus visitas, he abordado la cuestión que me ocupa ligeramente y en tono natural, para impedir que se pusiera en guardia.

—Mi notario—he dicho,—al arreglar el inventario de la herencia del Duque, acaba de hacer constar la desaparición de un número bastante considerable de títulos al portador. Todo hace creer que estos valores han sido sustraídos después de la muerte de mi

marido, y el Sr. X... me aconseja ir á los tribunales para averiguar la verdad.

Mientras yo decía estas últimas palabras, miré al Marqués al descuido con el rabillo del ojo y creí advertir un ligero estremecimiento en él.

Continué en el mismo tono añadiendo:

—Antes de decidirme á acudir á la justicia, lo cual siempre es enojoso, he pensado que debía tomar directamente, y por mí misma, algunas informaciones. Por esto me he decidido, querido Marqués, á privar á V. de sus ocupaciones y de sus recreos.

—Doy á V. gracias, Duquesa; pero no veo en qué pueda yo ilustrarla acerca de los valores en cuestión.

—¿No lo sospecha V.? Es muy sencillo. Si V. tiene el más mínimo motivo para creer que el Duque, de quien era V. íntimo amigo, haya vendido, prestado ó comprometido estos títulos, como tenía perfecto derecho, en su calidad de jefe de esta casa, V. puede decírmelo, evitándome así pasos y gestiones desagradables.

El Sr. de B..., con aire preocupado, frunciendo el entrecejo, buscaba, sin duda, una respuesta evasiva. Yo no le dejé tiempo de en-

contrarla y estreché el círculo con viveza.

—¿El Duque hizo en la Bolsa alguna mala operación? ¿Quiere V. reunir sus recuerdos para contestarme?

Vaciló; acaso para desembarazarse de mí y cortarme el camino que presumía peligroso, le vino quizá á las mientes la idea de decir que mi marido había jugado, con efecto, y perdido en la Bolsa. Pero es demasiado caballero para llegar hasta mentir. Yo ya contaba con esto.

—Que yo sepa—repuso por último con timidez,—Gontrán no ha especulado nunca en la Bolsa; eso no entraba en sus ideas.

—Lo pensaba, pero quería estar segura. Busquemos, pues, otra cosa... Á mi marido no le gustaban las cartas, no tenía la costumbre de jugar. También lo sé. Sin embargo, los hombres están expuestos á dejarse arrastrar por eventualidades pasajeras. ¿No se lee á cada instante en los periódicos que los señores Tal y Cual han perdido en una semana, á veces en una noche, sumas considerables? ¿Estaba por ventura Gontrán libre en absoluto de ser víctima de semejante locura? Si la cometió, yo no respetaré por eso menos su memoria, porque soy indulgente con todas las

faltas que no tocan al honor, y por tanto, me puede V. hablar con franqueza.

No quitaba los ojos de él. Después de una nueva vacilación y de un nuevo esfuerzo, contestó:

—No, Duquesa, no creo que Gontrán haya jugado.

—Fuera de la Bolsa, de las cartas y de las carreras de caballos, que probablemente no le entusiasmaban demasiado, ¿no ve V. alguna otra cosa... una compra importante... un préstamo?... Busque V. bien en su memoria.

Parecía que trataba de recordar.

—No recuerdo nada—murmuró por último.

Estas palabras fueron pronunciadas con voz mal segura, como si le hubiese costado trabajo el pronunciarlas. Me engañaba, pues. Mentía, contra su costumbre y sus hábitos. Mi deseo de saber iba en aumento. ¿Qué sentimiento me dominaba? La curiosidad, sin duda; una curiosidad honrada que en nada ofendía á mi marido: hasta tal punto estaba yo persuadida de que en su vida había cometido graves faltas que poderle echar en cara.

—Entonces—repuse como si terminase mis

razonamientos—es evidente que el Duque no ha dispuesto de estos valores antes de su muerte: que nos han sido sustraídos: que debo, por tanto, seguir el consejo de mi notario.

—Dar parte á la justicia...—murmuró.

—Sin duda: juzgue V., se trata de un millón.

Esta cifra bastante fuerte, sin embargo, no pareció sorprenderle. Se diría que la esperaba, y que la conocía lo mismo que yo. Con aire tranquilo, que no podía engañarme, replicó:

—No vaya V., Duquesa, á procurarse disgustos por el dinero. ¡La policía en su casal Se tratará de hacer una información, de interrogar á sus criados... Después citaciones ante el Juez de instrucción, nuevos interrogatorios, largas dilaciones, inquisitivas en las casas de banca y de crédito, porque el Juez, naturalmente, habrá de decirse: "Nadie guarda en su propia casa un millón en títulos, sino que lo deposita; el documento, pues, del depósito es lo que sin duda ha sido sustraído." Y hé aquí que todo París se mezclará en estos asuntos. Los diarios se apoderarán de la cosa, harán hipótesis sobre la vida de Gontrán y aun sobre la de V... Créame,

Duquesa, renuncie á este procedimiento, que no ha de dar resultados positivos.

Había dicho demasiado y con tono harto animado para su frialdad de siempre. Su deseo de hacerme renunciar á mis proyectos era muy transparente; así es que yo insistí:

—Sí, todas esas incomodidades me esperan. Sin embargo, no creo tener derecho para sustraerme á tales molestias; personalmente puedo perder un millón, porque esto me concierne exclusivamente á mí, pero me está vedado sacrificar los intereses de los que vendrán tras de mí, de mis herederos.

—Usted no tiene hijos.

—Tengo sobrinos, que el Duque quería mucho... y algo más grave todavía debo á la memoria de mi marido: la demostración de que esta suma le ha sido robada.

—No comprendo.

—¿No comprende usted? Si rehúso reclamar ante los tribunales, provocar el que se abra una información siguiendo los consejos de mi notario, mi conducta equivaldría á declarar que el Duque ha sido un pródigo, un disipador; que á pesar de sus rentas considerables ha distraído un millón del capital... Y esto, sin prevenirme... Usted lo comprende,

querido Marqués, no puedo dudar... y no vacilo.

—Entonces, ¿decididamente se atreverá usted á entablar esa reclamación? —preguntó con interés.

—Sí, señor, hoy mismo... ¿Cómo no? ¿Por ventura usted no aprueba mi conducta?

—No, Duquesa.

—¿Por qué? Deme usted al menos alguna razón.

Estrechado de esta manera, exclamó con viveza:

—Haría usted mal en hacer públicas ciertas cosas...

De pronto se detuvo, como si hubiese ido demasiado lejos.

—¿Qué cosas?—pregunté irguiendo la cabeza, y admirada esta vez tanto como él.— ¡Ah! Tenga usted cuidado; usted no puede callarse ahora... me debe usted una explicación, en el acto, de las palabras que acaba de pronunciar. ¿Qué cosas son esas que es preciso ocultar á los ojos de todo el mundo?

No respondió una palabra más. Pero yo me atreví á añadir:

—¿Se relacionan, pues, con el honor?

Entonces se irguió y gritó con vehemencia:

—¡No! ¡no! Gontrán no ha sucumbido jamás faltando á él.

—Lo sé, al menos lo supongo—exclamé con la misma voz y en un arranque de orgullo.—Pero entonces, ¿por qué aconsejarme el silencio, impidiéndome castigar á los miserables, á los ladrones?

—No se trata de ladrones... El dinero ha sido dado.

—¿Por Gontrán?

—Sí.

—¿Á quién?

—Le ruego, Duquesa, que no me obligue á decirlo.

—Yo le suplico á mi vez que hable. Tengo necesidad de que confiese V., y se lo exijo.

—No tengo derecho á hacer traición al secreto de un amigo.

—Sí. Para impedir que otros le conozcan; porque no somos más que dos los que tenemos que guardarle. Su deber estricto es hablar, declararme á mí cuanto haya...

—¿Y si V. sufre con estas confidencias?

—Si sufro, si me causa dolor la comunicación de esos secretos, tanto peor para mí; yo tengo la culpa, puesto que lo he exigido.

Y aproximándome á él, en tono muy bajo y

reconcentrado, con el corazón oprimido, porque ya había adivinado yo de qué se trataba, añadí:

—Hay una mujer en este asunto, ¿no es cierto?

El silencio que guardó equivalía á una afirmación terminante.

—¿Quién es esa mujer? —continué, más irritada ahora que curiosa.—Una mujer de un millón no es una advenediza cualquiera vulgar.

—Y sin embargo, es la última acaso que se cruza en nuestro camino, quizás la más vulgar de todas—respondió el Marqués.

En la manera despreciativa con que pronunció estas palabras adiviné lo que necesitaba. Pero una idea vino á herir mi pensamiento, y repuse vivamente:

—La muerte de mi marido fué voluntaria, ¿no es verdad? ¿No fué el delirio quien le mató?

—No lo sé.

—¿Qué piensa V.? No mienta; hablamos de un muerto.

—Creo que en parte tuvo razón para hacer lo que hizo.

—¡Cómo! ¿Usted aprueba que se haya matado por esa mujer?

—No se ha suicidado por ella: se quitó la vida por miedo á ella.

—¿Qué podía temer?

—Ser arrastrado todavía más y más á nuevas locuras.

—¿Locuras de dinero?—dije con voz sorda.—Habría hecho mejor viviendo y arruinándome... ¡Cuánto debía amarla para temerla de ese modo!

—No, no la amaba.

—Sí, sí, sé lo que va V. á decir. Los hombres tienen frases, expresiones diversas cuando se trata de amor. *Desean*, pero no *aman*. Para nosotras las mujeres, amar y desear tanto monta... Por lo demás, con un millón ha podido satisfacer todos sus deseos. Si se ha matado, amaba en realidad. Y si no, responda V. si puede, para destruir mis afirmaciones.

—No puedo—murmuró.

Yo no recogí entonces esta frase, que ahora hiere mi pensamiento: ¿quería decir "no puedo explicarme ciertos sentimientos," ó bien: "hay cosas de las cuales no puedo hablar á V.?"

—Ha sido V. el amigo íntimo de mi marido—le dije con voz áspera.—Era V. su confidente... Si yo hubiese dudado alguna vez,

no dudaría ya... y V., sin embargo, no ha tratado de arrancar de su lado á esa criatura que debía matarlo.

El Marqués respondió suavemente, con la cabeza baja y los ojos humedecidos:

—Por el contrario, he intentado librarle de ella cien veces, pero inútilmente.

Y como se inclinase ante mí, disponiéndose á despedirse sin atreverse á alargarme la mano, le dije bruscamente, obedeciendo á no sé qué instinto:

—¿Cómo se llama?

Titubeó un instante. Entonces añadió:

—¡Basta! Lo preguntaré á otras personas. Sus amoríos no habrán sido secretos. Yo sola probablemente los ignoraba.

—Nadie, absolutamente nadie más que yo los conocía.

—¿Se ocultaba, pues, ella? ¿Era una mujer del gran mundo, casada tal vez, aunque venal?

—No... una cortesana.

—Pues ésas no hacen misterio de su conducta, sobre todo cuando logran premios tan crecidos. Un amante pródigo les sirve de enseña, y publican su nombre por todas partes.

—Cuando lo saben—deslizó el Marqués.

—Cómo, ¿no sabía el nombre... de su amigo de V.?

—Jamás. Lo ha conocido siempre con un nombre supuesto.

—¿Y ella? Puede V. nombrármela ahora, puesto que se trata de una...

—Si lo exige V...

—Lo exijo.

—Se llama Melinita.

—¿Melinita? ¿Es eso un nombre de mujer?

—No la conozco por otro.

—Bien, muchas gracias. Adiós.

Se inclinó de nuevo y salió.

IV

15 de Junio.

¿Conque aquel á quien yo he preferido á todos, porque lo creía más leal, más enamorado que los demás; aquel de quien yo he sido la compañera rendida, fiel, sin que jamás un asomo de coquetería haya aparecido en mi existencia; aquel á quien amaba tanto cuanto me creía amada por él; este marido, este amante, este amigo, cansado de mí al tercer año de matrimonio, buscaba una advenediza, matándose por ella, ó al menos por su causa?...

¡Ah, esto es infame! ¡Cuánto he sufrido después de esta revelación... tanto como en los momentos de su muerte!... ¿No acaba de morir para mí, una segunda vez?

Sufro en mi orgullo, cruelmente herido; en mi amor, que creía eterno. Sufro, porque no

puedo ya vivir de los recuerdos, vivir del pasado, y sufro, en fin, porque desprecio lo que antes respetaba. No, no; hago mal en pensar y hablar así. Ya no existe, y debo perdonarle.

¿Perdonar? No puedo, no lo podré nunca... precisamente porque ha muerto. Se perdona á veces una injuria, una ofensa, cuando se puede arrojarla á la cara del ofensor duramente, pegar, herir, estallar en cólera, dar rienda suelta á los dolores. Pero mi rabia se esparce en el vacío; mis gritos no los escucha. No puedo devolverle el mal que me ha causado exclamando: "Ya estamos en paz, y perdono."

Y, sin embargo, me ha amado, me ha amado mucho... ¡Oh! Estoy segura; no es fácil engañarse una en esta materia... ¿Por qué de repente he dejado de gustarle?

¿Ha cambiado mi semblante? ¿Soy menos bella? No es probable, porque una amiga ya se habría encargado de buscar el medio para hacérmelo comprender.

Antes, por el contrario, parecía que todo el mundo que me rodea estaba de acuerdo en reconocer que el matrimonio me había embellecido. Nunca he gozado de tanta aura popular en la sociedad como el año último. Mis éxitos

en este punto se contaban por mis exhibiciones. Mi entrada en un teatro, en un baile, siempre causaba sensación. La gente se colocaba en fila para verme pasar, y de la generalidad se escapaba un rumor de admiración...

Me veo obligada á decir esto, porque es la verdad, y en este diario la consigno con sinceridad absoluta... Por lo demás, ¿no se escribía precisamente esto? Sí, hace seis meses apenas, un periodista afirmaba que yo era, no ya la más linda mujer de París, como la heroína de una novela que ha provocado gran ruido, sino la más linda mujer del mundo...

Y es el Duque, sí, mi marido, quien por cierto me ha traído el artículo. Yo estaba furiosa, incomodada de veras de que se atreviesen á ocuparse de esta suerte de mi persona; quería protestar, exigir el silencio; pero él me dijo, sonriendo con su fina sonrisa... ¡Ah! ¿por qué no lo veo todavía sonreír de aquella manera!... Me dijo: "Querida amiga, harías mal en quejarte: tu nombre, tu fortuna, tu belleza te constituyen en una verdadera celebridad; perteneces, por consiguiente, quieras ó no, al eco de los periodistas." Sí, en lugar de estar descontento de estos elogios, él, que siempre huía del ruido y que gustaba de la soledad y

de la sombra, parecía encantado y orgulloso.

Me amaba, pues, todavía... y no obstante, esta mujer, esta Melinita... La deseaba solo, ha insinuado el Marqués. ¡La deseaba! ¿Qué tiene, pues, esa mujer para ser más deseable que yo?

¡Ah! Quisiera saberlo...

¿Y qué me importa? ¿Me rebajaré hasta ocuparme en semejante criatura? Me ha engañado, me ha traicionado; hé aquí todo lo que me concierne. Me es indiferente que haya sido con ésta ó con aquélla; con esta especie ó con aquella otra.

¡Qué bien me ha engañado! ¿Cómo era posible que yo dudara de él?... ¡Es admirable! ¡Qué diplomático y que cómico tan perfecto! ¡Qué corrección en la incorrección! Nada ha cambiado en su vida. Cuando no me acompañaba al teatro ó á reuniones, pasaba la noche á mi lado, en el hotel, en el saloncito azul... donde ya no me atrevo á entrar: lo veo siempre sentado en el mismo sitio. ¿Á qué hora me engañaba, pues? ¿Á qué hora se amaban? Entre cuatro y siete, sin duda. Á la hora del círculo, ó para hablar con propiedad, á la hora de los amores de los hombres casados, de los hombres que engañan á sus respectivas

mujeres, guardando las formas, el último átomo de pudor, el adulterio púdico.

¡De cuatro á siete de la tarde! ¿Por qué, pues, llamar á esas mujeres, como algunos, damas de noche? Sería más propio denominarlas damas de día, aunque por lo visto distribuyen su tiempo repartiéndolo de sol á sol entre célibes y casados, los unos que no se ocultan y los otros que engañan ocultándose...

No sé cuáles son preferibles; acaso los cínicos... sí. Volver cerca de la mujer legítima, de la mujer honrada, pasar hipócritamente la noche al lado de ella cuando se han agotado todos los recursos del amor en brazos de otra, constituye una nueva infamia y una nueva injuria.

Me acuerdo como si fuese ayer... Nada ha cambiado, no solamente en su vida, en sus hábitos, en sus respetos, en sus atenciones hacia mí, ni siquiera en sus ternuras, hasta el instante en que ha caído enfermo... ¿Lo estaba en efecto, ó se ha fingido tal para que se atribuyese su suicidio á un raptó de delirio?... ¡Ah! Me ha engañado hasta el final, y la medicina también... Sí, las mismas ternuras. Creo aún acordarme de los últimos tiempos, en que parecía estar más enamorado...

Los remordimientos causaban aquel efecto... Acaso era un artificio todo aquello, para engañarme mejor, para alejar toda sospecha, porque el culpable se cree siempre espiado... y además, la otra, Melinita, le había educado sin duda enseñándole ciertos refinamientos para amar mejor... Estas mujeres deben conocer todos los resortes del amor, como que ellos constituyen su oficio... ¡Ah! ¿Por qué no luchamos nosotras con ellas? ¿Por qué no sabemos hacernos amar por los medios y el sistema que ellas emplean y siguen?... Quizá nuestra ignorancia, nuestros pudores, nuestras virtudes sean la causa de que perdamos á nuestros maridos. Van á otra parte á buscar lo que nosotras no sabemos otorgarles... ¡Oh, señoras! ¡Menos ternura y más pasión! ¡La pasión! ¿Saben ellas por ventura tenerla? Pero ¿qué importa, si saben aparentarla, y el Duque se ha dejado sorprender y gustoso ha consentido en ser engañado?

He creído adivinar que él no había corrido demasiado el mundo hasta nuestro matrimonio. Parecía una persona mesurada y prudente; ha encontrado una loca, y se ha dejado incendiar. La prudencia cayó á los pies de la locura.

Y bien, no. Esto no debe ser así. Si ella le hubiese amado con frenesí, con pasión, le hubiese hecho tan dichoso que no se habría matado... Hay algo más aquí, hay otra cosa que es preciso averiguar. No he oído hablar en mi vida de esta Melinita. Si fuera muy conocida y estuviese de moda entre sus semejantes, habría oído pronunciar su nombre, como se cita á todas las notables. Los hombres no se ocultan de hablar delante de nosotras de tales hembras; un nombre impuro no puede herir, después de todo, nuestra pureza... Conmigo, la curiosa por excelencia, la personificación viviente de la interrogación misma, como se me ha llamado entre los que me conocen con cierta intimidad, los hombres, repito, no sólo no callan, sino que, antes por el contrario y para hacerse simpáticos á mis ojos, han procurado siempre saciar mi curiosidad, hablándome de todo. Ha habido hasta quien ha pensado, mi marido precisamente, que me gusta instruirme con tal que todo se me diga con delicadeza. Los que me conocen saben que yo no escucho ni comprendo sino aquello que quiero comprender y escuchar, y que hablando conmigo se puede ir todo lo lejos que se quiera, mientras que yo no detenga

á mi interlocutor con una mirada que le prohiba penetrar en terreno vedado.

Y yo, sin embargo, por más que hago por recordar, nunca oí hablar de esta Melinita... ¿Quién es, pues?... ¿Qué tiene de extraordinario para que el Duque la haya preferido á mí, le haya dado un millón y se haya suicidado por su causa?

V

18 de Junio.

La conozco, es decir, me han dado noticias acerca de ella; porque conocerla, ni aun siquiera de vista, no espero que me ocurra en la vida.

Mi primito Arturo de Blazac es quien me ha edificado con el particular. Escribo edificado, y no escandalizado, sin razón ninguna.

¡Qué original es este infeliz de Blazac! Delgado, mezquino, rubillo, chatungo, boca pequeña, manos pequeñas, pies pequeños, todo, todo pequeño, se le tomaría, á pesar de sus treinta años, por un alumno del Sagrado Corazón echándolas de joven. Hemos esperado en algún tiempo en la familia que se sacaría partido de él, porque es inteligente é instruido; pero á poco nos ha desencantado á

á mi interlocutor con una mirada que le prohiba penetrar en terreno vedado.

Y yo, sin embargo, por más que hago por recordar, nunca oí hablar de esta Melinita... ¿Quién es, pues?... ¿Qué tiene de extraordinario para que el Duque la haya preferido á mí, le haya dado un millón y se haya suicidado por su causa?

V

18 de Junio.

La conozco, es decir, me han dado noticias acerca de ella; porque conocerla, ni aun siquiera de vista, no espero que me ocurra en la vida.

Mi primito Arturo de Blazac es quien me ha edificado con el particular. Escribo edificado, y no escandalizado, sin razón ninguna.

¡Qué original es este infeliz de Blazac! Delgado, mezquino, rubillo, chatungo, boca pequeña, manos pequeñas, pies pequeños, todo, todo pequeño, se le tomaría, á pesar de sus treinta años, por un alumno del Sagrado Corazón echándolas de joven. Hemos esperado en algún tiempo en la familia que se sacaría partido de él, porque es inteligente é instruido; pero á poco nos ha desencantado á

todos para hacer la *gran vida*, que es, después de todo, la única manera que tiene de poderse agrandar; pero ni aun así lo ha logrado, cada día es más raquítico y mezquinillo.

Viene á verme de vez en cuando, porque soy buena con él y no le echo sermones de moral; le dejo charlar dando rienda á su lengua viperina, hablando de la partida de vividores y vividoras entre quienes después se da tono diciendo con frecuencia: "Vengo de casa de mi prima la Duquesa de X..."

Yo le recibo cuando no tengo cosa mejor en que ocuparme, y de igual manera que uno mira las cosas menos puras del mundo. Blazac me sirve como de *Gaceta* mundana, relatando todos los can-can y demás escenas más ó menos sucias de París, con toda la crónica escandalosa de la gran villa de un París que sólo él conoce, un París feo y repugnante, cuyas celebridades galantes le son familiares con cierta intimidad. Hoy, cuando han venido á anunciarme su visita, he estado á punto de negarme, porque no tengo humor de distraerme. Pero el deseo de preguntarle, de hacerle hablar, de saber ciertas cosas, se ha apoderado de mí y le he consentido que pase.

Y á fe que no he perdido mi tiempo, Apenas

se ha sentado en una gran butaca, donde desaparecía por completo su personilla, he dirigido la conversación hacia el punto único que podía interesarme.

—Y bien, primo—le he preguntado,—¿se divierte mucho París todavía á pesar de la estación? Todas vuestras hermosas *Ternuras*, como las llamáis (y confieso que la palabra es linda), continúan aquí, sin haber levantado su vuelo. Háblame un poco de ese mundo curioso.

—Prima—me ha respondido, tratando de alisar un conato de bigotillo rubio invisible,—París se aburre desde que ha perdido su ídolo.

—¿Qué ídolo? ¿El General?

—¡Qué disparate! ¡Qué General ni qué ocho cuartos! Su ídolo es mi prima Olga.

—¡Yo! La galantería está bien preparada, por lo mismo que yo no podía esperarla... ¿De qué París hablas, del mío ó del tuyo? Del mío no será, porque nunca lo frecuentas. Lo desprecias, te aburres en él, y él te paga en la misma moneda. ¿Cómo puedes saber, por consiguiente, si me echa de menos? ¿Del tuyo? ¡Oh! Ese, afortunadamente, no me conoce, se ocupa exclusivamente de la señorita Lucy

Seymour, Nelly Beer, Marion de Lorme, Blanca de Closmenil.

—¡Cómo! —exclamó admirado. —¿Conoces todos esos nombres?

—Para conocerlos basta leer el *Gil Blas*, y lo leo con frecuencia, prefiriéndolo, lo prefiero ingenuamente, á la *Gaceta de Francia*. Y podría citar otros muchos nombres: Matilde de Montalbert, por ejemplo, Luisa Babin, Enriqueta la Roja, Melinita...

—¡Oh! Lo que es de esa última, nunca habrás visto su nombre en el *Gil Blas*.

—¿Por qué?

—Está á mal con él.

—Entonces, habrá sido en otra parte. Pero ¿por qué está á mal la señorita Melinita con el *Gil Blas*? Me pones en curiosidad.

—Porque ella ha dicho á Pablo D...

—¿El crack-winner?

—Precisamente. Y á Carlos D...

—El intrépido vacía-botellas.

—Justo. Estás muy al corriente, prima.

—¿No es verdad? Sé mi *Gil Blas* de memoria. Y bien, ¿qué les ha dicho Melinita?

—Que ella no pide ningún reclamo, y que no dará nada á los que se lo proporcionen en el periódico.

—Pero qué, ¿pagan estas señoras porque se cuenten sus proezas?

—Algunas veces, pero no en dinero.

—¿En qué?

—En buenos procedimientos. Se es amable con ellas, y ellas á su vez son amables con ellos. ¿Comprendes?

—No es difícil de comprender. Ocultas tan poco, primo... Ahora me explico por qué se cita todos los días á las mismas mujeres... Ellas son amables... y Melinita no ha querido nunca ser amable con esos señores.

—Á cambio de reclamos, no. Tenía la pretensión de hacer carrera completamente sola.

—¿Y la ha hecho?

—¡Ya lo creo! Tiene su millón.

Me estremecí; pero Blazac no lo advirtió, porque es tan miope como chiquitín. Después hice un esfuerzo para preguntar:

—¿Un millón de veras?

—Un millón, y en excelentes valores: obligaciones, acciones de ferrocarril, títulos de la renta al portador. He visto el paquete con mis propios ojos, un gran legajo.

—¿Y ella lo enseña á todo el mundo?

—Gratis: á las mujeres, para hacerlas rabiar; á los hombres, para que sean espléndi-

dos con ella. Ya comprendes que no se le pueden regalar cien pesetas á una mujer millonaria.

Le pareció á Blazac un poco atrevidas sus últimas palabras, y se detuvo como si hubiese dicho una enormidad. Pero yo, que no creo que pueda salir nada enorme de cuerpo tan pequeño, y sin hacer caso ni mostrarme confusa por aquellos arriesgados conceptos, repuse:

—Y cuando no tenía aún tantas riquezas, ¿en qué se ocupaba? ¿Se exhibía, sin duda, á sí propia, aunque con más modestia?

—Ha sido rica inmediatamente, desde sus primeros pasos en la carrera, gracias al barón de Virmeux.

—El barón de Virmeux? ¿Lo conoces, Blazac?

—No, siempre he pensado que era un nombre supuesto. Melinita también ha creído lo mismo. Pero ella se reía de estos pudores. Lo importante era el millón, y lo tuvo. ¡Oh! Ella no pierde el tiempo en inútiles averiguaciones: es una mujer práctica. Nada de maravillosa, por supuesto... Precisamente yo la he formado.

—¡Ah! ¡Tú!...

—Es decir—dijo recogiendo sus palabras,—yo... la he lanzado.

—¡Feliz idea y gran título!

Completamente embebido en el asunto, no hizo atención á mis palabras, y continuó:

—La idea no era mala. Cansado hace tiempo de no oír hablar sino de mujeres rubias, poniéndolas en los cuernos de la luna, se me metió en la cabeza hace un año probar que las morenas valen más que las de cabellos de oro... Perdón, querida prima, por mi atrevimiento diciéndote esto á tí, que eres una rubia de delicioso pelo... natural, mientras que las tres cuartas partes de las que por ahí se usan son pintadas ó despintadas, ó usan postizo el color. Todo el mundo lo sabe, y sin embargo, se las prefiere á las morenas... Y se me puso entre ceja y ceja buscar una morena, y, con efecto, la encontré. Ella ha hecho fortuna, y yo... he hecho la prueba que quería.

—¿Dónde encontraste esa morena, en el Mediodía?

—En París, y en casa de una rubia á la cual servía como doncella.

—¡Ah! ¿Melinita ha sido doncella?

—Pues sí, y no te admire. La mayor parte de nuestras *grandes marcas*, como decimos,

han empezado por ahí... Yo le quité la criada á la señora, y la he arreglado y vestido.

—¡Vestido también, picarón!

—Después le alquilé un cuartito amueblado.

—¡Qué bien arreglas todo!

—Si yo me hubiese arruinado por ella, ¿qué habría probado? Nada, que me gustaban las morenas, y esto era un caso personal y aislado. Lo que yo quería demostrar es que las morenas deben gustar á todo el mundo, que deben gustar á los demás, y esto lo he probado hasta la saciedad, prima.

—Esa morena no debe probablemente su éxito al color de su cabello, debe tener algo más llamativo. ¿Es linda?

—No; pequeña, delgadita, ojos profundos, nariz respingona, dientes puntiagudos, verdaderos dientes de loba, labios gruesos muy encarnados, tez mate: hé ahí su exacta fotografía. Ya comprendes, prima, que yo no habría sido bastante estúpido para buscar una linda morena, porque entonces mi demostración habría sido nula, desde el momento en que su belleza, y no el color de sus cabellos, era lo que proporcionaba el triunfo. Y lo que yo había apostado, mi tesis, consistía en que

una morena, simplemente por serlo, vale más que una rubia.

—Vamos, Blazac, eso es burlarse de mí. Nadie me persuadirá nunca de que á una mujer se le da un millón sólo por su negra cabellera. Lo repito, debe tener otra cosa que llame la atención.

—¡Otra cosa! Sin duda tiene, tiene... perdón por mi frase, tiene algo del perro, es decir, es excitante y capaz de turbar la cabeza más tranquila...

—¡Oh! No es preciso más explicaciones. Basta con el ejemplo del perro.

—Y además—continuó sin hacerme caso,— es una verdadera viciosa.

—Enviciada por tí.

—No, lo es de nacimiento. Hay mujeres que vienen al mundo exclusivamente para eso. Se las debería reconocer en ciertos signos exteriores, y ahogarlas á los doce años.

—¿Y eres tú quien habla así?

—¿Por qué no? Se puede cultivar el vicio por cuenta propia, y deplorar, sin embargo, sus defectos en los demás... Sí, mientras se rechace la adopción de mi idea de ahogar á las que nacen con esa predisposición, ¡desgraciados de los hombres! En cuanto una de esas

criaturas tenga un interés cualquiera en atraparlos, están perdidos. Los más fríos, los más fuertes, los más invulnerables acabarán por inflamarse y estallar... Precisamente por eso he llamado á la mujer de que hablamos Melinita.

—¿También has sido tú quien la ha bautizado?

—Yo, antes de lanzarla al mundo. Le he dado el nombre de una de las últimas materias explosivas, de la que pasa por hacer mayores estragos.

—Sí, estragos terribles, instantáneos—murmuré tristemente.

—Eso, según y conforme—repuso.—La melinita, que yo he estudiado mucho (ya sabes que yo adoro la química), es una materia explosiva *semi-rompiente, semi-lenta*, es decir, que en ciertos casos puede obrar con lentitud, como una cuña que se va clavando á fuerza de martillazos en una masa resistente... ¡Oh! He estudiado mucho la cuestión; no bautizo á una mujer como se bautiza á un niño, sin saber por qué se le llama Pedro ó Juan. La he llamado Melinita porque, á semejanza de esta materia, tiene un cierto aspecto dulzón, blando, que parece y que es

absolutamente inofensivo en circunstancias ordinarias. Se la puede estrellar contra otro cuerpo, aproximarla al fuego; no estallará si no está preparada para saltar en pedazos; pero, si lo está, si se la ha puesto al contacto de una buena cápsula fulminante, mucho cuidado, porque la explosión será formidable y espantosa: romperá todo, matará todo, aniquilará todo lo que encuentre á su alrededor.

—Sí, sí, mata—repetí maquinalmente.

Y temiendo que hubiese apercibido mi emoción, me apresuré á añadir:

—Parece que á tí no te ha matado.

—¡Oh, á mí!—exclamó con aire de vencedor, con un nuevo esfuerzo para retorcer las guías de su ausencia de bigote.—¡He conocido tantas Melinitas! Son peligrosas, especialmente para los prudentes y los fuertes; cuentan con su fortaleza y con su fuerza, creyendo que no tienen que temer nada de enemigo tan pequeño, y lo dejan aproximarse hasta ellos. Parecen ellos acorazados, que no desconfían de un torpedero. Yo, que me reconozco débil y muy poco prudente, siempre estoy en guardia. Así, después de haber lanzado á mi Melinita, he emprendido cobardemente la huida, temiendo que me alcance el estallido. Y aña-

diré, prima, puesto que me consientes esta conversación tan libre, que por lo demás ella no tenía interés alguno en obrar sobre mí, en trabajar lentamente para hacerme saltar en pedazos. Sabía que yo no haría su fortuna, y debía esperar por tanto para comenzar sus estragos una mejor ocasión, porque, ya lo he dicho antes, creo que la melinita estalla á voluntad.

—Á voluntad de los demás, mientras que tu Melinita estalla á la suya cuando quiere hacer daño.

—No siempre; tiene caprichos súbitos, antojos, arranques de locura amorosa, que pueden exponerla, á ella misma también, á serios peligros. Hasta ahora ha sabido sustraerse á esa exposición, porque no ha experimentado verdaderas resistencias, porque ha roto todos los obstáculos. Si encuentra un ser excepcional, dotado de la dureza del acero templado y de la elasticidad de la argamasa de cemento, que resisten á la melinita, se inflamará por sí propia y se consumirá por completo ella sola.

—Y bien, deseo que tropiece con ese ser excepcional la miserable de que hemos estado hablando tanto tiempo...

Y hasta la vista, primo.

VI

22 de Junio.

Con la esperanza de encontrar un poco de fresco en el Bosque de Boloña, después de un día excesivamente caluroso, he comido ayer más temprano que de costumbre, y hacia las ocho dejé el hotel, con mi señora de compañía.

En el Arco de Triunfo di orden al cochero de entrar en el Bosque por la Puerta Maillot. La librea de mis criados, negra, mi *landau* negro, mi tren oscuro, mi traje de luto, mi sombrero con gran velo, todo este conjunto habría arrojado una nota discordante en el conjunto alegre de la avenida del Bosque, todavía con demasiada luz, y que empezaba á animarse.

Algunos minutos después, al pasar por el pabellón de Ermenonville, se me ocurrió de-

tenerme á la orilla de la alameda de las Acacias, cerca de este *restaurant* tranquilo, y menos visible que la Cascada ó el Chateau de Madrid, y satisfacer allí el deseo de mi señora de compañía y mío, de tomar un helado, cosa que ansiábamos, haciéndonoslo servir al coche naturalmente. El lacayo fué á pedir los sorbetes; y esperábamos, cuando una *victoria* muy elegante vino á detenerse frente por frente de nosotros y también pegada al borde de la avenida.

Al punto que se detuvo, la persona que la ocupaba, sin apearse, llamó á uno de los mozos del *restaurant*, diciéndole en alta voz:

—Yo no entro si no hay nadie de mis conocidos. Infórmese si está el Vizconde de Blazac.

Al oír pronunciar el nombre de mi primo Blazac, no pude contener una mirada hacia mi vecina, menos indiferente que la que le dirigí momentos antes.

¡Qué mujer tan rara y qué manera de vestirse tan original! Un gran cuello alto y una corbata de hombre, un gran plastrón; su cuerpo redondillo encerrado en un chaleco y una chaqueta de corte de sastre, aquél de raso blanco y ésta de paño negro; la cabeza cu-

bierta con un sombrero flexible de fieltro como el de los hombres, cubriendo á medias el cabello corto y negro, rizado á la manera que creo se llama á la Belbeuf. Ciertamente que con tal traje se podría dudar del sexo de la persona, si la falda de otomano negro que dibujaba las formas poco pronunciadas, aunque proporcionadas y modeladas suavemente, no la hubieran denunciado.

Mientras que yo tuve esta rápida inspección, trajo el mozo los helados, y yo, por hacerles honor, levanté el velo, que hasta entonces conservaba bajo.

Apenas descubrí mi rostro, mi vecina hizo un gesto de sorpresa, como si me reconociese; después, enderezándose como si fuera de una pieza en su coche, con las manos apoyadas sobre el pescante y sobresaliendo sólo su cabeza, se puso á mirarme fijamente.

Iba á renunciar á mi helado, á bajar mi velo y á dar la orden de marchar, cuando de repente Blazac, que yo no habia visto venir, se presentó á la portezuela de mi *landau* abierto.

—¿Cómo, prima, tú aquí? Me han dicho que me llamaban, pero confieso que no esperaba...

Me incliné hacia él, y muy bajo y muy rápidamente le dije:

—No soy yo quien te ha llamado, es esa señora de enfrente que está en la victoria. No la mires mientras estés hablando aquí conmigo.

La recomendación llegaba tarde; Blazac la había mirado ya, y exclamó:

—¡Calle, Melinita!

—¡Melinita!

A mi vez me levanté brusca é instintivamente, pero al punto me dejé caer en los almohadones del coche, donde me arrinconé lo más que pude, como si tratase de alejarme de aquella criatura colocando mayor distancia entre ella y yo. Era el movimiento de una persona á quien se le dice de pronto: "Tened cuidado, ahí está la víbora;," en el primer instante se mira al animal, luego se huye con espanto.

Pero el movimiento que acababa de hacer, el primero, me recordó el de aquella mujer al levantar yo mi velo. ¿Me conocería? ¿Sabría el verdadero nombre del Barón de Virmeux? ¿Se habría dicho á sí misma al verme: "Esa es la mujer del hombre que he matado?,"

Entonces me incliné de nuevo para hablar

con Blazac, y siempre con rapidez y muy bajo y con el corazón oprimido:

—¿Me conoce?—le pregunté.

—Mucho—respondió.—El otro día, al salir de tu casa, se me ocurrió ir á verla, y á la pregunta de "¿Qué buen viento trae por aquí á Blazac?," le contesté: "Pasaba cerca, porque vengo de casa de mi prima la Duquesa de X...—La Duquesa prima...—Ciertamente, y me enorgullezco en ello.—Y con razón, es la mujer más idealmente bella que conozco. Nunca he visto nada más completo: encanto, distinción, todo lo tiene...,"

Blazac iba á continuar, creyendo que estos elogios me lisonjeaban, cuando, por el contrario, me indignaban inmensamente.

—¡Basta!—le dije nerviosa.—¿Cómo me conoce? ¿Dónde me ha visto?

—En varias ventas públicas de caridad.

—¿Entonces estaría yo sola, sin el Duque?

—Probablemente. No es costumbre que los maridos vayan con VV. á esas cosas. Venderían VV. menos, y los pobres perderían... Te ha vuelto á ver varias veces desde que estás viuda, y te encuentra más linda todavía de luto...

Esta vez no tuve necesidad de interrumpir.

pirle, porque una voz imperiosa gritó como quien llama á un perro: "¡Blazac, aquí!"

Mi primo, que ha conservado algunos vestigios de buena educación, hizo como que no había oído, y no se movió de su sitio. Pero temiendo yo un nuevo llamamiento, temiendo hasta que se viniese á buscarle hasta mi coche para mirarme más de cerca, bajé el velo, me envolví en el chal y di orden á mi cochero de marchar.

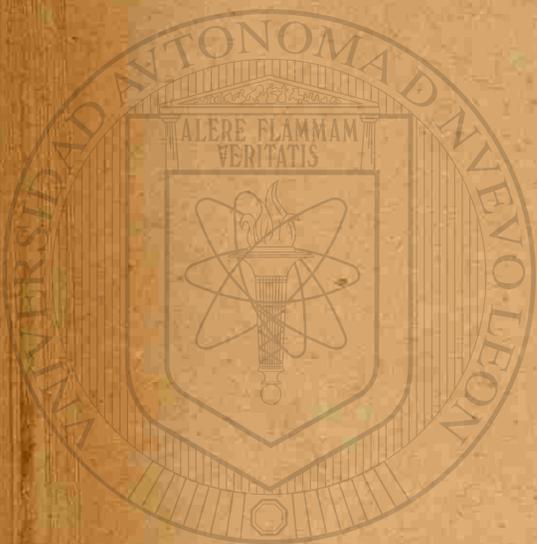
Blazac tuvo todavía el buen gusto de permanecer en el mismo sitio, con su sombrero en la mano, y de no acercarse á su... Ternura, hasta que yo desaparecí.

Arrellanada en un rincón del carruaje, llevada al través del Bosque, en la sombra que se hacía más espesa, entre la bruma que sube de los macizos, veo aún, á pesar de todos mis esfuerzos para lanzar de mi pensamiento, la imagen de aquella mujer, que ha sido mi rival y que me ha hecho viuda... ¡Y cosa singular! En vez de exclamar "¿Cómo ha podido preferirla á mí? ¡Qué obcecación!", en lugar de criticar sus formas y su semblante, me digo: "Sus ojos son pequeños, pero ¡qué mirada! Ojos de ave de presa, que primeramente fascinan á su víctima... Si la nariz es mal dibujada, las

ventanillas son muy movibles, muy abiertas, animando aquella fisonomía y dándole sello particular de vida. No respira, sino que aspira... la sangre de sus víctimas sin duda... siempre como los animales carnívoros. Sus dientes, muy blancos, dan mucha expresión á aquella cara, precisamente porque son puntiagudos y desiguales. ¡Ah! Deben saber morder... El cuerpo es menudo sin duda, cuerpo de chiquilla más bien que cuerpo de mujer; pero hay quien prefiere el boceto á la determinación del dibujo, el capullo á la flor, la niña apenas formada á la mujer correcta... Sí, me explico ahora que pueda gustar esta criatura, preferirla á otras, preferirla á todas. Me explico su éxito, su suerte, que sea irresistible, que se le dé por sobrenombre Melinita. Me explico la traición, la muerte de mi marido."

Hé ahí lo que me decía por la noche á través del Bosque, con un tiempo que empezaba á ser tempestuoso y que me ponía febril.

Hoy por la mañana no me digo nada de eso; no me explico nada, y Dios me libre de toda explicación.



VII

25 de Junio.

Desde que soy viuda, todo el mundo se casa á mi alrededor. Es una especie de epidemia. Las gentes de mi casa encuentran, pues, mi posición envidiable y toman el único camino que puede conducirles á la viudez. Mi mayor-domo ha dado el ejemplo algunas semanas después de la muerte de su amo. Yo no le he reemplazado. Es una gran economía bajo todos puntos de vista. La señora que tenía para que me acompañase me ha abandonado ayer para ir á unas segundas nupcias, ¡pobre! Yo no la reemplazaré antes del invierno... y aun si pudiese suprimir la plaza... Pero hé aquí que mi doncella, una chica de treinta y cinco años, que creía dedicada á eterno celibato, experimenta la necesidad de comerse las econo-

más hechas en mi servicio con un joven, jefe de comedor de los alrededores. Y ésta, es absolutamente preciso reemplazarla, porque yo no sé desgraciadamente servirme á mi misma. ¡Ah, si yo supiese!

Para procurarme una nueva muchacha, he escrito sencillamente como cualquiera vulgar burguesa á una agencia de colocaciones, á la calle Faubourg Saint-Honoré. Pero lo que me han avisado no me conviene. Yo quisiera para el verano, que pienso pasarlo en el campo, en mi hacienda del Pas-de-Calais, una doncella que supiese regularmente su oficio y que vistiese lo bastante bien para poder salir conmigo cuando quiera dar una vuelta. Gracias á esta combinación, podría encontrar, al mismo tiempo y por algunos meses, la doncella y la señora de compañía, y en lugar de estar condenada á ver dos caras nuevas, no ver más que una, lo cual es siempre ventajoso.

Creuyendo que me explicaría mejor en esta ocasión de viva voz, me he ido esta mañana á la susodicha agencia. He mandado el lacayo á la directora, rogándole que bajase, y sin abandonar mi cupé, le he expuesto el asunto.

Cuando se marchaba y me disponía á con-

tinuar mi correría en busca de todo lo que necesito para mi próxima partida, distingo á Blazac que acaba de pararse delante de la puerta cochera, donde yo me encuentro todavía. Tiene sus lentes puestos y parece buscar el número de la casa.

—¡Blazac!

Se volvió, me reconoció y con el mismo tono que había dicho tres días antes “¡Calla, Melinita!”, exclamó:

—¡Calla, mi prima Olga!

—Sí, todavía yo—dije sonriendo al acercármeme.—¡Qué raro es este París! Pasan años y años sin encontrarse las gentes, y dentro de una misma semana se tropieza con una misma persona á cada instante.

—Semana bendecida, prima, y que la marcaré con una cruz en mi calendario. Pero ¿sería indiscreto preguntar qué haces aquí á las once de la mañana?

—Si pudiese haber indiscreción, me habría ocultado y no te habría llamado.

—Sin duda, y por esto me he atrevido yo á preguntar.

—Pues bien—contesté:—me encuentra V. aquí, señor primo, porque aquí se encuentra una agencia de criados.

—La buscaba precisamente cuando me has llamado.

—¿Tienes necesidad de una doncella?—pregunté riendo.

—Sí, pero no para mí.

—¿Para quién, pues?

—Para... pues ya que tú lo sabes, ¿para qué he de callarlo? Para Melinita.

—¡Ah!—grité irritada de volver á oír este nombre.

Pero como yo temiese que le maravillase este mal humor mío instantáneo contra una mujer que me ponía en las nubes, me apresuré á añadir:

—Luego te encarga sus comisiones...

—¡Oh! Sí, con frecuencia, y las hago. Qué quieres, con ciertas mujeres se necesita ser derrochador ó prestar servicios. Yo prefiero lo segundo. Supongo que no te ofenderá el que yo emplee este lenguaje... artístico.

—¿Artístico? ¡Qué claro eres para el arte!

—Por lo demás, es un placer tener ahora en estos momentos obligada á Melinita. Ella estuvo encantadora para mí después de nuestra comida en el pabellón de Ermenonville.

—¡Ah! Acabasteis por comer juntos á las nueve de la noche. Ya era hora.

—En esa vida, prima, no hay hora para nada: almuerzos, comidas, cenas, todo eso se mezcla.

—Cosa excelente para el estómago.

—No se tiene, y es mejor... Mientras comíamos, pasamos todo el tiempo hablando de tí.

—¡De mí, con semejante mujer!

—No podía evitarlo. Por más que procuraba variar de conversación, ella volvía siempre á las andadas... es decir, á su tema favorito: tu belleza incomparable.

—Te ruego que calles—dije yo con severidad.

—Por Dios, prima, no creí ofenderte. La admiración sincera causa ordinariamente placer. ¡Ojalá me admirasen á mí!... Además, no se trataba únicamente de tu belleza; Melinita, como todas las mujeres de su clase, siente gran curiosidad por cuanto se relaciona con las damas de buena sociedad. Cosa que nada tiene de extraño, porque las grandes señoras también se ocupan de ellas... Así es que hizo un sin fin de preguntas sobre el género de vida que hacías, sobre tus costumbres, sobre nuestro parentesco... Me aconsejaba que te viese con frecuencia, que frecuen-

tara la buena sociedad... En una palabra, estaba amabilísima, tan amable está desde hace tres días, que comienzo á tener miedo.

—¿Miedo de qué?

—De ella. ¡De la explosión!

—Sería bien tardía.

—Ya te he dicho que la melinita podía tener efectos terribles, pero que también va trabajando lentamente... Entre demolidora y lenta: ésas son mis propias palabras, prima.

—Sí, sí, ya sé; no vuelvas á empezar, te lo suplico.

—¡Caramba!... Pues bien, es necesario estar siempre en guardia, sobre todo hacia fines de Junio, cuando empiezan los calores fuertes... Recuerdo que una vez, por esa época, desapareció con un tipo... ¡ah, qué tipo!... El gran Bonneuil... ¿Ya le conoces?

—No, por cierto.

—¡Ah! Creí que sí. Es un tenorino, cuyo nombre figura en casi todos los carteles.

—Pues no me he fijado; no puede una...

—El tal Bonneuil había conocido bastante bien á Melinita: se había carenado el cuerpo á propósito, y de ese modo había conseguido resistirla sin estallar... Ella, poco acostumbrada á esa resistencia, lo hizo cuestión de

amor propio; y como por aquellos días Bonneuil salió de París, contratado para el extranjero, fué ella y se contrató también en la compañía.

—Pero ¿es cómica?

—¡Oh! ¡Ya lo creo! ¡Hace comedias, dramas, canta operetas, en caso de necesidad, baila... y ¡tiene un talento para ponerse enferma! La expedicioncita le costó veinte mil francos.

—¡Cómo! ¿Ella pagaba? Yo creí, por el contrario, que los artistas tenían sus sueldos.

—Y ella también; pero su empresario, el bueno de Shirmann, un tunante que conoce á las mujeres, había estipulado una fuerte indemnización para sí, en el caso de que ella rompiera la escritura. La rompió al cabo de quince días... el imbécil de Bonneuil abandonó su blindaje, y estalló... Después de la explosión desapareció Melinita.

—¿Y se acabó Bonneuil?

—Sí; pero á él lo volvieron á encontrar, aunque en muy mal estado: había perdido la voz. Temo que me aguarda la misma suerte; y para evitarlo emprenderé, me parece que esta noche misma, la fuga hacia el mar.

—Excelente idea; baños, duchas, son cosas

que te vendrán muy bien... Adiós, primo, hasta el mes de Noviembre.

—¡Un siglo! ¿Vas á estar todo ese tiempo sola en el campo? ¿Cómo te vas á aburrir!

—¿Por qué? ¿Porque voy á estar sola? ¡Qué galante!... Haz el favor de decir á mi cochero que vuelva al hotel.

VIII

26 de Junio.

Esta tarde me traen al saloncito donde ordinariamente estoy la siguiente esquela:

“La Sra. Duquesa puede tener plena confianza en la llamada Luisa Bauquet, que tengo el honor de enviarle. He ido personalmente á tomar informes, y bajo todos conceptos se me ha hecho el más cumplido elogio de la referida persona. Celebraría mucho que conviniese á la Sra. Duquesa, de quien tengo el honor de ser humilde servidora...”

Al pie de estas palabras la firma de la directora de la agencia, á la cual me he dirigido, y en un pico del papel el membrete de la casa.

Di orden para que entrase Luisa Bauquet. Desde luego me gustó: ni mucha cortedad, ni exceso de desparpajo. Un tocado sencillo,

pero propio de una doncella que ha de acompañar á veces á su señora á la calle; sombrero pequeño de paja, falda lisa de moaré gris y cuerpo entallado.

—¿Habéis servido ya como doncella, señorita?—le pregunté.

—Sí, Sra. Duquesa, en muchas casas.

—De modo que sabréis peinar y coser si es necesario, es decir, dar un punto.

—Más que un punto, Sra. Duquesa; mis vestidos los he cortado y los he cosido yo misma siempre.

—Salgo mañana para el campo, una posesión aislada en Pas de Calais, á la orilla del mar. No teméis aburriros allí y desear volveros á París, lo cual me crearía una verdadera contrariedad?

—La Sra. Duquesa puede estar tranquila, porque me gustan mucho el campo y el mar.

—¿Os han explicado bien lo que yo deseo, una doncella que en ciertos casos pueda salir conmigo y acompañarme?

—No puedo estar segura de convenirle á la señora para eso. Le ruego solamente que me mire bien, y que vea si puedo ir á su lado por la calle ó por el campo sin avergonzarla.

Esta respuesta, un poco presuntuosa, no

tuvo nada de chocante, porque fué acompañada de un tono muy dulce, de unos ojos bajos y de una sonrisa agradable. La sonrisa medio descubrió unos dientes que creí ya haber observado antes. Además, hacía un instante que estaba yo diciendo para mis adentros: "Esta cara, esta fisonomía, no me son desconocidas; yo las he visto en alguna parte." Pero estaban cerradas las persianas á causa del sol, lo cual no me permitía ver bien á Luisa Bauquet, quien se encontraba de espaldas á la luz.

Me levanté, y acercándome al balcón, abrí de pronto una de las persianas, como quien no hace nada. Este movimiento obligó á volverse á Luisa Bauquet, la cual quedó entonces de frente á la luz.

Me quedé atónita; creí tener allí, de pie, enfrente de mí, bañada por un rayo de sol, á aquella Melinita á quien había entrevisto una sola vez y al anochecer. Era la misma mirada, profunda, fascinadora; las mismas narices dilatadas, la misma boca, entreabierta lascivamente.

Pero la miraba y decía para mis adentros: "Soy víctima de una alucinación. Á fuerza de ocuparme en esa mujer, de hablar de ella, de pensar en ella, he concluído por verla en to-

das partes. La otra tarde en el Bosque, con los ojos cerrados y ya completamente de noche, se me apareció. Hoy se me aparece aquí á la luz y con los ojos abiertos. Estoy soñando despierta.

„Sí, ciertamente, sueño: Melinita es morena y esta muchacha es rubia... Verdad que eso nada prueba.

¿Qué significa en estos tiempos el color del cabello? En poco tiempo se lo tiñen á una.

„Pero ésta, además, es más alta que la otra... Verdad es que ¿para qué sirven los tacones Luis XV? Y por otra parte, ésta trae un sombrero acabado en punta, y la mujer que entreví la otra noche llevaba un sombrero de hombre, hongo, blando, muy bajo.

„Pero parece más desarrollada de espaldas y de pecho, más llena, más gruesa... ¿Y el algodónado? ¿No lo han inventado las mujeres delgadas?

„¡Es decir, que me empeño absolutamente en que sea Melinita! ¡Qué locura! ¿Á qué había de venir aquí? Mirándola como la estoy mirando, ¿conservaría ese aspecto tranquilo, ese aire, esa calma? ¿Y por qué no? ¿No dice Blazac que es una gran cómica? Los papeles de criada le deben ser familiares... Además, aho-

ra recuerdo que creo que fué doncella de labor. Ahora no hace más que volver á su antiguo oficio.

„¡Ah! ¡Esto es inaguantable! ¡No puedo ahuyentar esta idea!

„Veamos si se parecen las dos voces.”

—¿Cuánto quiere ganar?—le pregunté bruscamente.

—Lo que la Sra. Duquesa quiera darme. Me permitiré solamente decir á la señora que, si algunas veces he de salir con ella, esto me acarreará algunos gastos y...

—Los tendré muy en cuenta.

„No, no es la misma voz. Esta es más dulce, más reposada... ¿Qué se yo? ¡No parece sino que conozco la otra voz! ¡Es verdad!... Como si una orden dada de lejos y esas palabras: “Blazac, aquí...” pudieran servirme para comparar y para juzgar con acierto.

„¡Ah! Acabaré por demostrarme á mi misma que estoy soñando.”

—Me habéis hablado de certificados—repliqué.—¿Son esos papeles que tenéis en la mano?

—Sí, Sra. Duquesa, éstos son.

Y me alargó unas cuantas cartas.

Les eché una mirada. Todas tenían fecha

anterior á la época en que Blazac decía haber lanzado á Melinita.

—Estas cartasson antiguas—dije.—La más reciente data de un año atrás. ¿Dónde habéis servido después?

—En una sola casa. Estaba, y puedo decir que aún estoy, porque no me he despedido, en casa de la señora de La Bére, calle de Francisco I, número...

—¿Es esa señora casada?

—Sí, Sra. Duquesa, casada y con hijos. ¡Oh, es una señora muy respetable!

—¿Y desde cuándo estáis en su casa?—pregunté.

—Desde hace quince meses.

—¿Puedo pedir informes directamente?

—Sí, por cierto. Ella sabe que tengo que abandonarla para ganar algo más... Tengo familia, obligaciones.

—¿Cuándo se la puede ver?

—Todo el día. Sale muy poco de casa.

—Bien; iré á verla mañana temprano, y si me satisface lo que me diga, os quedaréis á mi servicio.

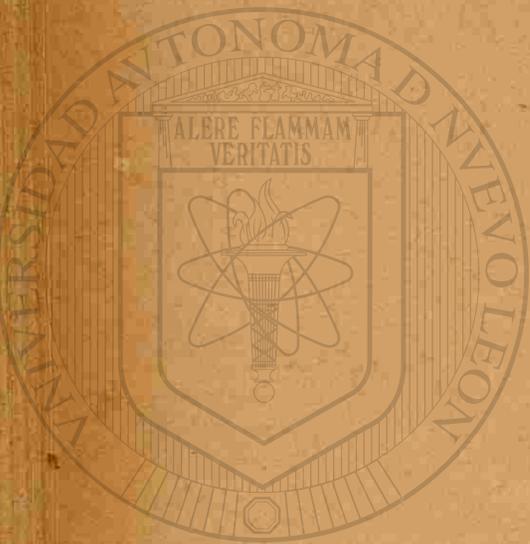
—Se lo agradezco mucho á la Sra. Duquesa, porque desde ahora tengo grandes esperanzas de quedarme á su servicio... No es

posible que la señora de La Bére le dé malos informes de mí.

Saludó cortesmente y se retiró.

¡Ahora sí que estoy convencida! ¿Es posible que esa Melinita sea á la vez doncella de labor y *Ternura de moda*, como dice Blazac? ¿Que viva á un mismo tiempo en su casa y en la de la señora de La Bére? ¿Que coma en el *restaurant* de Ermenonville y al mismo tiempo sirva á esa señora? ¿Que busque criada y que lo sea ella?

¿Iré para convencerme á ver personalmente á esa señora de La Bére? Es un paseo inútil. Luisa Bauquet está bien segura de sí misma, porque si no, ¿me hubiera dado el nombre y las señas de la casa de su ama? ¿Cómo había de decirme que pidiese informes si tuviera algo que temer? Decididamente, no me molestaré. Mañana escribiré á la agencia que su recomendada me conviene y que la tomo á mi servicio.



27 de Junio, 11 mañana.

Ayer tarde y anoche he vuelto á ver á Melinita, bajo el disfraz de Luisa Bauquet. Se me aparecía con la misma cara, con su traje de doncella de labor, morena, baja esta vez y delgada. Volvía la alucinación, ó más bien reproducíanse mis dudas.

Sí, mis dudas. "¿Qué confianza, decía yo, puede una tener en esas agencias de criados? ¿No les ha sucedido recomendar hasta malhechores á los cuales, sin duda, tenían ellas por gentes honradas?,"

Y mi imaginación, hartó sobrecitada desde hacía algunos días, trabajando siempre, hacía una pequeña novela.

Blazac diría á su Melinita que acababa de encontrarme á la puerta de la agencia y que

andaba buscando doncella. Entonces, esa mujer, deseosa de conocerme bien, de penetrar en la vida de una mujer honrada y de una gran señora, esa criatura, acostumbrada á todas las audacias, á todas las locuras, se le puso entre ceja y ceja volver por algún tiempo á su antiguo oficio y entrar á mi servicio.

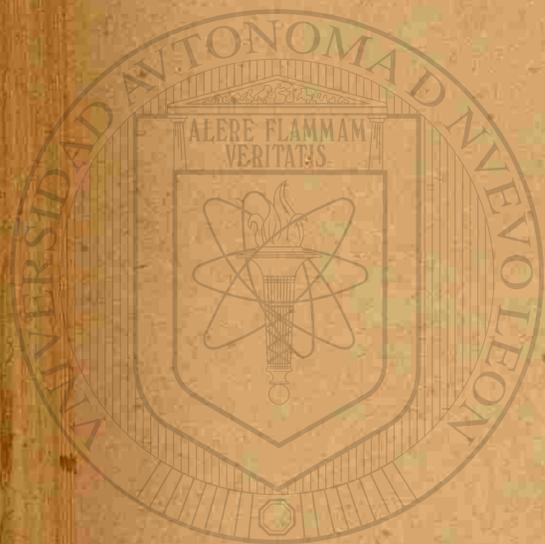
¡Pronto en campaña! Se disfraza, se pinta, se transforma y corre á la agencia. Allí enseña los certificados que tiene, los antiguos, los verdaderos, pide colocación en una casa grande, promete entregar su salario del primer mes, y ofrece, si hay necesidad, algún dinero á cuenta. La directora, bien dispuesta á su favor, y deseosa también de complacerme lo antes posible, se dice: "Esto es precisamente lo que necesita la Duquesa...", y me envía á su recomendada.

Esa es la pequeña novela que yo hice. ¡Bueno! Pero ¿cómo me deja ir á tomar informes á casa de la señora de La Bére? ¡Bah! Luisa Bauquet cree que no iré, por lo mismo que me dice que vaya. Así son las cosas. ¿No estaba yo ayer mismo decidida ya á no molestarle? Probablemente la tal señora de La Bére no existe siquiera. Pero ¿si existe? ¿Si verdaderamente Luisa Bauquet estuviera á su

servicio desde hace quince meses, la sirviese fielmente y estuviera ahora todavía en su casa? En ese caso no hay tal Melinita. Mi protagonista, mi heroína desaparece, se evapora, y con ella toda mi novela. Importa, pues, convencerse de si existe ó no existe esa señora de La Bére.

¿Y á qué? ¿Para qué tomarme esos trabajos? Basta con que tenga dudas sobre Luisa Bauquet para no tomarla á mi servicio. No parece sino que no hay más criadas que ella en París.

Todo esto es verdad... y sin embargo, quisiera salir de dudas, quisiera... ¡Qué insufriblemente curiosa soy!



X

27 de Junio, 9 de la noche.

Ya se me ha quitado el peso que tenía en el corazón.

En primer lugar, mandé llamar á Blazac. Quería preguntarle: primero, si había vuelto á hablar de mí con la llamada Melinita y si le había dicho que yo buscaba doncella; segundo, si tenía algún motivo para sospechar que hubiese ella tenido la audacia de disfrazarse y de venir á mi casa; tercero, cómo se llamaba antes de que él le cambiase el nombre. ¿Se llamaba Luisa Bauquet?

Blazac hubiera contestado á todas estas preguntas. Tiene sus defectos y hasta algunos vicios; pero ha conservado el respeto á la familia y, seguramente, no había de hacerse con su silencio cómplice con una mujer de

vida airada en una aventura en que yo me mezclase.

Desgraciadamente, no lo han encontrado: se marchó ayer tarde sin decir adónde. La cosa no puede asombrarme, porque ya me había hecho presentir ese viaje. Otra entrevista con la *Explosible* habrá, sin duda, aumentado sus temores, imaginarios ó reales, y fiel á su sistema, precavido siempre, ha emprendido la fuga.

Por ese lado nada sabré. Pero me queda la señora á cuyo servicio está Luisa Bauquet, la señora de La Bére, en cuya casa pretende hallarse desde hace quince meses, y de repente me decido, para concluir, para... ¡ah, no sé para qué!... á ir en busca de informes.

En la calle de Francisco I, número... mando al lacayo á preguntar si la señora de La Bére vive en la casa.

Todavía en aquel momento me figuraba yo que la portera contestaría que no conocía tal señora. Pero me equivocaba: vive allí, y no hay inconveniente en subir á su casa.

Hago que me abran la portezuela y, al apearne, digo al lacayo:

—¿Habéis preguntado qué piso es?

—Sí, Sra. Duquesa, el segundo.

—Subid conmigo; me esperaréis en la antecámara.

Casa de buena apariencia, escalera bien cuidada y muy limpia. Al llegar al segundo, me detengo y llamo. Salió á abrir Luisa Bauquet. Debía habérmelo figurado, puesto que aun estaba en la casa, y sin embargo, me sorprendí al verla.

Sin decir palabra echó á andar para enseñarme el camino. Aprovecho la ocasión para examinarla... por la espalda.

Sus hombros son redondos, su talle nada delgado, sus caderas tienen cierto desarrollo. Es imposible que la mujer que vi la otra tarde en el Bosque, con un traje mitad masculino, haya sido nunca tan metida en carnes. Creo en el algodonado y en los rellenos, pero hasta cierto punto, porque eso tiene sus límites. Parece, poco más ó menos, de su estatura; sus tacones, que distingo perfectamente, no son desmesurados, y si llevase plantillas no andaría con tanta naturalidad. Además, esta vez está sin nada á la cabeza, y puedo convencerme también... ¡oh, y sin temor de equivocarme!... de que sus cabellos rubios son suyos, no tienen nada de postizos, y como los míos están sin teñir.

Abre una puerta, me introduce en un salón, me acerca una butaca y me ruega que tenga la bondad de esperar algunos segundos.

Cuando me veo sola, dirijo una mirada escudriñadora en derredor, con la esperanza de que el aspecto de la sala me dé alguna idea sobre la verdadera posición social de la señora de La Bére. Pero el salón no tiene nada característico. Todo lo que hay allí lo he visto ya en mis excursiones á los almacenes del Bon Marché y del Louvre. Estilo turco, sillas muy bajas, silloncitos redondos, divanes forrados de gruesa moqueta oscura, colgaduras, alfombras haciendo juego con el tapizado de los muebles. Desde que los almacenes de novedades se han dedicado á vender el mobiliario, no sabe uno á qué atenerse: las mujeres *honestas* y las *deshonestas* se proveen en los mismos sitios y tienen parecidos muebles. ¿Podrá el lambrequín de la chimenea indicarme algo? No. ¿Las paredes? Tampoco: pinturas colocadas en marcos muy dorados y exhibiendo, como firmas, algunos nombres ilustres. ¡Pobres grandes pintores! ¡Qué cosas les han hecho firmar!... Pero, señor, ¿no habrá nada que sirva para ilustrarme?... ¡Ah! Allí en una butaca una muñeca muy grande. Me

acercó. ¡Qué bien sentada... y qué nueva está! Estoy por creer que acaban de sacarla de un armario y de colocarla sobre aquel mueble, para que se vea que hay niños en la casa. Coquetería maternal sin duda.

Oigo el ruido de una puerta, seguido del ruido de unos pasos. Evidentemente es ella. Un examen rápido, y esta vez sabré á qué atenerme.

Mujer bonita, rubia, de un rubio muy claro, casi blanco, con el acostumbrado acompañamiento de las rubias: ojos azules, dulces y un poco lánguidos. Éstos parecen fatigados, inflamados como si acabasen de llorar, y rodeados de un círculo azulado. La nariz es bastante correcta, la boca pequeña, los labios sanguíneos, el color muy animado, tan animado que parece que acaba de dar un largo paseo por el sol, ó de sostener una discusión muy viva. No tiene nada reprochable desde el punto de vista plástico, como no sea que el busto muy abultado parece carecer de firmeza, y que en el cuerpo todo nótase cierta ligera tendencia á la languidez. En una palabra, no me desdigo: una mujer guapa, de una belleza convencional, sin originalidad, sin nota característica ni personal, como el mobiliario.

Todo esto no me dice quién es ella. Rubias y lánguidas hay en todas las clases de la sociedad. Pasemos al traje.

Bata de lanilla fruncida en el talle, color de hoja seca y con muchos lazos y cintas. Peinado á la inglesa, liso y con ondas en la frente. En los pies, que parecen pequeños para su estatura, un poco mayor de lo regular, zapatos muy sencillos de cabritilla negra. Es el traje de casa propio de una mujer que sabe vivir y que distingue. Una burguesa se habría adornado, encorsetado y puesto los trapitos de cristianar para recibirme y hacerme los honores. Una mujer de medio pelo, una medio artista, una señorita de esas, se habría dicho: "Tú vienes á fastidiarme con esta embajada de los informes. ¿Qué me importa á mí que seas Duquesa? No te conozco y no voy á molestarte por tí," y no hubiera hecho más que echarse un peñador ó una *matinée* y recogerse el cabello. La señora de la Bére está en el justo medio, y comienzo á poder clasificarla.

Se aproxima á mí lentamente, con paso un poco tardo, paso de oriental fatigada, de mujer de harén; siempre el estilo turco. Quiere sin duda tomarse tiempo para mirarme,

para juzgarme, y debo suponer que su juicio me es favorable, porque sus cejas se fruncen y su sonrisa, al principio muy acentuada, se hace más indecisa. Estoy acostumbrada á esos efectos. Al llegar á mi lado describe un círculo con objeto de colocarse de espaldas á la luz y dejarme á mí de frente. Es un juego que he observado también muchas veces: el ama de casa conoce su terreno y se aprovecha de ello para hacer resaltar su belleza y contrariar la belleza de las demás.

Después de sentarse, me dice con naturalidad:

—De modo, señora, que tiene V. la intención de quitarme mi doncella.

La sonrisa ha vuelto á sus labios y corrige lo que la frase pudiera tener de un poco agresivo.

Yo, sonriente también, contesto:

—No le quitaré su doncella, señora, á menos que V. me lo permita.

—Por fuerza ¡ay! tengo que permitirlo— responde, y bajando la voz, acercándose á mí, como si quisiera confiarme un secreto, añade: —Mi marido es hombre de negocios, y éstos no van muy bien en la actualidad. Tengo dos hijos, y necesito echar muchas cuentas; en mi

casa una doncella no puede ganar más que el salario ordinario. Luisa Bauquet desea ganar más, no por ella, sino por los suyos, y como me interesa, la dejo marchar. Yo fui la primera en aconsejarle que buscara una casa mejor.

Esta confesión, demasiado precipitada, demasiado bien traída, debía estar algo preparada; pero fué hecha con tono natural y con cierta gracia. Decididamente me encontraba en presencia no de una mujer de mi clase, aunque sí distinguida, y sentíame turbada después que ella me hubo confesado con tanta franqueza su mediocridad de fortuna; me dolía pensar que... sólo porque yo era más rica que ella... iba á quitarle una criada á quien parecía tener aprecio. Así es que no pude menos de decir:

— Verdaderamente siento...

Ella me interrumpió:

— ¿Sentir? ¿Por qué? Si Luisa no entra en casa de V., señora, no por eso dejará de encontrar otra, y de todos modos, no tardará en dejarme. Le ruego, pues, que no se preocupe del asunto si la muchacha le conviene.

Más tranquila ya, respondí:

— Con V. sólo, señora, cuento para saber

si me conviene... Debe V. conocerla bien si está á su servicio, como ella afirma, desde hace más de un año.

— Sí, desde hace quince meses.

— ¿Y no ha tenido nunca motivos para quejarse de ella?

— No he tenido motivos más que para alabarla.

— Inteligente, ¿no es verdad?

— ¡Oh, eso sí!

— ¿Trabajadora?

— Muy trabajadora y buen trabajo. Nunca se la ve ni descontenta ni fatigada. De día, de noche, cuando he necesitado sus cuidados, la he encontrado siempre bien dispuesta y siempre lista.

— ¿Y en cuanto á honradez?

— ¡Oh! La honradez de una criada no puede conocerse sino cuando no desaparece nada de la casa, y nada he echado de menos en quince meses. Es verdad que yo siempre le he dado lo que ella quería. Cuando una está satisfecha con el trabajo de sus criados, ¡qué menos ha de hacer que procurar por su parte satisfacerles algunos deseos!

— Es verdad, y yo haré lo mismo, señora.

— No lo dudo, y ella también lo espera.

—Tal vez le haya dicho mis intenciones con respecto á ella durante mi permanencia en el campo. Saldrá algunas veces conmigo, y hasta me hará compañía de vez en cuando, porque este año voy á pasar la temporada allí muy sola. ¿Creéis, señora, qué servirá para eso?

—¡Oh!— me contestó con viveza.—Sirve para todo. Además, en mi casa ha hecho de las dos cosas. Es una muchacha bien educada, que no carece de una instrucción relativa y con la cual, no lo oculto, suelo charlar yo con mucho gusto algunos ratos... No la sustituiré fácilmente—añadió con sonrisa triste; una sonrisa de reproche, al pensar que se exponía demasiado, después de estos informes, á quedarse sin su doncella.

En efecto, ¿por qué había yo de vacilar más tiempo? ¿No había adquirido pruebas evidentes, materiales y morales, en cierto modo, de que no existía relación alguna entre Luisa Bauquet y la dichosa Melinita? ¿Podía, por otra parte, esperar mejores informes de los que me daban? ¿Qué razón había de tener la señora de La Bére para engañarme? Su deseo de conservar á una criada modelo era evidente, y si le hubiese conocido defectos, se hubie-

se apresurado á decirlos para asustarme y hacerme renunciar á mis proyectos.

—Sólo me falta, señora—dije levantándome,—pedirle perdón por haberla molestado y darle las más expresivas gracias por la bondad con que ha contestado á mis preguntas.

—¿De modo que está V. resuelta á tomarla?—preguntó.

—Sí, y me he decidido por causa de V.; lo que me ha dicho, me ha convencido de que me conviene.

—¡Oh! ¡Eso sí! No podrá V. desprenderse de ella cuando la conozca á fondo. También creo—añadió con cierta amargura—que se separará más difícilmente de V. que de mí.

—¿Por qué? La colocación que deja es excelente.

—La que va á tener es mucho mejor. Se verá seducida por una porción de cosas que yo no puedo darle... Además, la novedad. Todas las mujeres gustan de la variación. Una nueva señora tiene siempre atractivos de que ya carece la antigua.

Decididamente la echaba mucho de menos; tal vez demasiado. Aquello era dar una importancia exagerada á una criada.

Para terminar, yo pregunté;

—¿Cuándo quiere V., señora, que Luisa Bauquet pase de su servicio al mío? Fije usted misma el día.

—Tened cuidado, porque voy á abusar.

—¡Abusar!

—Como ya le he dicho, la reemplazaré difícilmente, y quisiera aprovechar los últimos días que esté en casa para una porción de cosillas, que otra no sabría hacer tan bien como ella. ¿Es demasiado pedir una semana?

—No. Sino que, como me marcho pasado mañana, tendré que hacer el viaje sola. Le dejaré las señas de mi casa de campo.

—Mil gracias. ¿Quiere V. que la llame?

—No se moleste. Yo le hablaré en la antecámara.

—Entonces voy á llamarla para que la acompañe, y la dejaré con ésta por discreción.

Saludé y salí.

Luisa Bauquet, que se presentó enseguida, me pareció impaciente, curiosa por conocer el resultado de mi conversación con su señora.

—Es cosa convenida que os venís á casa— le dije, y al mismo tiempo le puse cien pesetas en la mano.

—Se lo agradezco mucho á la Sra. Duquesa—contestó con voz en la cual se cono-

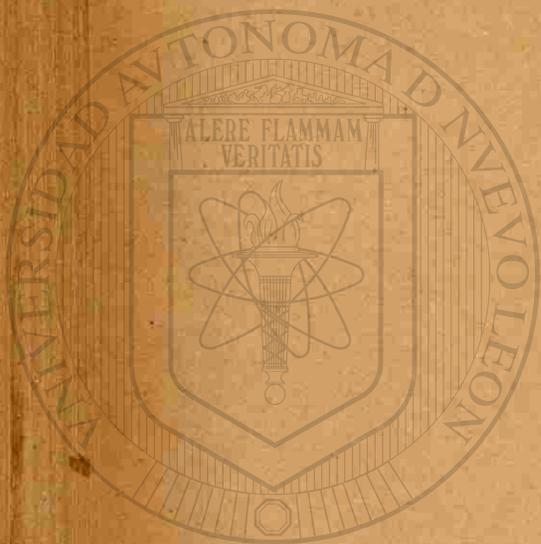
cía cierta emoción.—¿Cuándo tengo que ir á recibir sus órdenes?

—Hasta la semana próxima, no. La señora de La Bére desea que estéis aquí ocho días más.

Me pareció que este aplazamiento le contrariaba. Acaso temía verme cambiar de parecer durante esos ocho días. Acaso también, conociendo como yo á la señora de La Bére, temería que la hiciese trabajar demasiado durante ese tiempo. Mientras yo hacía estas reflexiones escribí algunas palabras en mi cartera, y después de haber arrancado la hoja, se la entregué diciendo:

—No tenéis más que cumplir las instrucciones que aquí os doy.

Esta gran cuestión está, pues, terminada. Es la primera vez que me he tomado tales trabajos por una doncella de labor.



2 de Julio.

Héme aquí instalada desde hace tres días en mi casa del Pas-de-Calais, en las Ruinas. Este nombre de las Ruinas, aplicado á la posesión que tiene mi familia, desde hace qué sé yo cuántos siglos, hizo las delicias del Duque cuando me lo oyó por primera vez. —, un castillo viejo, ¿no es verdad?, me dijo. “No, por cierto, respondí: una vivienda muy moderna, una gran *villa* más bien que un castillo, edificada por mi padre en la colina que hay desde el Portel, un pueblecillo de pescadores, hasta Boloña del Mar.”

Y como se admirase entonces de que llamaran las Ruinas á una quinta moderna, le di algunas explicaciones. En el parque, junto á lo que hoy está ya modificado por una por-

ción de obras y derribos, se levanta, ó cosa así, un antiguo castillo señorial, con sus torreones de ladrillo, su foso y su puente levadizo, cerca del cual pueden verse esculpidas en los muros, y respetadas por la hierba, las armas de los Condes de Boloña, porque descendiendo casi en línea recta de aquellos poderosos señores, cuyo blasón conocía toda la comarca.

En ese castillo fué donde Mathieu de Alsacia, uno de los Condes referidos, ocultó, aguardando el momento de casarse, á la bella María, abadesa de Ramsay, aliada de los Reyes de Inglaterra, á la cual robó de su convento, á mano armada en la apariencia, aunque con su consentimiento en realidad. ¿Estoy bien segura de su consentimiento? No. ¡La historia es tan antigua! Pero la abadesa forma parte de mis antepasados, y prefiero, por respetos de familia, creer que no había sido víctima de un rapto, sino que había obedecido á su corazón. Nada más probable que eso en una época en que el corazón hablaba mucho, latía con fuerza, mientras que el espíritu dormitaba, falto de distracciones. Hoy sucede lo contrario: la cabeza de las mujeres trabaja de tal manera que su corazón permanece inactivo y no se

pone en campaña á favor de un hermoso caballero, como en los buenos tiempos pasados.

La abadesa de Ramsay, encerrada en su torreón, tenía, sin embargo, á la vista un espectáculo bien á propósito para distraerla y encantarla. Yo, en cuanto llego á las Ruinas, me siento impresionada por el paisaje; hasta diría que influida por completo, si me atreviese... y me atrevo. Es verdad que hoy los puntos de vista son mucho más variados de lo que eran en 1160, fecha de los amores del Conde y la abadesa. Allá en la altura, y descendiendo hacia el valle, el verdadero campo tranquilo, prados muy llenos de verdor y de florecillas silvestres. En la pendiente de la colina el pequeño santuario del Ave María, consagrado á la patrona del país, á la Estrella del Mar. Más allá, en el fondo, el valle de la Liana y el río del mismo nombre, dorado por los rayos del sol.

Si me vuelvo á la izquierda, en el balcón, veo el pueblo del Portel, pintoresco, laborioso, lleno de movimiento los días de pesca, con sus marineros y sus *marineras*, descendientes, según afirma la leyenda, de pescadores vascos ó españoles, establecidos en la comarca á

raíz de un naufragio feliz, del cual hay que alegrarse; las mujeres del Portel le deben ojos negros y vivísimos, cabellos castaños, manos pequeñas y dientes muy bonitos.

Ante mí, en toda la extensión que alcanza la vista, el mar, un mar rara vez tranquilo, casi siempre nervioso, agitadísimo: parece sentirse poco cómodamente colocado, como en insoportable estrechura, entre las costas, y hace un ruido de todos los diablos, procurando salirse siempre de su cauce y agrandar sus dominios; un mar muy vivo también, muy habitado, surcado sin cesar por grandes embarcaciones, que corren con velas desplegadas, vapores que silban y echan humo, flotillas de barcas pescadoras medio escondidas entre la bruma ó destacando la blancura de sus velas sobre fondo azul purísimo.

Por la tarde, por la noche, el encanto que experimento es aún más penetrante. Boloña, sus muelles, sus casas, su puerto con sus barcos grandes y pequeños, toda su parte baja, que parece sumergirse en el mar, desaparece poco á poco, envuelta en los vapores que suben del valle y del río, mientras que la ciudad alta, extendiéndose á lo largo de la colina, vese iluminada por los últimos rayos del sol

poniente, hasta que, ya de noche, empieza á encender sus luces.

El mar al mismo tiempo se ilumina por la playa merced á las fosforescencias que se destacan de la vaguedad blanquecina que se mece en ella. Á lo lejos, para indicar la entrada y la profundidad del canal, farolas fijas, rojas, verdes ó blancas. Á lo largo de la costa, para marcar los peligros, faros de todos tamaños, las evoluciones de los cuales se complace la vista en seguir, así como sus cambios de color; y allá, por cima de todo, dominánolos, haciéndolos opacos, el gran faro eléctrico de cabo Gris-Nez, punto extremo de Francia, á cinco ó seis leguas de Inglaterra. En el horizonte las luces de posición de los grandes vapores trasatlánticos, y más modestos, menos brillantes, pero también más numerosos, los farolillos blancos de las lanchas pescadoras. Aquí la mirada se entornece. ¡Cuántos peligros corren esos barquichuelos, la tempestad, el abordaje, frecuentes en este pedazo de mar estrecho, donde se agolpan tantos buques que van y vienen de Norte á Sur, de Este á Oeste, á menudo perdidos entre las densas nieblas que no pueden disipar ni la luz de los faroles ni la de los faros! Entonces, á lo lejos,

se oye el ruido siniestro del silbato de vapor, ese grito de los vapores en peligro. Es el correo inglés que no puede encontrar la entrada del puerto, y llama. El cañón colocado al extremo Oeste de Boloña le contesta, y lo guía en la oscuridad profunda de la noche. El sonido reemplaza á la luz.

Sí, tengo verdadera predilección por esta tierra de Boloña, á la que podría llamar mi país, puesto que en ella mis antepasados vivieron, guerrearon, amaron... Díganlo si no el Conde Mathieu de Alsacia y la bella abadesa María. Cuando me canso de mi horizonte, me voy á buscar otros. Algunos minutos ó algunas horas de coche, y héme ya en Equihen, enmedio de los pescadores, y en las Cien-Dunas, ora en el bosque de Hardelot, ora de nuevo en el camino de Calais, en Wilmille ó en Wimereux, ó más allá, en la bahía de Wissant ó más lejos, si la soledad inmensa ó el graznido de los cuervos no me asustan en cabo Gris-Nez, desde donde distingo, los días que hace buen tiempo, la costa de Inglaterra, Dover y su castillo.

Amenudo me sucede que no hago más que dar un simple paseo á pie por la alta y vetusta ciudad de Boloña, tan diferente de la nue-

va y rodeada de un círculo de poderosas murallas, que parecen destinadas á separarla bien de su vecina. "No vayáis á confundirnos á la una con la otra, parecen decir aquellos muros seculares al transeunte y al viajero. La ciudad que se extiende en derredor mío, que me aprieta, que me ahoga, que quiere abrazarme, y á la cual tengo á distancia, no merece vuestras miradas, no es digna de consideración alguna. Es una burguesa, una improvisada, una cualquier cosa. Sólo yo merezco vuestras miradas, vuestro respeto. Y si no, fijaos: dato del tiempo de los romanos, del tiempo de Julio César. Sí, nada menos. Ya entonces me llamaba Boloña. He visto á Atila, rey de los Hunos; al gran Carlo Magno, á Felipe Augusto, el cual restableció mis fortificaciones, y á Eduardo II, rey de Inglaterra. En Nuestra Señora, mi catedral, se casó con Isabel, la hija del rey de Francia, Felipe el Hermoso. Cuatro reyes, cuatro reinas, un montón de príncipes y de princesas asistían á la boda. Me acuerdo muy bien. ¿Y sitios? ¿He sostenido algunos? Resistí un mes contra treinta mil ingleses y cien piezas de artillería... Más tarde, ya vieja, he visto á Napoleón el Grande, y vi á la armada Inven-

cible. Mi torre ha tenido el honor de guardar prisionero, durante cuarenta y ocho horas, á Napoleón III. ¡Me parece que estos son verdaderos triunfos de gloria! ¡Que diga otro tanto la ciudad moderna!..

Sin escuchar más tiempo la charla de aquellas viejas murallas, las franqueo, subo una escalera resbaladiza y mohosa, y héme en las baterías, baterías cubiertas de árboles y alfombradas de yerba, un verdadero jardín colgado. ¡Qué hermoso paseo por la explanada circular! ¡Qué puntos de vista tan variados! Colinas, valles, arroyos, bosques, las bellezas de alta mar, y pese al orgullo de la ciudad vieja, una Boloña moderna, muy bonita, muy alegre, con sus casas nuevas, sus numerosos edificios, su puerto comercial, su casino, sus baños, su ferrocarril, su movimiento, su vida. Pero cuando ya he admirado todo lo que hay á la derecha, por no causar la envidia de lo que está á la izquierda, me vuelvo hacia ese lado, y por un agujero, como si fuese el brocal de un pozo, veo á lo lejos la antigua Boloña. Y debo confesar que también me gusta mucho esa ciudad vieja, de callejuelas estrechas, de casuchas bajas, de jardines sombríos, ese rincón silencioso, soñoliento,

muerto. Me sorprendo á mí misma diciéndome que de buena gana viviría allí dentro. Eso sería la tranquilidad, el reposo... y el fastidio, se me dirá. Sí, el fastidio tal vez. Pero él evita fastidios. El primero procede de una existencia demasiado uniforme, demasiado regular. Los otros están causados por una vida agitada, accidentada, en la cual nadie se pertenece á sí mismo, sino que obedece á todo y á todos. ¿Qué se debe preferir, el fastidio ó los fastidios, puesto que estas dos palabras, singular y plural, significan cosas tan distintas? Yo prefiero... ir al casino.

Y voy, ó mejor dicho, iba en tiempos de mi pobre marido. Un casino muy hermoso, grande, elegante, bien situado en la plaza, á la entrada del puerto, con un magnífico jardín lleno de flores, un bonito teatro donde se daban conciertos y representaciones dramáticas, y en el cual teníamos nuestro correspondiente palco, porque el Duque, que acabó por ser tan partidario de Boloña como yo, y quería darle atractivos para que acudiesen forasteros, protegía el casino y no se desdénaba de visitarlo alguna vez y de llevarme á él.

Algunas veces hasta entré cogida de su brazo en las salas de juego, y arriesgué vale-

rosamente un luis á los caballitos. Si lo perdía, ponía mala cara; pero si por casualidad ganaba, no me faltaba nunca una sonrisa de simpatía y agradecimiento para el caballo victorioso.

¡Qué cosa tan rara es el juego! Los más ricos se dejan coger en sus redes: gastan ó dan sumas cuantiosas, sin contarlas siquiera, con la más completa indiferencia, y luego en el juego son lo más sensibles del mundo, á la pérdida ó á la ganancia más insignificante. Si yo hubiera sido hombre, estoy segura de que hubiera jugado por placer, por emoción.

Mujer y todo, y aun cuando acompañada siempre por mi marido, una vez jugué al baccarat. Sí, me atreví á penetrar cierta noche, después del teatro, en el círculo de recreo del casino de Boloña.

Gontrán no quería. Su brazo resistía el mío, que procuraba arrastrarlo. "No es ése tu sitio, me decía.—¿Cómo que no es mi sitio? En París vuestros círculos están vedados á las mujeres. Hasta nos está prohibido dirigirles una ojeada ó entreabrir la puerta. Solamente en verano, en la temporada de baños, en el balneario, os dignáis permitir que entremos en vuestros cotos. ¡Y ahora iba yo á no apro-

vecharme de esa tolerancia, ó no entrar para darme cuenta de cómo son por dentro!—Pero si esto no se parece ni poco ni mucho á nuestros casinos de París, querida. Está segura de que no formarás juicio de ese modo.—Sí, lo formaré. Al menos tendré una idea aproximada de la cosa, y con un poco de imaginación... y ya sabes que tengo mucha... me figuraré lo demás., El Duque vacilaba aún, cuando el arrendatario del casino, el Sr. Hirschler, nos conoció y se acercó á nosotros. ¡Qué amable Sr. Hirschler! Está bien educado, viste con corrección perfecta, tiene cortesía exquisita para los bañistas, para los numerosos artistas que pasan por su casa, para todas las personas de viso que visitan Boloña, y dirige su empresa con actividad, inteligencia, y una gran honradez sobre todo. El Sr. Massa, director de los juegos, un hombre inteligente y honrado también, según mi marido, quien ha tenido ocasión de juzgarlo, y cuenta que no juzga á la ligera, se acercó á él para rogarnos que entrásemos. Como yo me moría de ganas de entrar, el Duque acabó por ceder.

Un gran salón amueblado con muchas sillas y con tres grandes mesas verdes, alrededor de

las cuales se ven, sentadas ó de pie, un centenar de personas, la mitad hombres, la mitad mujeres, lo cual me convenció enseguida de que, si soy curiosa, tengo muchos imitadores. ¿Quiénes son esas señoras? Veamos. No están mal, ó á lo menos no lo parecen. Se dice que los Sres. Hirschler y Massa son muy severos y escrupulosos. Sin embargo, aquella rubita, la cual tenía pegado al oído aquel muchacho rubio, alto, ¿es del todo ortodoxa? Traslando mis dudas á Gontrán, el cual me contesta: "Sin duda es una inglesa, y con las inglesas nunca sabe uno á qué atenerse. Al otro lado del estrecho no están casadas; á este lado lo están: la boda se ha hecho durante la travesía. — Duque, ¿qué cosas dices! — Duquesa, ¿por qué me has traído aquí?,"

Lo interrumpo para decirle, designándole una alta y rubia, bastante bonita: "Á ésa la conozco yo: la he visto en alguna parte. — En Boloña, donde era marinera. Uno la encontró guapa, y se casó con ella... Las marineras hacen furor aquí, con sus grandes arracadas de oro, su cofia blanca abullonada, que parece un abanico grande abierto. Unas tiran la cofia á los demonios; otras, como ésa, la reemplazan por un velo de desposada. —

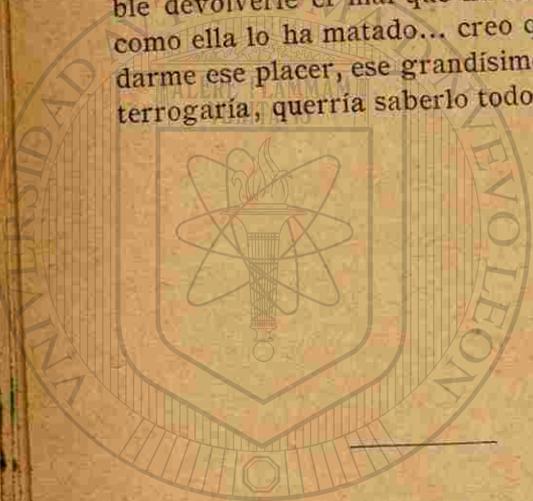
Gracias. ¡Cuántos ingleses, Dios mío, se ven por todas partes! — Boloña está llena de ellos. Es una broma que le dan á Napoleón I. Acampado allá en las alturas que rodean á este pueblo, el Emperador los amenazaba de continuo con un desembarco, que jamás se efectuó. Ellos, en cambio, no amenazaron, pero desembarcan todos los días, á todas horas, en nuestro pueblo. Boloña se ha convertido en una colonia inglesa. — Mejor, así le traen dinero... Mira, mira uno que saca de su cartera un fajo de billetes de Banco. ¿Irá á arriesgarlo al baccarat? — No, lo enseña solamente para deslumbrar á los jugadores. Mira, se animan los ojos de todos, creyendo cada cual que todo eso va á ser suyo. El inglés será el que dentro de poco se los sorberá... y perdona la expresión, Duquesa; porque es más prudente que ellos al juego, más dueño de sí mismo que el francés. Vas á verlo tú misma. El hombre de los billetes va á tallar. Es la palabra técnica. Obsérvalo. — Me dan ganas, dije tímidamente, de jugar contra él, para mejor darme cuenta. ¿Me lo permites? — No hay inconveniente, puesto que estás aquí. — ¿Qué debo hacer? — Pon tu dinero encima de la mesa, mira, aquí... — ¡Toma! ¡Se lo han llevado! —

Es porque has perdido.—Voy otra vez, pero doblando.—Dobla.—¡También he perdido! Vuelvo á doblar.—Eso se llama cometer una grave imprudencia... ¡Mira! ¿No te lo dije?—Pues voy á volver á doblar otra vez; ese inglés no puede ganar siempre.—Es claro que no; y como lo sabe perfectamente, ya ves cómo acaba de levantarse, dejando que otro talle.—¡Cómo, exclamé, se escapa con mi dinero!—No habérselo dado. Te has quemado (otra expresión técnica), y él no se quema nunca... De ahí su fuerza, y la fuerza de los ingleses. Nos miran á sangre fría, aprovechan nuestros descuidos, y se enriquecen y se engrandecen á costa nuestra.—¡Oh! Si yo tomase la banca, si yo tallase, tal vez él también la ganaría, como tú dices.—¡Tallar tú! ¡No faltaba más que eso! Además, las mujeres no pueden ser banquero. Está prohibido.—¿Por quién?—Por el Ministerio del Interior, por la policía de juegos.—¿Y por qué esa prohibición?—Se supone que las mujeres no saben tener las cartas y que cometen torpezas.—¿Hay gran ventaja en tallar?—Una muy grande: se tienen menos probabilidades de ser robado.—Entonces los hombres tallando pueden robar á las mujeres, y las mujeres no pueden pagarles en la misma

moneda.—Precisamente.—Pues me gusta la moral de tu Ministro del Interior.—¡Ah! Perdona, dijo el Duque sonriendo, no es mi Ministro. Mi partido no nombra Ministros, los soporta.—Vámonos, dije, cogiéndome de su brazo. Ya he visto bastante.—¿Y bastante has perdido?—Demasiado, contra un inglés; esto es humillante.—No, es natural.,

Hé ahí el verídico relato de mi visita al casino de Boloña. ¿Por qué este recuerdo hoy? ¡Ah! Es que en este país, todo me recuerda á mi marido... ¡Y tal vez por eso he vuelto á él!... ¡Qué días tan buenos hemos pasado juntos, en nuestro balcón, en el campo, ó correteando por el campo, ó paseando por la ciudad!... Sí, desde hace una hora, escribo, describo, y sé que todo esto lo he visto con él, que lo hemos admirado con los mismos ojos, con el mismo espíritu, con la misma alma... ¡Qué agradable conversación la suya! ¡Qué bien, qué alegremente relataba! ¡Qué bien sabía instruirme, sin fatigarme nunca!... ¡Y decía que era frío! ¡Él! ¡Cuántas veces lo he visto entusiasmarse por una cosa hermosa, por una gran idea, por una gran acción!... Sí, pero también se ha apasionado por una criatura muy fea y muy despreciable. ¿Cómo habrá po-

dido? ¡Ah! Si yo la cogiese... ¡Si me fuera posible devolverle el mal que ha hecho, matarla como ella lo ha matado... creo que, antes de darme ese placer, ese grandísimo goce, la interrogaría, querría saberlo todo!

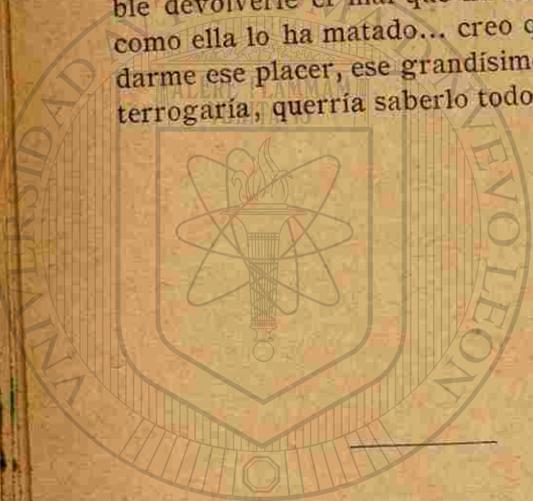


XII

4 de Julio.

Luisa Bauquet ha llegado ayer, el día 7, á la hora indicada. La he encontrado con los ojos cargados y la cara flaca. Como el viaje de París á Boloña no ha podido cansarla mucho, supongo que la señora de La Bére, como ésta misma me lo hizo presentir, la habrá hecho trabajar demasiado estos días. Pero conmigo, que no he de exigirle un gran trabajo, y con la ayuda del aire del mar, se repondrá pronto. Las caras estropeadas como la suya se estropean más por cualquier cosa. La belleza de los pocos años se altera con más facilidad que una belleza seria que conserva los rasgos de su regularidad, la pureza de sus líneas, aun después de algún cansancio. Porque soy demasiado justa para desconocer que

dido? ¡Ah! Si yo la cogiese... ¡Si me fuera posible devolverle el mal que ha hecho, matarla como ella lo ha matado... creo que, antes de darme ese placer, ese grandísimo goce, la interrogaría, querría saberlo todo!



XII

4 de Julio.

Luisa Bauquet ha llegado ayer, el día 7, á la hora indicada. La he encontrado con los ojos cargados y la cara flaca. Como el viaje de París á Boloña no ha podido cansarla mucho, supongo que la señora de La Bére, como ésta misma me lo hizo presentir, la habrá hecho trabajar demasiado estos días. Pero conmigo, que no he de exigirle un gran trabajo, y con la ayuda del aire del mar, se repondrá pronto. Las caras estropeadas como la suya se estropean más por cualquier cosa. La belleza de los pocos años se altera con más facilidad que una belleza seria que conserva los rasgos de su regularidad, la pureza de sus líneas, aun después de algún cansancio. Porque soy demasiado justa para desconocer que

esta muchacha, sin ser bonita, es muy agradable. En el siglo pasado los hombres hubiesen dicho al verla: "Tiene el aire tunante, la mirada asesina..." Hoy, deben aplicarle esta frase, de la cual abusan, pero que expresa bastante bien el pensamiento: "No es bonita; es peor que bonita."

Guapa ó fea, con tal que me convenga, estoy contenta; y creo que me convendrá. La señora de La Bére tal vez no me haya engañado al decirme que es una criada modelo, capaz de servirme de señorita de compañía si es menester. Para demostrar á mis criados que la destino también para ese cargo, que la coloco algo por encima de ellos, le he designado una alcoba próxima á la mía, y he decidido que almuerce y coma sola, á las mismas horas que yo. Así consigo mi objeto: la elevo á los ojos de los demás, estoy menos aislada de noche en este caserón enorme, que me parece vacío desde que su amo no vive en él y desde que, por lo tanto, he disminuído considerablemente el número de criados. Si se me ocurre, puedo, al levantarme de la mesa, llamar á mi señorita de compañía para salir de paseo con ella. Sus quehaceres no quedarán desatendidos, porque cuando tenga que salir

los atenderá una criada del país que estará al efecto á sus órdenes.

Todo esto arreglado, ayer, después de comer, pasé la velada en mi balcón, contemplando el mar, y me acosté cuando tuve sueño sin llamar á nadie. Hasta esta mañana, pues, no me ha sido dado apreciar á Luisa Bauquet como doncella. Deseosa sin duda de mostrarme su celo desde el principio, de darme lo antes posible la prueba de lo que sabe hacer, espía el momento en que yo despertase. Apenas se entreabrieron mis ojos, entró en mi alcoba, y lentamente, de puntillas, sin tropezar en ninguna parte, como si no estuviese á oscuras, se ha acercado al balcón para descorrer el cortinaje, con precaución y como si temiese deslumbrarme si abría de pronto.

—¿Hace buen día?—le he preguntado, por decir algo y con objeto de que viese que estaba bien despierta.

—Magnífico, señora Duquesa.

—¿Qué hora es?

—Las nueve.

—¡Oh! ¡Qué tarde! Aquí, ordinariamente, soy muy madrugadora. Voy á levantarme.

Enseguida, muy de prisa, pero sin hacer ruido, se ha acercado á mi cama, me ha dado

en un momento lo que necesitaba para levantarme, como si ella misma lo hubiese dejado en orden la noche antes, y, arrodillándose, ha comenzado á ponerme las medias. Ordinariamente esto lo hago yo sola, porque la doncella que tenía anteriormente se daba muy malas trazas. Ésta me ha parecido hacerlo tan bien que la he dejado. Sin duda vestía de pies á cabeza á sus anteriores señoras, y por no perder algo en el concepto suyo no he querido demostrarle, saltando de la cama, que amenudo las Duquesas se hacen servir menos que las señoras de la clase media.

Como no basta para ser una buena doncella saber calzar y poner una bata, esperaba para juzgarla otra habilidad, un ejercicio más difícil.

Después de haber tomado mi desayuno, que ella me sirvió en el veladorcito de costumbre, porque sin duda por instinto conocía ya todas mis manías, pasé á mi tocador y le dije que me peinase.

—¿Qué peinado desea la señora Duquesa?— me preguntó.

—El mismo, éste. Mientras dure el luto no podré ponerme otro.

—Es que—hizo observar dulcemente—la

señora no podrá juzgarme si le hago un peinado tan sencillo.

—¡Ah! Suponéis—dije alegremente—que deseo saber á qué atenerme sobre vuestras habilidades.

—Sería una cosa muy natural.

—En efecto, como es natural también daros ocasión de que las mostréis. Peinadme á vuestro gusto. Si lo hacéis demasiado historiado, si no resulta bastante sencillo, lo desharéis otra vez. Por hoy sólo se trata de un ensayo hecho en mi cabeza, como si fuera la de un maniquí.

Ella rió, como yo misma reía, pero de una manera discreta, respetuosa. Luego puso manos á la obra, y debo confesar que jamás había visto mano más hábil trabajar en mi cabeza. Si entre mis cabellos, sueltos en espesas ondas sobre mis hombros, su peine encontraba algún mechoncillo rebelde, enredado, en vez de hacer fuerza para tratar de romper el obstáculo, lo cual destroza el pelo, lo deshacía suavemente, con la punta de sus dedos, que se movían tan ligeros y suaves que yo apenas los sentía.

Se le habría podido reprochar que andaba un poco despacio en esta especie de trabajo

preliminar, de entretenerse algo en él, como si sus manos fueran perezosas. Pero yo no pensaba en quejarme, porque me iba adormeciendo poco á poco, como sucede amenudo cuando una se encuentra bajo la influencia de las caricias del peine. Esa somnolencias, esa languidez que jamás había experimentado yo en caso semejante, me daban una especie de bienestar, me producían cierta dulce voluptuosidad, y me entregaba á ella.

Mis ojos, sin embargo, no estaban enteramente cerrados: á través de las pestañas, muy juntas, pero aun abiertas, veía en el espejo que se hallaba delante de mí á Luisa Bauquet que subía y bajaba el brazo, que pasaba de derecha á izquierda, que se retiraba un poco para ver el efecto, para juzgar su obra, que ahora iba adelantando. Debía estar muy satisfecha, pues algunas veces, inclinada hacia mí, parecía estar admirándome en verdadero éxtasis. Por mi parte, yo, medio dormida, la seguía con mirada complacida, y no podía menos de encontrar muy graciosos todos sus movimientos, todas sus posturas, su fisonomía tan rica en variaciones de expresión, con sus ojos vivarachos, sus narices siempre agitadas, y la puntita de la lengua, que embebida

en el trabajo, ella paseaba distraída por sus labios rojos.

Ya no era la doncella reservada, correcta, que yo había visto en mi casa y en la de la señora de La Bére. Era una artista que tomaba en serio el trabajo de peinar, que se elevaba hasta el arte y se aplicaba á él como un pintor se aplica al cuadro, ó como un escultor á la estatua que hace. ¿No he oído yo á un modisto célebre, al cual preguntaba su opinión sobre un cuerpo de vestido, responderme: «Ruego á la señora Duquesa que me deje tiempo para inspirarme, para aislar mi pensamiento?» Y enseguida, para inspirarse y aislarse, levantó la mirada al cielo, como sin duda la elevaban Rafael ó Murillo cuando creaban sus vírgenes.

De pronto, en medio de mi somnolencia, que me tenía más dormida que despierta, creí sentir un soplo cálido en mis cabellos y también algo así como el contacto de una cosa que quemaba y que estaba un poco húmeda.

—¿Qué es eso?— dije sobresaltada y retirando la cabeza.

—Nada—respondió vivamente Luisa Bauquet.—Me estorbaba un pelo de la señora Duquesa, porque se empeñaba en sobresalir de

los otros, y no teniendo tijeras á mano, lo he cortado con los dientes.

Al mismo tiempo se había empinado y me enseñaba por el espejo, entre sus dientes diminutos y sus labios entreabiertos, un pelo rubio.

Medio sonriente, medio seria, le dije:

—Otra vez servíos de las tijeras. Os vais á estropear los dientes haciendo eso.

—¡Oh!—me replicó ella.—Los cabellos de la señora son demasiado finos para eso; jamás he visto otros más hermosos, ni de un color más bonito.

—Veamos lo que habéis hecho—dije por variar de conversación y evitar sus piropos.

Al levantarme me acerqué más al espejo y contemplé mi peinado.

Me había hecho lo que se llama, según creo, un casco á lo Minerva, que me sentaba á las mil maravillas. Hacía mucho tiempo que no me veía tan bien peinada ni tan guapa. En mi alegría, en mi satisfacción de amor propio femenino, no pude menos de decir:

—Está muy bien, muy bien. Tenéis verdaderamente mucha habilidad.

—Puesto que la señora Duquesa está satis-

fecha—replicó ella,—me atreveré á pedirle una recompensa.

—¿Cuál?

—Que conserve ese peinado todo el día.

—¡Ah! ¿Queréis tener tiempo de admirar vuestra obra?

—Quisiera sobre todo admirar más tiempo á la señora Duquesa, que está muy guapa así.

—¿Verdad que sí?—dije ingenuamente con cierta tontería, porque cuanto más me miraba, más veía que tenía razón. Pero enseguida, para castigarme por mi vanidad y tal vez también para castigarla por su exagerado entusiasmo, añadí sentándome:—No, no quiero estar así. Despeinadme.

Ella obedeció sin murmurar; deshizo en un instante su bonita obra, é hizo otra mucho más sencilla, más del caso.

—Tampoco está mal—dije para consolarla. Pero en realidad no me encontraba tan bien. El casco á lo Minerva me sentaba mejor, me hacía más guapa.

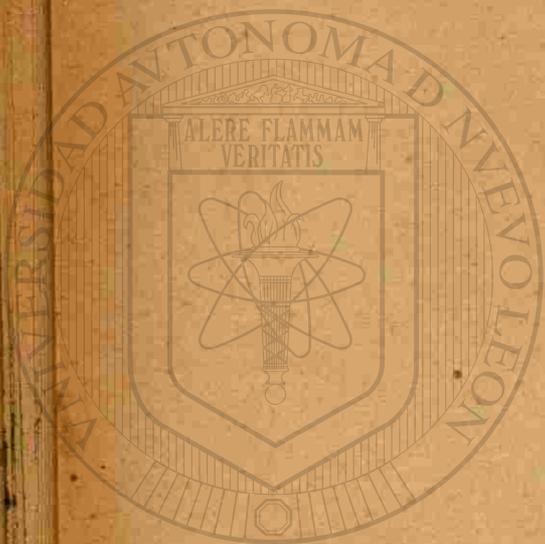
Luego me puse un sombrero, no una pame-la de campo, sino un sombrero de luto riguroso, de viuda, y bajé al parque y luego al jardín, con objeto de coger unas florecillas silvestres y hacer un ramo de margaritas.

Cuando hube terminado esa tarea, cogí mi *Diario* y me puse á relatar lo sucedido aquella mañana. Al leerlo después de escrito, me pregunté á mí misma por qué he hablado tanto de Luisa Bauquet. Perfectamente que me interese como doncella y como peinadora. ¿No es natural que desee saber á qué atenerme sobre una persona que ha de estar á mi servicio? Perfectamente también que observe su habilidad, su tacto, sus buenas maneras. Son cualidades de su oficio y que debo hacer constar con placer, porque me harán la vida más cómoda. Pero ¿por qué preocuparme de su aire, de su cara, por qué escribir al principio de este último capítulo que cuando llegó parecía llegar cansada? Busco, porque siempre me ha gustado analizar, los sentimientos, las ideas á las cuales obedezco, hasta cuando se trata de hechos insignificantes, de cosas menudas ó de personas de poco más ó menos.

Después de haber buscado, creo encontrar la razón. En primer lugar, estoy sola aquí, lejos de toda noticia, privada de toda distracción; la llegada de esta muchacha un poco extraña, que parece ser superior á las de su condición, ha sido para mí un pequeño acontecimiento. En París, en medio de mi animada

vida de costumbre, hubiese pasado inadvertida y no me hubiera preocupado de ella. Aquí pienso en Luisa más de lo que se merece.

Esta atención que le presto tiene tal vez otro motivo también más verdadero, más serio. Á consecuencia de una especie de alucinación, de cierto cansancio de cerebro, me asombró un momento cierto parecido, y á despecho mío, á pesar de mi voluntad, todavía hay momentos que me asalta aquella idea. Mi primera impresión no se ha borrado por completo. Acaso sigo viendo en Luisa Bauquet á Melinita. Esto pasará, como pasa todo. No me preocupo de ello. Sin embargo, me alegro mucho de haberme sometido á un interrogatorio, para no asombrarme más de que el nombre de la doncella que acabo de tomar aparezca amenudo en las páginas de mi *Diario*, escrito en verano, en plena temporada de campo y de ocio.



4 de Julio.

Para acabar el mismo día y formarme una opinión completa sobre Luisa Bauquet, le he dicho después de almorzar que esté pronta para salir conmigo á las tres. La elevaba así, de la mañana á la tarde, desde el cargo de doncella hasta la dignidad de señorita de compañía. De este modo había motivo para que ella se desvaneciese. ¿Se desvanecería? Su traje, sobre el cual he echado una rápida ojeada al venir á buscarme á la hora fijada de antemano, me demostró al punto que al vestirse, al menos, gozaba todavía de buen juicio. Vestido de batista azul marino con cuadros blancos. Cuerpo plegado y cinturón. Pequeña capota de paja blanca con

bridás de terciopelo azul, del mismo tono del vestido. Guantes grises de piel de Suecia, de tres botones. En la mano sombrilla de seda negra y echado al brazo un abrigoito, llevado por precaución para el caso de que la tarde refrescase. Todo esto resultaba verdaderamente propio, sencillo, distinguido, sin demasiada elegancia; traje, en fin, de una chica pobre, pero de buena casa, hecho por ella misma ó comprado, sin grandes gastos, en los almacenes de ropas hechas.

Su calzado, sin embargo, en que me fijé cuando al unirse á mi en la *victoria* salvó el estribo, no procedía de uno de esos almacenes: la forma inglesa de aquellas botinas era demasiado selecta; su cabritilla mate, fina, ligera, recogía perfectamente un pie chiquitín, estrecho y alargado, que avaloraba el calzado. Debía haber pagado por estas botas, lo menos, 60 pesetas, y para una doncellita... No, no soy justa en este momento, es la señora de compañía y ha querido honrar el cargo. Además, ¿no se debe contar con la coquetería de las mujeres, cualquiera que sea su posición social? Esta muchacha sabe que tiene el pie lindo, desea lucirlo, lo cual es muy natural, y se sacrifica en otras cosas,

sabe Dios de qué se priva, con tal de calzarse perfectamente.

Le he indicado que se siente á mi lado. Ella ha obedecido sin turbación, procurando, sin embargo, arrellanarse, desaparecer en su rincón manteniéndose á distancia. Yo no podía tampoco designarle otro asiento. Cuando dos mujeres solas ocupan un coche, no puede colocarse una en el asiento principal y otra al vidrio. Por último, mi *victoria* no tiene una buena bigotera, y esta razón basta. Desde mi llegada á las Ruinas yo no había salido todavía de casa; y así he decidido que mi primera visita sea para mi vieja Boloña, la villa alta, la que más me gusta, porque era también la que más le gustaba á él.

Llegados al sitio, he echado pie á tierra y he entrado en Nuestra Señora. Terminadas allí mis oraciones, he dado una vuelta por la famosa iglesia, con objeto de volver á ver las bellezas, y acaso también para enseñarlas. Yo me convertía de esta manera en *cicerone* de mi criada. Cuando se admira, ¿se puede resistir el deseo de comunicar la admiración á los demás? Un día, sobre una montaña de los Pirineos, al ponerse el sol, he dicho á un pastorcillo que estaba cerca de mí:

“¡Dios mío, qué hermoso es esto!., Él no me comprendió, pero así y todo, yo he gozado con hablar y con comunicar á alguien mi entusiasmo. Se preferiría que este alguien fuese presentable; pero cuando no hay donde elegir, se toma lo que se tiene á mano.

Así, he procurado hacer admirar á Luisa Bauquet lo que yo mismo iba admirando, á saber: el altar de Nuestra Señora, una maravilla antigua con mármoles, piedras raras, malaquita y lápiz-lázuli; después del altar, la capilla de la Virgen, con su gran mesa de mármol de Carrara, la cúpula de triple bóveda y sus grandes efectos artísticos.

Al subir otra vez al coche, cedí al impulso de demostrar un poco de erudición contando la leyenda de Nuestra Señora. De cómo en el siglo VII, bajo el reinado del rey Dagoberto, la Virgen María se apareció á los habitantes de la villa de Boloña, viniendo por el mar en una barquilla sin vela y sin remos ni marineros ni ser alguno vivo, sino la Virgen sola, con aire dulce, adornada con modestas vestiduras, graciosa en su actitud y con belleza superior á todas las mujeres de la tierra. Los habitantes del pueblo que la vieron llegar se quedaron estupefactos; pero ella les

dijo: “Quiero que una luz divina descienda hasta vosotros y vuestra ciudad. Haced inmediatamente que se edifique una iglesia dedicada á mí, en el sitio que he elegido y que voy á designaros.,”

Luisa Bauquet me escuchó atentamente sin quitar la vista de mí, como mira un alumno á su profesor, y después me dijo:

—¿Me será permitido preguntar á la señora Duquesa si cree en esa leyenda?

Perpleja me quedé sin saber qué contestar, porque no tengo ideas fijas acerca de la leyenda en cuestión, y, sin embargo, no quise aparecer como dudando, y creí salir del apuro preguntándole á mi vez:

—¿Acaso no tenéis religión?

No se turbó, y sin comprometerse, sin responderme, de igual manera que yo no le había contestado categóricamente, me dijo en voz baja y bajando la cabeza y con muchísimo respeto:

—Se puede, creo, sin herir la religión, no dar fe á ciertas cosas. Entre la religión y la superstición hay gran diferencia.

Me quedé maravillada, no de la idea que acababa de expresar, sino de su frase correcta y de su manera de exponer su pensamiento.

Decididamente esta muchacha tiene talento natural, ó ha vivido muy íntimamente con las señoras á quienes ha servido.

De la parte alta de la villa nos fuimos á la Columna, como se llama por antonomasia en el país á la Columna del Gran Ejército, que es su verdadero nombre. Ante este monumento, levantado en la plaza en que Napoleón I distribuyó solemnemente á sus soldados la cruz de la Legión de Honor, también hice gala de mi erudición, aumentada esta vez con un poco de entusiasmo exclusivista. Porque en mi calidad de semiboloñesa, á pesar de mis opiniones, ó más bien de las opiniones de los míos, admiro con toda mi alma á Napoleón I, y tengo para mí como un imbécil á mi tío el Marqués de X, hermano de mi abuelo, que llamaba desdeñosamente á aquel verdadero genio el Sr. de Buonaparte, proponiendo suprimir su reinado de la historia de Francia.

—Aquí— exclamé,— sobre esta llanura, frente á frente de Inglaterra, de su flota que la nuestra tenía á raya, se ha visto reunido en Julio de 1804 un soberbio ejército; toda la Guardia Imperial, todos los soldados de Jemmapes, de Fleurus, de Arcole, de Marengo, de las Pirámides. Allá, en el centro, un trofeo

de banderas y estandartes tomados al enemigo. Sobre un trono, el Emperador, rodeado de sus Ministros, sus Generales y su corte. Después, más allá, en todas partes, en la llanura como en el mar, cien mil espectadores venidos de todos los ámbitos de la Europa. Entonces, al ruido del cañón y de los tambores, del *Canto de la partida* tocado por las músicas del ejército que dirigía Méhul, el Emperador, tomando las cruces una á una de los cascos de Bayardo y de Duguesclin, empezó la gran distribución.

Me había exaltado, recordando á mi marido, que me describió esta escena casi en los mismos términos; y volviéndome hacia mi compañera, como lo había hecho otra vez en la montaña con el pastor, sin reparar que era un pastor:

—¡Qué hermoso debió de ser este espectáculo! ¿No es verdad?—le dije.

—Muy hermoso, señora Duquesa—contestó con voz en que no se notaba nada de emoción.—Pero Napoleón I no se habría tomado el trabajo de distribuir esas cruces de la Legión de Honor á los valientes y á los dignos, si hu-

biese podido prever que más tarde, andando el tiempo, habría de traficarse con ellas, vendiéndolas ó comprándolas por unos miles de francos.

Esta reflexión me desagradó. La encontré inoportuna y demasiado fría; pero sin mostrar el menor descontento, no respondí nada.

Al volver bajo el influjo de la brisa del mar que traía al subir la marea, hizo que se refrescase el tiempo; y Luisa Bauquet, cuidadosa de su personita, se puso el abrigo. Esta prenda llamó mi atención por su corte elegante, demasiado elegante. Era una chaqueta de corte de sastre, que me pareció proceder de una de las primeras casas de París.

—¿Dónde ha comprado eso?— le pregunté.

—En el *Printemps*, señora Duquesa—respondió al punto, como si esperase la pregunta teniendo preparada la respuesta.

—¡En el *Printemps*!—repuse admirada.

—Sí, sí, señora Duquesa, se lo aseguro. Y la adquirí muy barata: era lo que se llama un reclamo.

—Pero ¿es posible que una prenda hecha le caiga á V. tan bien á su cuerpo, y se ajuste tan perfectamente á su cuello?

—¡Oh! No, señora Duquesa. La he arreglado yo misma.

Curioseando la prenda, entreabrí el cuello, y exclamé:

—¡Calla! Tiene una marca, la del *Printemps*, sin duda, puesto que allí la ha comprado...

—Sí,—añadió.—Era la marca del *Printemps*, pero he procurado quitar las huellas... Mire, señora.

Y separó todo el cuello para dejarme ver una pequeña tira de seda, en la cual habían estado impresas unas letras de oro, cuidadosamente borradas.

—¿Por qué ha borrado la inscripción?—le pregunté.

—Por amor propio, por vanidad. Esta chaqueta, en efecto, parece salir de manos de un sastre, y he procurado ocultar que proviene simplemente del *Printemps*. Pero he creído debía decir la verdad á la señora Duquesa, puesto que no debo engañarla.

¡La verdad! ¿Cuál será? ¿Se habrá borrado el *Printemps*, ó el nombre de un sastre? ¿La casa barata de precios económicos, ó la gran casa en liquidación?

Mas ¿por qué me intriga esto? ¿Qué me importa!.... Mucho. Es importante para mí saber

si tengo á mi servicio, si paseo en mi coche una embustera y una coqueta, ó una hábil sastra que sabe arreglar las prendas, convirtiéndolo en correcta una chaqueta de un almacén de pacotilla. ¿Me convenceré de lo que es esta Luisa? Lo dudo, porque no se clarea demasiado.

Sin embargo, esta noche se le ha escapado un grito extraño, salido inconscientemente. Estaba cerca de mí en el balcón, teniendo en la mano la bandeja de un vaso de agua que había yo pedido, y como yo continuaba mirando las estrellas que empezaban á destacarse en el firmamento, le dije señalando un punto luminoso en el horizonte:

—Hé ahí á Venus que se alza en el cielo.

—¡Venus tan pequeña!—respondió.

¿Por qué la creía más grande? Se habría imaginado sin duda que la diosa del amor y de la belleza debía ocupar un espacio considerable en el cielo, á causa del importantísimo papel que desempeña en la tierra!...

XIV

18 de Julio.

Por la primera vez después de muchos años, he interrumpido mi *Diario* durante dos semanas. No tenía nada que contar, ningún pensamiento más ó menos bueno, más ó menos nuevo que inscribir.

Hoy todavía no tengo mucho que consignar; pero me gusta buscar aquí la causa de esta escasez de acontecimientos.

Por lo que toca á los sucesos no me extraña que me falten; porque, ¿qué puede sucederme á mí, llevando una vida tan regular como la que hago?

Despertarme á las ocho, baño, primer desayuno, tocador, paseo á pie en el parque, almuerzo, siesta, paseo en coche por los alre-

si tengo á mi servicio, si paseo en mi coche una embustera y una coqueta, ó una hábil sastra que sabe arreglar las prendas, convirtiéndolo en correcta una chaqueta de un almacén de pacotilla. ¿Me convenceré de lo que es esta Luisa? Lo dudo, porque no se clarea demasiado.

Sin embargo, esta noche se le ha escapado un grito extraño, salido inconscientemente. Estaba cerca de mí en el balcón, teniendo en la mano la bandeja de un vaso de agua que había yo pedido, y como yo continuaba mirando las estrellas que empezaban á destacarse en el firmamento, le dije señalando un punto luminoso en el horizonte:

—Hé ahí á Venus que se alza en el cielo.

—¡Venus tan pequeña!—respondió.

¿Por qué la creía más grande? Se habría imaginado sin duda que la diosa del amor y de la belleza debía ocupar un espacio considerable en el cielo, á causa del importantísimo papel que desempeña en la tierra!...

XIV

18 de Julio.

Por la primera vez después de muchos años, he interrumpido mi *Diario* durante dos semanas. No tenía nada que contar, ningún pensamiento más ó menos bueno, más ó menos nuevo que inscribir.

Hoy todavía no tengo mucho que consignar; pero me gusta buscar aquí la causa de esta escasez de acontecimientos.

Por lo que toca á los sucesos no me extraña que me falten; porque, ¿qué puede sucederme á mí, llevando una vida tan regular como la que hago?

Despertarme á las ocho, baño, primer desayuno, tocador, paseo á pie en el parque, almuerzo, siesta, paseo en coche por los alre-

dedores, comida, nuevo paseo á pie por el jardín, lectura, acostarse, sueño...

Y todas las mañanas se repite la función indefinidamente.

Pero ¿por qué esta falta absoluta de ideas en mí, en mi espíritu, que siempre ha sido tan activo?

Debe proceder de que mi vida material es tan fácil, tan dulce, que adormece mi pensamiento. Goza el cuerpo de tal bienestar, que la cabeza no se ocupa en nada, nada desea, nada dice, nada piensa, en el temor de turbar aquella tranquilidad inalterable.

¿Mi existencia material no ha sido siempre lo que es ahora? No. ¿Vivo mejor que en otro tiempo? Sí... Y ésta es la falta, la gran falta de Luisa Bauquet.

Yo no había nunca soñado un servicio tan perfecto. No es una doncella, es una señorita de compañía lo que tengo en ella; es una esclava sumisa, inteligente, hábil como no se ha visto jamás en los harenes de Egipto ó de Turquía. No tengo necesidad de mandar; prevé mis órdenes y las ejecuta al más mínimo gesto ó á la más insignificante palabra. Yo no deseo ya; ella desea, antes que yo, por mí. No pienso ya; ella piensa por mí. Si por la

mañana al despertarme tengo necesidad de aire ó de luz, ella lo adivina; abre al punto y me da sol, y si no lo hay, cielo. Si, por el contrario, me agrada una dulce y tibia luz en mi cuarto, procura esta semioscuridad; si quiero permanecer adormecida en un agradable ensueño, lo comprende, é interponiendo su cuerpo entre la luz y mi persona, allí permanece inmóvil hasta mi completo despertar. Es una mujer legítima de Oriente. Hice bien antes en hablar del harén. Á veces, me creo ser alguna sultana, ó por lo menos la gran favorita de un Bajá. Y la ilusión es tanto más natural cuanto que, á la manera de la mayor parte de las damas turcas al salir del baño, ahora me hago amasar.

Yo no sabía lo que era el masaje, aunque me lo habían recomendado los médicos, hace tiempo, para evitar que se apoderase de mi la gordura. Desgraciadamente, las buenas amasadoras en París son muy raras. En cuanto á amasadores, para señoras, los hay; hasta tienen muchísimos clientes; pero he preferido engordar á utilizar uno de esos seres.

Después de mi consulta con los facultativos, sin haber obedecido la prescripción, he adelgazado, sin duda por miedo á necesi-

tar un día los servicios de esos hombres.

De algún tiempo á esta parte me he quedado estacionaria. Ni engordo ni adelgazo. Sin embargo, noto cierta tendencia á lo primero.

Habiendo comunicado á Luisa Bauquet mi inquietud sobre el particular y los consejos de mi médico, le añadí mis últimas palabras al doctor:

—Ustedes hablan á su antojo; pero ¿dónde está la mujer para el masaje? La he buscado inútilmente.

—¿No es más que eso?—replicó mi doncella.—Yo sé hacer la operación muy bien.

—¿Usted?

—Sí, aprendí en Hammam con una negra.

—¿Y ha ensayado, además, sin la profesora?

—Sí, señora Duquesa. En la señora de La Bére, á quien le sentó muy bien. Sin duda por eso sintió mucho que yo la dejase.

—¿Y cree en la eficacia del masaje?

—Cuando se ejecuta bien y por completo, sí, señora Duquesa. La señora puede probar si gusta, y si no le fuese bien ó no estuviera contenta, lo dejaríamos.

Lo probé, y de tal manera me va bien, que no suspendo la operación.

Por la mañana, á las nueve, se entrega Luisa Bauquet á sus ejercicios. Al salir de la cama paso á mi cuarto de baño, construído según mis deseos y el gusto de mi marido. Es una sala redonda, con las paredes de mármol rosa, sostenido por columnitas elegantes y capiteles lindamente esculpidos. La luz es zénital y entra por la claraboya de la cúpula que forma el techo. Se diría que era un pequeño templo griego, "el templo de Venus," según le llamaba el Duque en la época en que estaba enteramente enamorado de mí. La tina la constituye una gran concha empotrada en el pavimento, de mármol negro, cuyo color recorta sobre el tono rosáceo de las paredes, y está destinada, según expresión de mi marido, á hacer que se destacase la blancura rosa de mi piel... ¡Ah! ¡Siempre vuelve á mi memoria el ingrato! Si me encontraba tan bella, ¿por qué me engañaba?...

Gracias á un sistema muy bien ideado, puedo tomar á la hora que quiero y á capricho un baño de agua dulce ó de agua de mar, templado ó frío, sin estar á merced de la marea y de la intemperie. Mi... templo... admi-

tamos el nombre, puesto que es el que él le ha dado... reemplaza ventajosamente las barracas de tela ó madera fijas ó portátiles. Me procura también la inapreciable satisfacción de estar al abrigo de miradas indiscretas. He procurado bañarme como todo el mundo en la playa, pero me he encontrado fastidiada de tantos ojos y anteojos dirigidos hacia mí. Los desocupados del país me hacían el honor, al parecer, de concurrir á la hora en que yo tomaba mi baño, para escudriñar y espiar todos mis movimientos y persona. Y así me he visto obligada á renunciar á las dulzuras del aire libre, de la arena y de las ondas.

Aquí, bajo mi cúpula, mi doncella sola puede verme, lo cual me evita una costumbre antipática, uno de los beneficios del baño á domicilio.

He oído decir, sin embargo, á una de mis amigas que todavía puede llevarse más adelante esta ventaja del baño tomado en la casa propia, y es á saber: permaneciendo una cubierta en el baño mismo y no saliendo jamás del agua ante la criada sin un peinador por lo menos.

Esto me parece muy bien, y he admirado tan exagerado pudor; lo cual, sin embargo,

no impide á mi amiga para descotarse en los bailes delante de todos, de una manera tan escandalosa que, aunque permitida, jamás me hubiera yo atrevido á emplearla. Ciertamente que yo no apruebo el hábito de las matronas romanas, que se bañaban enteramente desnudas ante sus esclavos del sexo masculino, pretextando que un esclavo no era un hombre. Pero hay un término medio entre un esclavo macho y un criado hembra, y confieso que no me incomoda que me vea desnuda mi doncella. Bien tapada, puedo ruborizarme ante las miradas de un hombre; poco vestida, no reparo en las de una mujer, sobre todo cuando ella está dedicada á vestirme y desnudarme diariamente.

Si mi pudor debía exaltarse ante Luisa Bauquet, me habría visto en la precisión de renunciar al masaje, que en el caso presente se encamina sólo á prevenir una obesidad en el futuro; es, pues, un masaje preventivo, por tanto general y no parcial, hecho directamente sobre los músculos y no sobre un traje ó unas mailas, como, por ejemplo, me proponía cierto médico, que sin duda me tomaba por una bailarina.

De la sala del baño, en simple peinador

pasó á mi tocador, donde me acuesto por completo en una *chaise-longue*, y Luisa Bauquet se sienta en un almohadón ó se hinca de rodillas para la operación oriental importada á Europa por la medicina.

El primer día yo temía el frío de su mano; pero hacía mal, su mano está templada precisamente á la temperatura de mi cuerpo: ya lo dije, esta muchacha lo prevé todo. ¡Y qué habilidad, qué ciencia! ¡Qué bien sabe encontrar los músculos y las coyunturas! Cómo los sigue desde su arranque hasta la terminación, desde el principio al fin, de la cabeza á los pies. Nunca me hace daño, y, sin embargo, apoya la palma de la mano y oprime con los dedos. En lugar de dejarlos correr, los detiene también, en ocasiones, sobre un solo punto, un punto amenazado, sin duda, de engordar, el cual cuida más que los otros, el cual oprime con mayor fuerza. Todo esto lo hace con tal ligereza, que yo no sufro nada, antes bien, experimento suave bienestar.

¡Y qué fuerza en esta mujercita, en este cuerpecito! Una fuerza nerviosa, el fuego sagrado que anima á la pasión de hacer bien; el masaje debe de ser para ella un arte, como el peinado. Con la rapidez con que trabaja, con

la actividad que despliega, estoy segura de que al cabo de cinco minutos yo me quedaría rendida, mientras que ella amasa y amasa durante una hora. Sus brazos, sus manos se agitan en todos sentidos, todo su cuerpo se estremece; ella se traslada de alto abajo, de derecha á izquierda, se echa para atrás ó se inclina hacia mí. Trabaja ardentemente, y, sin embargo, no lo parece. Sólo su tez se nota más animada, sus ojos más brillantes, las ventanillas de su nariz más abiertas; los brazos, las manos no se cansan nunca. Muchas veces me veo obligada á decirle: "Descanse; basta, basta por hoy."

Lo curioso es que cuando se para, soy yo la que se encuentra cansada. Sí, me sucede amenudo, después de la operación, quedarme embelesada en la *chaise-longue* en la postura en que ella me ha dejado, bien boca arriba, bien echada de lado.

En vez de alejarse para descansar, permanece á mi lado como si velase mi sueño. ¡Es el Oriente, nada más que el Oriente, siempre el Oriente!

Durante el día, cuando adivina que yo quiero salir, transmite al cochero la orden, antes que yo piense darla. Sabe qué coche me gustará, abierto ó cerrado, á tronco ó á limonera, *landau*, carretela, *victoria* ó cesto. No tengo más que montar y dejarme conducir. Si he salido vestida ligeramente en cuerpo ó con chal de verano que ella echó sobre mis hombros, puedo estar segura de que el tiempo no cambiará durante el paseo. Adivina las intenciones del cielo, como las mías. Acaso le hace sus confidencias.

Á la vuelta, la comida. Como ahora con un apetito que nunca me conocí. ¿Lo debo al masaje? Creo más bien que es ella ¡siempre ella! la que ha encargado en mi nombre algunos platos favoritos. Al menos, siempre lo sospecho por estar tan enteramente dedicada á mi persona, viéndola ir con frecuencia á la cocina. Ayer me han servido cierta langosta á la americana, que mi cocinero, á pesar de toda su ciencia, nunca atinó á poner bien.

Por último, durante la noche, no me fatigo la vista leyendo. Mi señorita de compañía lee para mí, con claridad, sencillez, con voz bien timbrada, vibrante y hasta entusiasta cuando el asunto lo exige. Escoge el libro que nece-

sito, según la disposición de espíritu en que ella me encuentra.

Sin embargo, me parece que prefiere las novelas modernas, las novedades, los autores atrevidos, pero que tienen el tacto de la audacia haciéndola tolerable.

Hasta en esto me ha comprendido perfectamente, sin necesidad de que yo se lo explique. Una mujer bien nacida, honrada, pero curiosa, que le gusta inquirir, y que se atreve á averiguar aun á costa de algunos insignificantes sacrificios de nimio pudor; que quiere conocer todo, para huir ó evitar los peligros ó saber combatirlos; que, á pesar del atractivo del vicio, permanece virtuosa, conscientemente virtuosa; esta mujer, digo, puede seguir la idea del autor hasta el final, hasta la última página, siempre que ella no haya visto más que la idea, siempre inmaterial, aun cuando toque á la materia. Cuando ve otra cosa, la frase demasiado cruda, la palabra hartamente brutal, que hieren sus ojos ó sus oídos, sus sentidos se sublevan, y todo su ser erguido rechaza aquel libro, al que toma miedo, ya que no repugnancia.

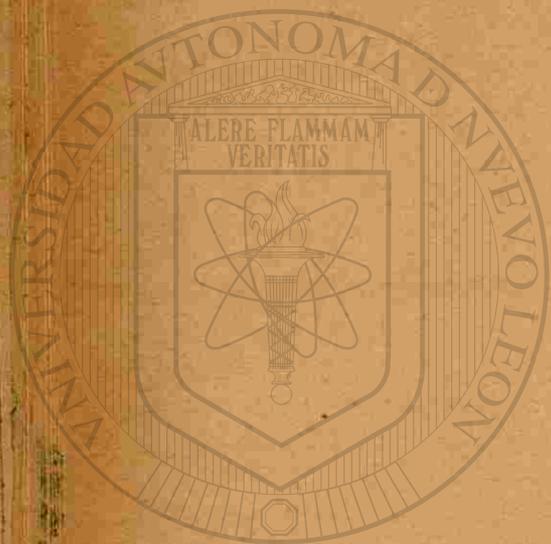
Amenudo tiene la culpa el autor por su torpeza; porque su idea, todavía indecisa, iba

á aparecer claramente sana al fin y al cabo. Una buena y gran lección iba á desprenderse de las escenas que en un principio pudieron interpretarse como de mero capricho para desarrollar la voluptuosidad; la falta de habilidad del autor habrá evitado la moralidad que debía surgir á la postre, de lo que parecía inmoral. La culpa la tiene el autor, por no haber guardado aquel primer precepto.

Pero, á veces, la culpa también radica en la lectora; ella habría podido interesarse en un estudio notable, en una obra de primer orden, si el autor, al presentar el vicio tal como es, en toda su desnudez, con todas sus fealdades, no por haberlo descrito menos finamente, con mano más ligera, hubiese la lectora tenido paciencia para esperar.

Y bien: al fin llego á decir algo. No es, ciertamente, ninguna cosa nueva ni admirable; pero al menos lo escrito prueba que mi pensamiento se ha despertado, y me siento feliz al consignarlo. Consigno al mismo tiempo que mi pensamiento duerme mucho, demasiado, y el examen ó revista completa de uno de mis días me explican este sueño, cuya causa buscaba; las largas mañanas en el lecho, el baño, el masaje, la siesta, las buenas

comidas, todos mis deseos previstos, mis caprichos satisfechos, en una palabra, la buena vida que llevo, me ha conducido á matar la actividad de mi espíritu... Y concluyo como he empezado, sin temor á equivocarme esta vez, atribuyendo la culpa de todo á Luisa Bauquet.



25 Julio, por la mañana.

Esta mañana, cuando ella ha entrado en mi cuarto de baño, le he dicho:

—No, todavía no. Me quedo unos minutos más.

—Yo iba á permitirme aconsejárselo á la señora Duquesa—me ha respondido.—Un baño algo largo le sentará bien con este tiempo bo-r-rascoso.

—¡Justamente! Me ha parecido ahora mismo ver un relámpago.

—¡Oh! Hay muchos hacia el mar, y se van acercando á nosotros.

—No se marche...

La tormenta me pone siempre un poco nerviosa, me causa hasta miedo, lo confieso, y por esta razón hice que se quedase á mi lado.

Generalmente ella no está allí durante mi baño: entra sólo para ayudarme á salir.

Obedeciendo mi orden, ha permanecido esta vez en el templo; pero se ha colocado discretamente detrás de mí, al extremo de la concha de mármol negro, en la cual yo me había extendido.

La tormenta estaba en toda su fuerza cuando yo pasé á mi tocador. Luisa Bauquet no ha creído deber, por tan poco motivo, retardar ó suprimir su masaje cotidiano. Me ha parecido, por el contrario, que desplegaba más actividad todavía, que se daba más trabajo que de costumbre. Sus manos corrían más deprisa de un lado á otro, sus dedos se crispaban por instantes. Yo pensaba que la tempestad influía sobre ella como sobre mí, haciéndola más febril.

Oíamos la tormenta rugir á nuestro alrededor; un ruido sordo, un largo mugido que prolongaba todos los ecos; otras veces, de repente, un ruido seco, vibrante, que desgarraba nuestros oídos, me hacía estremecer, mientras la mano de mi amasadora se paraba sobre un sitio y apretaba con tanta fuerza que yo sentía sus uñas.

Aquello no era amasarla á una, era matar-

la; pero cuando los nervios están tan sobrecitados, el mal hace á veces bien.

Aunque nosotras oíamos la tempestad, no la veíamos, ningún relámpago nos asustaba, gracias á la precaución que ella había tenido de cerrar las persianas y de bajar las cortinas. La vista se encontraba bien, pero mi cabeza se cargaba con el calor de mi tocador impregnado de perfumes: frascos de esencias destapados, ramos de flores sobre la chimenea y sobre un almohadón, cerca de mí, toda la siega de flores hecha por la mañana en el parque. Como si todos estos perfumes no fuesen bastante, había otro que llegaba hasta mí, en pequeñas bocanadas, cuando sus dedos se paraban sobre mi cuello, mis hombros ó mis brazos. Era piel de España, que yo le había dicho me gustaba, y que ella tenía la costumbre de echar en la palma de la mano á la hora del masaje. Yo creo que este día había aumentado la dosis.

Á pesar de todos estos motivos de languidez, á los cuales se añadía un baño demasiado prolongado, yo permanecí despierta todo el tiempo que duró la tempestad. Pronto se alejó y concluyó por resolverse en esa lluvia que distiende los nervios, languidece, trae

poco á poco el sueño. Yo no dormía, sin embargo, como me ha sucedido muchas veces, después de terminado el masaje y haberme envuelto en mi peinador.

Me quedé embelesada sin quererlo, sin darme cuenta, mientras que ella continuaba paseando sus manos sobre mí, con más lentitud, con menos fuerza, sea que ella estuviese más calmada por la lluvia, sea que quisiese dejarme enteramente dormida.

Yo estaba, hacía algunos minutos, en ese estado de adormecida, de entorpecimiento, y mis ojos concluyeron por cerrarse. De pronto, experimento un cosquilleo ligero, en la piel, producido por el contacto de unos cabellos. Primero creí que eran los míos que, desatados, muy largos, me rozaban suavemente; pero sentí al mismo tiempo como peso y calor. Maquinalmente extendí los brazos. Mis manos encontraron la cabeza de Luisa Bauquet.

La rechacé bruscamente, me enderecé y envuelta en mi peinador corrí á abrir las cortinas y empujé las persianas.

Cuando me volví, ella estaba de pie, inmóvil delante de la *chaise-longue*, y antes de que yo le dirigiese la palabra, me dijo con aire confuso:

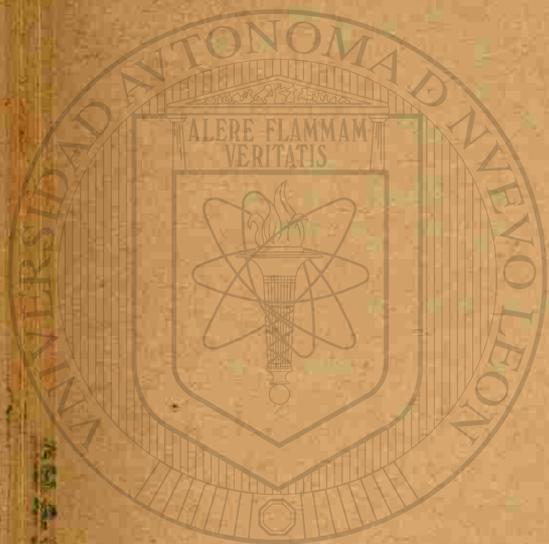
—Yo suplico á la señora que me perdone. Estaba muy cansada. He concluído por dormirme, y mi cabeza ha caído sobre las rodillas de la señora Duquesa.

La miré un instante; después:

—Está bien, salga V., me vestiré sola.

Y dije estas palabras en un tono que no admitía réplica. Ella á su vez obedeció sin vacilar.

Hé aquí lo que acaba de ocurrirme. Á pesar de ciertas repugnancias, lo he escrito, como había jurado escribirlo todo, como escribiré en el día las reflexiones que voy á hacer sobre este incidente. Así podré darme cuenta, tomar un partido razonable y ser justa, que es lo que más deseo.



XVI

25 de Julio, por la tarde.

Debo ante todo preguntarme si es posible creer en lo que ella ha dicho. Pretende que se quedó como desvanecida, ¿y por qué no? ¿No tenía las mismas razones que yo para dormirse? La tormenta, la lluvia que vino después, la oscuridad del tocador, los perfumes de los frascos y las flores... Bueno; yo permanecí mucho tiempo en el baño; ¿y por qué ella no había de haberse bañado antes de despertarme yo, en el mar ó en otro sitio? En cuanto al amasamiento, entiendo que igual efecto produce en la persona que *hace*, en el propio grado, que en la persona que *padece*. Y aun creo que afirman es mayor la fatiga del operador que la experimentada por el sujeto.

El sueño, por consiguiente, es admisible y hasta verosímil.

Durante el sopor, su cabeza seguramente ha resbalado sobre mis rodillas, dice ella; vamos á ver.

Ella estaba sentada en un almohadón más bajo que mi *chaise-longue*, dando con ella y colocada hacia el centro. Para evitarle el trabajo de alargar el brazo, yo misma me puse al borde del mueble por el lado que más cerca de ella estaba. En semejante postura, que recuerdo perfectamente, su cabeza, por necesidad, si caía, debía caer encima de mí, al nivel de mis rodillas, algo más alto.

Tal vez recibiría yo un golpe ó sufriría un choque, porque una cabeza, á pesar de su pequeñez, algo pesa, y cuando un peso cae sobre el cuerpo, la verdad es que se siente.

Y sin embargo, ni hubo golpe ni choque, sino, como ya indiqué, un cierto calor y un roce.

Pero ¿esto qué prueba? Que yo dormía quizás más profundamente de lo que pensaba, y que me desperté después de la cosa para tratar de darme cuenta de los efectos: el calor, la pesadez, el estremecimiento producido por los cabellos rozando sobre mi piel.

¿Y por qué empeñarme decididamente en que su cabeza diera en mí repentinamente? Bien ha podido inclinarse poco á poco y acabar por encontrar apoyo sin el menor sacudimiento; el contacto únicamente pudo arrancarme de mi situación.

Todo esto es muy posible; ¿y por qué entonces dudar de que así sucediera y acusarla de no haber resistido el sueño?

Hay algo en mi interior que declara que ella me miente. Dejemos las reticencias, puesto que me hallo sola conmigo misma y no debo disimular ninguno de mis pensamientos, ninguna de mis sensaciones respecto de lo que yo he creído sentir, que no era el calor de su cabeza apoyada sobre mí, sino el fuego de sus labios y hasta la mordedura de un beso.

¿Y se habrá atrevido á besarme á mí aprovechándose de mi sueño? ¡Calma! Si escribo todas mis reflexiones una tras de otra, si pienso con la pluma en la mano, es para conservar toda mi sangre fría.

He admitido que su cabeza pudiera caer naturalmente sobre mí. ¿Cómo cayó? De brucos lógicamente, y por tanto la frente, las mejillas y la boca dieron en mí sencillamente, y

de aquí el calor de sus labios. Pero ¿y el beso? Para que yo sospeche de haberlo recibido basta el contacto de los labios; y si ella dormía, como creo, ¿no sucede alguna vez, durante el sueño, que se besa de una manera fantástica? El beso se pierde en el vacío, si hay vacío, y no se pierde si alguien ó algo se encuentra á su alcance y en su camino.

Decididamente, para juzgar con exactitud, debo, después de haber examinado la cuestión bajo el punto de vista del sueño, del beso involuntario, estudiarla suponiendo el estado del ánimo despierto y del beso premeditado.

Desde que llegó á esta casa para desempeñar sus dobles funciones de doncella y acompañante, debo detenerme á discurrir cómo ha vivido Luisa Bauquet. Pues ha vivido conociéndome corporal é intelectualmente, si vale la frase. Físicamente, sin mala intención y aun sin pensar en ello, me he dado á conocer de la manera más completa; he servido de modelo, como diría un pintor. ¿Y no es la culpa del modelo, y del modelo únicamente, si ha causado admiración?

Intelectualmente, me he manifestado ante ella mujer instruída y de imaginación, por si me decidía á conservarla como acompañante,

y con el fin de poder comunicar con ella algunas ideas, y seguramente también me ha admirado bajo este punto de vista.

Queda, pues, comprobada la admiración; ¿y el beso no es una de sus manifestaciones? ¿No ocurre con frecuencia sentirse con deseo de besar lo que es hermoso, ó á la persona que ha ejecutado una buena acción? ¿Cuántas veces decimos qué hombre tan valiente, le besaría de buena gana, y á mí misma me ha sucedido manifestar mi agrado á una amiga ó á cualquiera linda señorita exclamando: "Querida niña, está V. hoy tan preciosa, que quiero besarla," y claro es que inmediatamente me acercaba su frente ó sus mejillas!

Sí, todo esto es verdad, pero yo no he acercado nada á Luisa Bauquet; nada le di: ella se lo tomó. ¿Y en qué condiciones? Durante mi sueño, y esta circunstancia, que al principio me parecía agravante, se me figura atenuante al presente, porque en realidad, no temiendo ser vista, no hay en su acción falta de respeto.

Pero ni besó mi frente ni mis mejillas, porque ni yo las puse á su alcance, ni ella se hubiese atrevido á tocarlas, sino que depositó su beso furtivo donde pudo, en mis rodillas, que era lo que más próximamente tropezaba.

Así besa el esclavo á su amo, y ya he dicho que Luisa se constituyó en esclava mía. ¿Deberé privarme de su servicio, de su afecto, por un momento de olvido provocado por esa debilidad que produce la tormenta y el calor, por la embriaguez de los perfumes y por mi exagerada complacencia, que ahora comprendo, en hacerme admirar?

Todas estas reflexiones quedan escritas en mi *Diario*. Podría tomar una determinación inmediata y llamar á Luisa Bauquet para decirle: "Puede V. volverse á París cuando guste," ó por el contrario: "La perdono á V. por esta vez, pero en lo sucesivo muéstrese V. más reservada." Pero no la llamo; dejaré de utilizar hoy sus servicios; volveré á leer estas notas mañana por la mañana, y á sangre fría decidiré. Y sea cualquiera mi resolución, renuncio desde luego al amasamiento, porque parece que enerva con exceso al operador y al sujeto; acaba mi vida oriental; deseo ser nuevamente la mujer del Occidente y del Norte, ya que por el momento soy boloñesa.

XVII

26 de Julio.

Decidida á hacer una vida más activa, me levanté esta mañana más temprano, sin ayuda. Cuando Luisa Bauquet entró en mi cuarto, que da sobre el mar y ya en aquella hora bañado por el sol, le dije con voz natural, sin irritación, pero sin excesiva dulzura:

—Prepáreme V. en el tocador lo que necesito para salir; me vestiré sola.

Parecía, al menos así lo creo, con grandes deseos de hablarme; pero yo le volví la espalda y me asomé al balcón; se manifestaba inquieta, preocupada, sin duda, por saber lo que pienso hoy del suceso de ayer y qué consejo me dió la noche, que pasa por buena consejera; en una palabra: si perdono ó guardo

Así besa el esclavo á su amo, y ya he dicho que Luisa se constituyó en esclava mía. ¿Deberé privarme de su servicio, de su afecto, por un momento de olvido provocado por esa debilidad que produce la tormenta y el calor, por la embriaguez de los perfumes y por mi exagerada complacencia, que ahora comprendo, en hacerme admirar?

Todas estas reflexiones quedan escritas en mi *Diario*. Podría tomar una determinación inmediata y llamar á Luisa Bauquet para decirle: "Puede V. volverse á París cuando guste," ó por el contrario: "La perdono á V. por esta vez, pero en lo sucesivo muéstrese V. más reservada." Pero no la llamo; dejaré de utilizar hoy sus servicios; volveré á leer estas notas mañana por la mañana, y á sangre fría decidiré. Y sea cualquiera mi resolución, renuncio desde luego al amasamiento, porque parece que enerva con exceso al operador y al sujeto; acaba mi vida oriental; deseo ser nuevamente la mujer del Occidente y del Norte, ya que por el momento soy boloñesa.

XVII

26 de Julio.

Decidida á hacer una vida más activa, me levanté esta mañana más temprano, sin ayuda. Cuando Luisa Bauquet entró en mi cuarto, que da sobre el mar y ya en aquella hora bañado por el sol, le dije con voz natural, sin irritación, pero sin excesiva dulzura:

—Prepáreme V. en el tocador lo que necesito para salir; me vestiré sola.

Parecía, al menos así lo creo, con grandes deseos de hablarme; pero yo le volví la espalda y me asomé al balcón; se manifestaba inquieta, preocupada, sin duda, por saber lo que pienso hoy del suceso de ayer y qué consejo me dió la noche, que pasa por buena consejera; en una palabra: si perdono ó guardo

severidad. Pero yo no me decidiré sino después de haber repasado las últimas hojas de mi *Diario*, como me lo prometí, y hasta después de haber dado uno de esos largos paseos que refrescan el espíritu, permitiendo raciocinar con exactitud.

Aunque le dije que me vestiría sola, la encontré en mi tocador cuando fui, moviéndose de un lado para otro, arreglando lo de acá y lo de allá y sin atreverse á retirarse sin prestarme sus habituales servicios. Yo me hacía la desentendida, colocando en los tiestos de la chimenea las flores del día que me trajo, pero observándola involuntariamente con el rabillo del ojo. Ha debido dormir muy mal, su cara se halla más descompuesta que de costumbre y su diabólica belleza, algo estropeada. Su abatimiento es evidente: anda lenta y como quien se arrastra. ¿Le habrá disgustado la idea de que ella me había disgustado á mí á su vez, y de que puedo despedirla, atormentándose con este pensamiento hasta el punto de ponerse mala? ¿Tan ligada está á mí y tanto me estima? Esto es poco probable. En seis semanas no se toma tanto afecto á las personas. Únicamente el amor, según se dice, causa tales efectos: nace de pronto en ciertos corazones

nes sensibles. Pero el amor no existe de mujer á mujer, de criada á señora.

Una vez las flores bien arregladas en los tarros, me he dirigido á mi mesa tocador. Entonces, atreviéndose y con voz mal segura, me ha dicho:

—¿La señora Duquesa no me permite peinarme?

—Hoy no; puede retirarse.

Ha salido sin proferir una sola palabra, triste, y como dejándose conducir.

Mi tocado ha sido de los más rápidos. Al cabo de media hora estaba completamente vestida, sentada cerca de la ventana leyendo las páginas de mi *Diario* que he escrito ayer. Todas estas reflexiones me parecen justas. Creo haberme quedado en el verdadero terreno. En resumen, he concluído esta noche por adoptar una resolución, inclinándome á perdonar. He decidido no hablar una palabra sobre el incidente, puesto que si vuelvo sobre él parecerá que le doy mayor importancia, y habré de mostrarme severa. Necesito dejarla que se ocupe otra vez en mi servicio, pero modificándolo, simplificándolo; mantenerla á cierta distancia, en una palabra, á fin de que no pueda dejar caer la cabeza sobre mí, si se

duerme de veras, ó para que no me admire tanto, si está despierta.

Ahora salgo, á fin de seguir mi programa hasta el final, y con el fin de ver si durante el paseo modifico ó no mis ideas, para emprender mi nueva vida corregida y revisada.

XVIII

26 de Julio, por la noche.

He llegado esta vez á fijar mis ideas, reproduciendo exactamente las conversaciones que acabo de tener, y narrando estos acontecimientos, doy una prueba de gran voluntad y de dominio sobre mí misma.

Pasada la verja del parque, en lugar de internarme en el campo, he tomado el camino de Boloña, donde necesitaba hacer algunos encargos olvidados en París. El camino es largo, un poco cansado, pero así reemplazaba yo el masaje por el andar, que siempre es superior, ó al menos lo pienso así ahora.

Llegada al pueblo á las diez, he atravesado el puente de la vía férrea, la playa, y estoy á punto de internarme en la calle Faidherbe, cuando de pronto percibo en una ventana del primer piso del Hotel Christol... ¿á quién? Á Blazac.

Como tiene puestos los lentes, me ve y me reconoce.

Cambiamos algunas demostraciones mudas, y él abandona precipitadamente la ventana para unirse á mí en la playa.

—¿Cómo aquí, prima?

—No tiene nada de particular. Vivo en el país. Yo soy más bien quien se debe admirar de encontrarte.

—¿Por qué? ¿No te dije que me iba á orillas del mar? He elegido estas orillas.

—¿Y estás en Boloña desde nuestro último encuentro?

—Sí, en este hotel, donde se cita la aristocracia inglesa, á un paso de la estación del ferrocarril, por si quiero volver á París; enfrente de los barcos ingleses, por si quiero escapar á Londres. Desde mi ventana gozo de magníficas vistas. El puerto, la alta mar y la playa que serpea, y un río, en fin, limitado por lindísimas orillas.

—¡Cuanta poesía! Eso no es natural en tí. Debe haber algo además... Y por otra parte, ¿por qué alabarme el hotel? Lo conozco y lo puedo apreciar tanto como tú, pues viví en él con el Duque cuando se estaba restaurando mi quinta de las Ruinas. Ya sabes, las Ruinas, allí enfrente.

—Sí, ya sé.

—¿Y cómo no se te ha ocurrido hacerme una visita?

—Imposible, prima; no estoy solo en Boloña.

—¡Ah! Perfectamente. Ahora me explico tu lirismo. ¿Estás enamorado todavía de Melinita?

—¡Qué Melinita! La he reemplazado por Bellita.

—¡Bellita, Bellita! No conozco ese nombre.

—El nombre de un nuevo explosivo... Una morena arrancada al Casino de Boloña la noche de mi llegada... Estaba sentada en el salón de juego, y mi morena perdía por cierto. Hallábase desconsolada, y me ha conmovido su desesperación. Le he dicho: "Señorita, le suplico que no se mese los cabellos, son de un color demasiado lindo... Venga V. conmigo á dar una vuelta...". Una mujer que ha perdido su última peseta, siempre está dispuesta

á dar un paseo. Lo hemos hecho largo, y acabé por convencerme de que era verdaderamente bonita, interesante y digna, en fin, de ser... lanzada...

—¡Otra!

—¿Qué quieres, prima? Nunca he tenido más que dos pasiones en mi vida: esta de lanzar las mujeres á la gran vida, y la química... Á primera vista no parece que hay punto de contacto entre ambas ocupaciones, pero tú me comprendes, ¿verdad?

—Perfectamente. Melinita, Bellita...

—Justo. Al día siguiente, me decía: "De buena gana pasaría contigo el verano en Boloña."

—¿Tan pronto *de tí*?

—Sí, tutearse es cuestión de costumbre. Hoy se tutea á éste, mañana á aquél, como la cosa más natural del mundo. Ellas creen que se trata de la misma persona... Yo no sabía qué hacer este verano, Boloña me gusta, y así, he alquilado un departamento en el hotel, haciéndome pasar por un hombre casado. Es preciso respetar las conveniencias en los hoteles de primer orden, y héme aquí instalado con Bellita. Cuando digo Bellita, anticipo los acontecimientos: se llama todavía Rosa Miron;

pero le he propuesto cambiar su nombre por el de Bellita. Ella está conforme, y en París tendrá ese nombre de guerra.

—Para llamarla así tienes sin duda...

—Motivos y razones... ¡Ya lo creo! Te las diré si quieres.

—Quiero, caso de que puedan decirse.

—¡Oh! Pueden decirse con toda corrección.

—Entonces, habla. Sólo que vamos á andar un poco, porque me tienes parada en el mismo sitio hace rato.

—Tú eres quien me retiene á mí. Me haces hablar, hablar...

—Me diviertes tanto, y hay tan pocas distracciones á la orilla del mar...

Nos dirigimos hacia el muelle Gambetta, y Blazac continuó:

—Le he puesto ese apodo porque es explosivo como no puedes tener una idea.

—Claro está que no tengo de eso la menor idea.

—Es un compuesto de nitrato, de amoniaco[®] y de dinitrobencina completamente notable, destinado á oscurecer á todos los explosivos conocidos. Cuando la haya lanzado, nadie pensará más que en ésta, no sólo en Francia, sino en todas partes. Los alemanes tratarán de ro-

bármela, lo mismo que los ingleses; ya lo he advertido en el hotel... Es de color amarillento, el tono de la india ó de la mulata, tiene sabor, mucho sabor; la piel casi seca.

—¡Blazac!

—Y bien, qué quieres prima... Ya sabes que mezclo la química y las mujeres. No tengo culpa si comprendo la *bellita* inventada por Carlos Lamm, con la *Bellita* que he descubierto: se parecen tanto en el olor, en el color, en el sabor, en la explosión...

—¡Qué entusiasmo! ¡Tú que antes estabas loco por la *melinita*, ó más bien por *Melinita*!

—La detesto desde que me engañó.

—Debias estar acostumbrado.

—No me refiero á esos engaños á que aludes, sino á que me engañó con respecto al color de sus cabellos, á mí, que la he presentado á todos mis amigos como una morena.

—Pero ¿no lo es?—exclamé admirada.

—Jamás lo ha sido; verdad que sus pelucas eran admirables. Las tenía de todas formas y para todas las circunstancias. Peluca de casa, peluca de paseo, peluca de mañana, peluca de tarde, ¡oh! ¡Qué transformación! ¡Qué soberbia colección!

—¿Te la ha enseñado?

—No se habría atrevido; pero yo la descubrí.

—¿Cómo?

—El día en que precisamente te vi por última vez en París, prima. Al salir de la agencia de colocaciones, adonde tú habías ido ¿te acuerdas? á buscar una doncella, volví á su casa para darle cuenta de su encargo. No estaba. Busqué recado de escribir, no encontrando papel, pluma ni lápiz, y busca por aquí, busca por allí, abrí al fin un armario, donde me encontré la dichosa colección. Primero me dejé arrebatado por la cólera, después me quedé extasiado contemplando aquellas maravillas de arte. Ella entra y me sorprende: "Desgraciada, ¿conque eras una falsa morena?"—Sí, de las más falsas, me contesta con aplomo.—¿Por qué me engañaste?—Te gustaban las morenas y quise ser amada por tí, ¡ángel mío!—¡Oh! Entre nosotros no vale ese lenguaje; busca otra disculpa.—Y bien, buscabas una morena para lanzarla, y me hice morena con ese objeto.

—Si no es morena, ¿cuál es precisamente el color de sus cabellos?

—Rubio; es muy rubia, no tiene un solo cabello castaño. ¡Oh! Lo que es esta vez no me

engañan. Los de esta Bellita son auténticos y naturales. ¡Cada tirón que le doy! No quiero que este segundo explosivo se burle también de mí.

—Y después de haber descubierto la verdad—le dije interrumpiéndole,—¿te marchaste sin haberle dado cuenta del resultado de su encargo?

—No; ella tuvo buen cuidado en preguntarme, y yo le respondí, aunque con cólera, pero le respondí al fin y al cabo.

—Supongo que tú no le dirías que yo buscaba también una doncella, y que me habías encontrado en la misma agencia.

—No me acuerdo, pero me parece que sí se lo dije. Desde que te vió en el Bosque, me hablaba todos los días de ti con cualquier motivo.

—Y la noche que descubriste el engaño, ¿te escapaste para venir aquí?

—Al día siguiente.

—Sólo por la razón de que tu *Termura* era rubia en vez de morena.

—No precisamente por eso, porque habré de confesarte, prima, que también me gustaba con el color natural de su pelo. Este cambio la hacía completamente nueva

para mí, y en la variación está el gusto.

—Entonces, ¿por qué huiste?

—Porque ella se escapó antes que yo.

—¿Sin decir dónde iba?

—Ni palabra. Es la cómica que sabe disimular mejor de cuantas he conocido.

—¿Y no has procurado averiguar su paradero?

—No. Un nuevo capricho, una pasión quizá; porque ella es capaz también de apasionarse... Ya volverá cuando su pasión esté satisfecha. Si no consigue satisfacerla, no volverá jamás.

—¿Por qué?

—Porque estallará, según creo haberte dicho, el día en que no consiga hacer estallar á los demás.

—¿Conoces por casualidad á una señora llamada de La Bére?

—¡Ya lo creo! ¿Está aquí? Entonces, Melinita no estará lejos.

—¿Se conocen?

—¡Que si se conocen! Mucho, muy íntimamente. Precisamente en casa de esa señora encontré yo por primera vez á Luisa Bauquet... ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, prima?

—Nada, el olor de carbón de piedra de esos

barcos, que me hace daño... ¿Y quién es esa Luisa, de quien nunca te he oído hablar?

—Melinita, mujer, Melinita, antes que yo la bautizase.

—¡Ah, ya!

—Yo creí en aquel entonces que podía gustar á la señora de La Bére, y le hacía el amor por todo lo alto.

—¿Á pesar del marido?

—¿Qué marido? ¡Si ella nunca ha sido casada!

—Sin embargo, tiene niños.

—¿Hijos? ¡Imposible! Debes hablar de otra La Bére que la que yo conozco... La mía es una señora que vive en un piso segundo de la calle de Francisco I.

—¿En casa de esa señora encontraste á Luisa Bauquet?

—Sí, era su doncella. Ella la ocultaba cuidadosamente. Pero yo acabé por descubrirla y conseguí, á fuerza de constancia, arrancar á mi morena, ó más bien á la que yo creía tal, de aquella casa, con gran desesperación de la dueña.

—¿Por qué tanta desesperación?

—¡Oh! Por razones que no puedo decirte. No insistas... Yo sé hasta dónde se puede

hablar con una mujer como tú, y en dónde es preciso detenerse con una mujer honrada como tú, querida prima. Por otra parte, Luisa Bauquet, lanzada gracias á mí, rica gracias á otro, se apresuró después á volver á la calle de Francisco I, para volver á emprender su servicio cerca de su rubia.

—¿Cómo! ¿Á pesar del millón volvió á ser criada?

—Tiene pasión por su oficio, una verdadera vocación. Con la señora de La Bére, por lo demás, la criada es tan ama como la dueña. Se sirven mutuamente. Y cuando á Luisa Bauquet le pasa la furia, toma la puerta y desaparece... Y, perdona, prima, ¿tú no acostumbrabas almorzar?

—¿Por qué esa pregunta?

—Porque es más de la una.

—¿Ya?

—Muchas gracias, puesto que pruebas con tu distracción que no te he aburrido con mi cháchara... Pero Bellita, que dormía cuando he dejado el hotel, ya debe estar despierta y esperándome para bajar á almorzar.

—Pues corre á buscarla. ¿Vendrás á visitarme algún día?

—Temo que no: con los explosivos es pre-

ciso ser prudentes, no dejándolos solos mucho tiempo... Adios, prima.

—Adios, primo.

En cuanto desapareció tomé un coche.

En mi cabeza no se agitaba más que un solo pensamiento: despedir, tan pronto como llegase, á esta miserable.

XIX

¿Cómo expulsarla? ¿Con qué pretexto? El que me ha dado ella misma la víspera. No he perdonado todavía. Ya lo ha debido ver ayer y hoy por la mañana.

Decididamente no la perdono, y la despido. La cosa es muy sencilla. ¿Qué necesidad tengo yo de decirle el por qué, ni discutir ni tener explicaciones? ¿Puedo responder de mí? ¿Podré contenerme para no decirle: "Has matado á mi marido, infame...?" No quiero que ella lo sepa. Es preciso que ignore siempre que el Barón de Virmeux era el Duque de X. Ó por respetos á él mismo, ó por respeto á mi persona, le ocultó su nombre y su título. No tengo yo, pues, derecho á decirselo.

¡Ay, Dios mio! Todavía necesitaré reflexio-

ciso ser prudentes, no dejándolos solos mucho tiempo... Adios, prima.

—Adios, primo.

En cuanto desapareció tomé un coche.

En mi cabeza no se agitaba más que un solo pensamiento: despedir, tan pronto como llegase, á esta miserable.

XIX

¿Cómo expulsarla? ¿Con qué pretexto? El que me ha dado ella misma la víspera. No he perdonado todavía. Ya lo ha debido ver ayer y hoy por la mañana.

Decididamente no la perdono, y la despido. La cosa es muy sencilla. ¿Qué necesidad tengo yo de decirle el por qué, ni discutir ni tener explicaciones? ¿Puedo responder de mí? ¿Podré contenerme para no decirle: "Has matado á mi marido, infame...?" No quiero que ella lo sepa. Es preciso que ignore siempre que el Barón de Virmeux era el Duque de X. Ó por respetos á él mismo, ó por respeto á mi persona, le ocultó su nombre y su título. No tengo yo, pues, derecho á decirselo.

¡Ay, Dios mio! Todavía necesitaré reflexio-

nar lo que debo decirle... ¿De qué me han servido entonces mis razonamientos de ayer y mi resolución de hoy? Algunos minutos de conversación con Blazac, ¿habrán destruido todo, al haberme revelado el misterio?... Si de una entrevista con ella pudiese salir la verdad sobre la muerte de mi marido, si pudiese revelarme lo que hizo para que la amara, cómo ha podido matarse por ella y engañarme, ¿dudaría? No.

Pero haría mal. Provocar confidencias con ella, hablar con ella de él, sufrir que semejante loca me diga el secreto que me guardaba aquel á quien yo amé tanto... Prefiero no saber nada.

Si estoy decidida á no escucharla, y si, no obstante, tengo miedo á interrogarla, si dudo de mí, ¿por qué hacerla llamar?... Más vale despedirla ahora mismo.

Mi mayordomo puede aquí hacer mis veces.

Yo no necesitare entenderme con ella.

Si se marcha sin haberme hablado, es forzoso que renuncie también á saber por qué ha entrado en mi casa, por qué se ha hecho mi esclava y mi criada. En lo que acaba de decirme Blazac hay cosas que no comprendo, y quisiera entenderlas.

¡Ah! Esto es superior á mí. Suceda lo que quiera, voy á hacerla llamar.

.....

.....

Entra, é inmediatamente, sin levantar los ojos (tengo miedo de verla, soy yo quien tiene miedo de ella), le digo:

—He reflexionado, y resuelto no conservarla en mi servicio. Vaya á arreglar sus cuentas y parta inmediatamente.

Permanece un instante suspensa y después exclama con voz firme:

—¿Quiere la señora permitirme que le pregunte por qué causa me despide tan bruscamente?

—No se lo permito.

—Eso es muy duro. La señora Duquesa me trata como se duda siempre en tratar á una criada cualquiera, y ella ha querido, sin embargo, levantarme á mí á un rango superior cerca de ella. Una especie de señora de compañía creo que merece que se le diga por qué se la despide.

—Y bien, puesto que V. lo quiere, le diré que la despido por lo de ayer: ayer olvidó usted lo que se debe á una señora, y me faltó usted al respeto.

—Involuntariamente, y ya sabe la señora que lo lamento de todo corazón. Ya he tenido el honor de decirle que no pude resistir al sueño.

—No creo en semejante sueño.

—¿Á qué lo atribuye, pues, la señora Duquesa?

—¿Qué responderle? ¿Iba á censurarla por aquel beso? ¿Á discutir con ella si lo dió ó no lo dió? ¡Ah! La idea de que sus labios hayan podido rozarme me es todavía más odiosa desde que sé quién es. No quiero ni aun admitir para mis adentros que haya podido semejante boca mancharme... ¿Y voy á reconocerlo ante ella?

Entonces, y viendo que insistía en saber las causas de su despedida, decidida á poner término á la escena é incapaz para dominarme más tiempo, me he levantado, y mirándola cara á cara y sin bajar la voz, le he dicho:

—Pues bien, la arrojo de mi casa porque no sois más que una mujerzuela y os llamáis Melinita.

Luisa palideció, pero reponiéndose enseguida, dijo:

—¿Quién ha dicho eso?

—Un pariente mío: el Sr. de Blazac.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Afortunadamente, no.

—¿Cómo ha podido hablaros á vos, que sois una señora, de una mujer como yo?

—Me dió el capricho de preguntarle por una Melinita con la cual le había yo visto, y he sabido que su verdadero nombre era Luisa Bauquet.

—¿Os habrá dicho también que Luisa Bauquet era doncella de labor?

—También.

—Entonces, ¿de qué me acusáis, señora Duquesa?

—¿Cómo que de qué os acuso? De haberme engañado indignamente.

—¡Engañado! Me he presentado en vuestra casa con el nombre de Luisa Bauquet, que es el mío verdadero. Acabáis de reconocerlo así vos misma, señora Duquesa. Dije que había servido en diferentes casas, y es verdad. Mis certificados lo demostraban, y á menos que estén falsificados... Dije también que estaba sirviendo en casa de la señora de La Bére, y también era verdad.

—¿Os atrevéis á hablarme de esa mujer?

—¿Y por qué no?

—Me la habéis presentado como una mujer

casada, con hijos, respetable, y no hay nada de eso.

—Señora, por Dios, mis certificados no os bastaban; necesitabais informes verbales, y tuve que referirme á la persona que mejor me conocía y elogiar su respetabilidad para que dieseis fe á sus palabras.

—¡Á sus mentiras!

—No por cierto. Cree de buena fe todo lo bueno que ha dicho de mí, y acaso creyó que-darse corta. Os dijo que era yo una doncella excelente. ¿No confesaba la propia señora Duquesa estos días pasados que jamás había estado tan bien servida? Creo que la señora de La Bére dijo también que me echaría de menos, y en efecto, debe echarme muy de menos. Además, si para hallar una buena colocación he usado cierta astucia, he empleado algún pequeño subterfugio, debe serme perdonado, porque perseguía un fin honrado.

—¡Honrado!

—Sí, señora. Quería cambiar de vida, trabajar, ganarme el sustento y convertirme de Melinita en Luisa Bauquet.

—¿Y ha sido mi casa la que habéis elegido para esa transformación? ¿Por qué?

—El Sr. de Blazac cometió la indiscreción

de decirme que su prima, una dama aristocrática, una Duquesa muy conocida, buscaba doncella. Sentí el deseo, la curiosidad de entrar en su casa, y he hecho lo que era necesario hacer para conseguirlo.

—Sí, os habéis hecho pasar por una muchacha honrada.

—Honrada, como sirvienta, sí. No hablé de otra cosa. La señora Duquesa no me preguntó acerca de mi moralidad. Y ya sabe lo que en semejante caso se contesta siempre. ¿Qué criada que desee colocarse ha de declarar ella misma que su conducta deja que desear? Y ordinariamente, sin embargo, ha coqueteado un poco ó... ó un mucho con el mayordomo ó con el cochero, si se respeta; con los lacayos... Yo no tengo ninguna de esas faltas de que acusarme. ¡Los criados de la casa, mis compañeros, no existen para mí! Porque mi afecto es más alto. Esto debiera servirme de excusa. ¿No es mejor haber sido la... favorita del Sr. de Blazac, primo de la señora, que la de un cochero? Mis relaciones anteriores me obligan además á cierta discreción: no podía comprometer al Sr. de Blazac, con su parienta, confesando mis relaciones con él. Á él le ha gustado hablar de ello, y eso es cuenta

suya. Yo por mí no me arrepiento de haber sido discreta.

Decía todas estas cosas estupendas con los ojos bajos, en una actitud respetuosa, con voz dulce, sin aire de burla. Y á pesar de mis disgustos, de mi indignación, la dejaba yo acabar, porque presentía que al fin llegaría á hablar del asunto que me interesaba, y el cual no tenía yo valor para perder de vista.

Condenada al respeto, á una completa reserva desde hacía tres semanas, á causa de su posición en mi casa, experimentaba cierto goce, tal vez involuntario, en mostrarse menos respetuosa, menos reservada, en hablar en vez de escuchar, en decir su pensamiento, ó más bien parte de su pensamiento, mientras se le presentaba ocasión de exponerlo todo entero. Luisa Bauquet, la doncella, desaparecía, se extinguía poco á poco. Melinita, la cortesana, presentábase de nuevo con su desvergüenza, sus audacias, sus atrevimientos, su cinismo. Semejaba á la artista que después de haber representado un papel de inocente, sale de la escena, tira su traje de colegiala, se quita el colorete y vuelve gozosamente á su vida ordinaria, que amenudo no tiene nada de ejemplar.

Para llegar al fin que me proponía, le dije contestando á su último discurso:

—En efecto, no os pregunté acerca de vuestra moralidad, no estabais obligada á ninguna confidencia. Pero no por eso me habéis engañado menos sobre vuestra verdadera posición, sobre vuestros títulos y cualidades; os presentasteis como doncella, y hacía mucho tiempo que habiais dejado de serlo.

—¿No tenía yo el derecho de volver á mi antiguo oficio? ¿Debía censurárseme por eso? Sucede amenudo que de criada se convierte una en mujer galante para ganar más; yo, de mujer galante, me volvía á convertir en doncella, para ganar menos; pero para ganar mi vida honradamente. ¿No es esto más moral?

Levanté la cabeza con altanería y me atreví á decirle:

—No tenéis necesidad de ganaros la vida, porque sois rica.

—¡Ah! ¡Blazac ha hablado también de eso!

—Sí, me ha dicho que el Barón de Virmeux os había dado un millón.

—Y ha dicho la verdad. Pero cuando una no gasta su dinero, cuando no toca á él, es como si no tuviese nada, y acaso yo no quiera tocar nunca á ese millón.

—¿Teméis que os queme las manos?

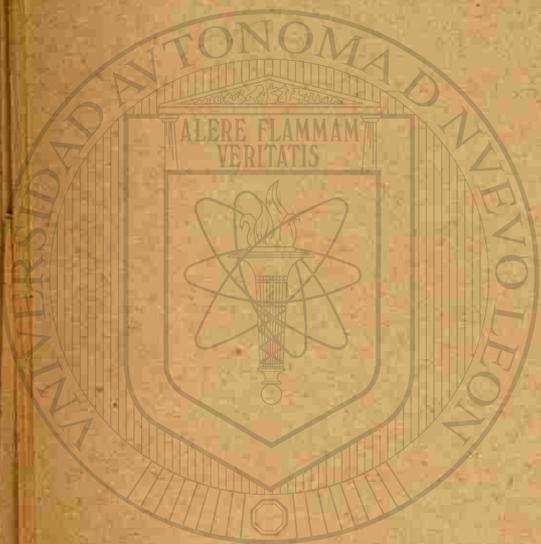
—No, ciertamente. Un millón no quema nunca las manos de quien lo posee. Al contrario, las acaricia, y hace gozar al poseedor. Ese dinero no fué ganado como se supone por ahí... ¡Ah! ¡Si pudiese yo contar!... Es tan divertido y no es menos inmoral que una novela, que la última, por ejemplo, que tuve el honor de leer á la señora Duquesa.

—Pues bien, contadlo. No os dé cortedad. Al punto á que he llegado... puesto que hace una hora que os estoy escuchando... Pero os advierto que no quiero más pruebas de respeto, que os relevo de volverme á llamar *señora Duquesa*. Ya no estáis á mi servicio. No os llamáis Luisa Bauquet ni sois mi doncella. Os llamáis Melinita y sois una cortesana. Sed quien sois, y nada más. Sedlo de veras. Al menos eso me instruirá. Habré leído un libro malo, pero verdadero, humano, viviente. ¡Habré satisfecho esa curiosidad insana que para vergüenza vuestra nos atormenta algunas veces á nosotras!... Ya os escucho.

Estos desdenes, esas durezas de expresión no podían detenerla en su camino, ni hacerle renunciar al uso de la palabra que acababa de darle. El instinto no me decía que una cria-

tura como ella, la cortesana, la mujerzuela, debía experimentar un acre placer en quitarse la máscara, en desnudarse delante de una mujer honrada, en decirle: "Así soy yo. Valgo tanto como vos ó más... Ahí tenéis lo que yo hago, ahí tenéis como yo comprendo la vida... Vosotras no entendéis de esas cosas... Por eso los hombres os echan á un lado, para buscarnos á nosotras y entregárenos en cuerpo, en alma y en dinero."

Los hombres me importaban poco. Pero quería saber qué había hecho de uno de ellos, de mi marido, saber cómo lo había matado... y al fin iba á saberlo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XX

Voy á tratar de recordar, no sólo el sentido de sus palabras, sino sus palabras mismas en toda su crudeza. Habría podido expresarse de otro modo, y con su tacto, con su habilidad acostumbrados, servirse de medias palabras para decir las cosas escabrosas. Por el contrario, abusando de las libertades que yo le concedía, complaciase en herir mis oídos, en hacer que me ruborizase. Esperaba, tal vez, que hablándome su lenguaje se elevaría hasta mí ó me haría descender hasta ella. Se equivocó: me hubiera hecho descender de seguro si hubiese tenido yo gusto en escucharla; pero he sufrido tanto durante su relato, que debe serme perdonado el haberla oído hasta el final.

—Culpa es de Blazac—empezó á decir—si toda mi vida no he seguido siendo criada de

servir. Este oficio tiene su lado bueno cuando una sabe escoger colocación: una señora joven y guapa... porque al lado de las mujeres bonitas es mucho más fácil vivir que al lado de las feas; si tiene talento, se lo comunica á una; si está bien educada... se le estudia y se consigue hablar y portarse como ella; si es instruída, se completa la propia instrucción.

—Sois acomodaticia, según veo—dije yo, por decir algo.

—Siempre he encontrado lo que buscaba, y á veces más. Cuando no lo encontraba me iba de aquella casa. También me iba cuando la señora nada tenía ya que enseñarme, ó cuando yo no tenía ya nada que sacar de ella; pero mis amas habían estado siempre satisfechas de mis servicios, y daban, por lo tanto, excelentes informes en todas partes. Creo haber dejado buenos recuerdos en todas las casas donde he servido.

—¿Son muchas?

—Unas veinte: mujeres de teatro, estrellas y satélites, *termuras* modestas y de alto copete, burguesas con amante ó sin él, mujeres de mundo, de la aristocracia, de dinero. He querido conocerlas todas. Por eso he entrado en casa de la señora Duquesa.

—¿Podréis iros de aquí sin gran sentimiento, puesto que he completado vuestra colección?

—¡Oh! Mi sentimiento será muy grande. No he pasado aquí más que un mes, y no he tenido tiempo de hacerme apreciar como merezco serlo. Espero todavía que la señora...

—Os agradeceré—dije interrumpiéndola—que vayáis más deprisa, que lleguéis á la época en que cambiasteis de profesión. La de doncella de labor me interesa muy poco.

—Al período masculino de mi vida, entonces—dijo ella sin emocionarse y como si mis palabras no la molestaran en lo más mínimo, tan ensimismada estaba con su asunto.—Ya llego: Blazac, que hacía el amor á la señora de La Bére... ¡oh! por cierto bien inútilmente, porque estaba yo allí para defenderla, y donde yo estoy los enamorados no suelen salirse con la suya... Blazac, digo, buscaba una morena para lanzarla, por satisfacer su inocente manía de lanzar mujeres. Me creyó morena. Lo era entonces por hacer contraste con mi señorita, que era rubia, y á la cual le agradan esos contrastes... Me propuso darme una mesada modesta, mientras llegaba á la gran fortuna que, según él decía, me estaba

seguramente reservada. Vacilé. No había tenido amante todavía, y para primero hubiese deseado otro hombre. Pensaba yo: "No eres tú ciertamente, amigo mío, el que me hará cambiar el mal concepto que tengo de tu sexo." Sí, aquello era más fuerte que mi voluntad; instintivamente me horrorizaban los hombres, sin conocerlos. Ahora, que los conozco, me sucede lo mismo.

Detúvose para tomar aliento, porque desde hacía un momento hablaba más deprisa. Así seguía mi recomendación: los mismos pormenores, las mismas digresiones, pero dichos más deprisa.

—Sin embargo—continuó luego de un momento de descanso,—la modesta renta que me ofrecía Blazac, los altos destinos que me prometía, sobre todo, acabaron por tentarme: lo seguí... ¡Ah! No me había equivocado; él no consiguió vencer mis repugnancias instintivas y las ideas que me había inculcado la mayoría de las señoras que había tenido, mujeres de experiencia, quienes, antes de decidirse, se habían entregado á minuciosos estudios comparativos.

Me miró, para juzgar sin duda del efecto que me había producido esa frase de mal gus-

to y presuntuosa. Yo no pestañeeé y ella continuó:

—Blazac es un buen muchacho, divertido, ingenioso. Con él no hay escenas de celos... ¡Oh! No es de los que fastidian... Y sin embargo, tendría derecho para serlo, porque se conduce muy bien con las mujeres... ¡Pero qué amante! Dulzuras, caricias, mimos, tonterías, nada serio... Yo seguía siendo de hielo y, sin embargo, me bautizó con el apodo de *Melinita*. ¿Por qué? Me lo explicó un día de verdadera expansión. "He tenido varios motivos, me dijo, para apodarte así: no te inflamas conmigo, es verdad, pero no hay nada que me pruebe que jamás vas á estallar con otros. Como la melinita, necesitas para hacer explosión encontrarte en ciertas condiciones, y está segura de que ya te verás en ellas... El segundo motivo que he tenido es perfectamente personal: haciéndote pasar por una explosible, doy al mismo tiempo pruebas de gran fuerza, de resistencia. La gente dice: "¡Qué organismo "el de ese Blazac! Debe tener los nervios de "acero, un cuerpo blindado, para no hacer explosión con una mujer semejante;" y esto hace buen efecto en otras mujeres... Ese apodo sirve también á mis hazañas de *lanzador*.

Los hombres no gustan gran cosa de las mujeres que tienen fama de poco inflamables. Toman por apasionamiento lo que no es más que cuestión de temperamento. Se creen amados por sí mismos, personalmente, cuando se les ama de una manera genérica, por decirlo así, por razón de su sexo.,

...Ese fué el discursito que vuestro señor primo se sirvió pronunciarme, señora Duquesa. No estaba mal razonado: al cabo de seis semanas me encontré lanzada en pleno París, y bien lanzada. Entonces Blazac me dió su último consejo: "No hagas negocios, ó hazlos muy en grande; procura conservarte siempre entre las mujeres difíciles. Si tienes capricho por algún pobre, ámalo desinteresadamente, trabaja por la gloria. Tu divisa debe ser: "Nada ó mucho., Como yo no puedo darte mucho, me despido de tí.—Olvidas, le dije, la otra parte de la divisa: nada.—Gracias; no eres todavía bastante rica para mostrarte agradecida. Perderías un tiempo que puedes emplear mejor. Dentro de un año volveré á verte., Se fué y permanecí todo un año sin verle.

Comprendía yo que llegaba ya al capítulo de su vida que me tocaba personalmente. Así

es que tenía paciencia y escuchaba con sangre fría, sin protesta, aquella cínica charla. Entusiasmada por la atención que yo parecía prestarle, ó tal vez porque estaba cansada, se había medio sentado, hacía poco, en el brazo de una butaca, sin atreverse á sentarse del todo, por un resto de pudor.

—Á pesar de la ausencia de Blazac—continuó,—aquel año pasó muy rápidamente. ¡Estuve tan ocupada, tan agasajada! Mi hotelito no estaba nunca solo, ni por la mañana ni por la noche (porque enseguida tomé un hotel). En nuestros días es indispensable, si quiere una vivir entre las mujeres de reputación... Sin embargo del número, y de la facilidad para elegir, no cambié de opinión acerca de los hombres. No me inspiraban nada, nada absolutamente. Por más que buscaba, no encontraba nada que me conviniese. ¡Qué egoístas en amar! ¡Todo para ellos, para nosotras nada! ¡Y qué mal nos conocen! No saben, ó fingen ignorarlo, que la mayor parte de las veces su sed de felicidad se ve satisfecha, saciada, cuando la nuestra comienza á dejarse sentir. Se han bebido la copa de un solo trago, mientras que nosotras no hemos hecho más que llevárnosla á los labios. Si por desgracia

sucede que al ver un rayo de esperanza murmuramos: "Lo que has bebido parece muy bueno, voy á probarlo yo á mi vez," ellos contestan: "Lo siento tanto, pero ya no queda nada;" y nos quedamos con la sed.

Ahora se entretenía en hacer frases, se las echaba de estilista, mientras yo decía para mis adentros: "Anda, anda, date prisa. ¡Qué me importa á mi tu sed, ni tu copa, ni tus labios!, ¡Ay! No había concluído: todavía tenía que hacerme otra relación. La dijo paseándose.

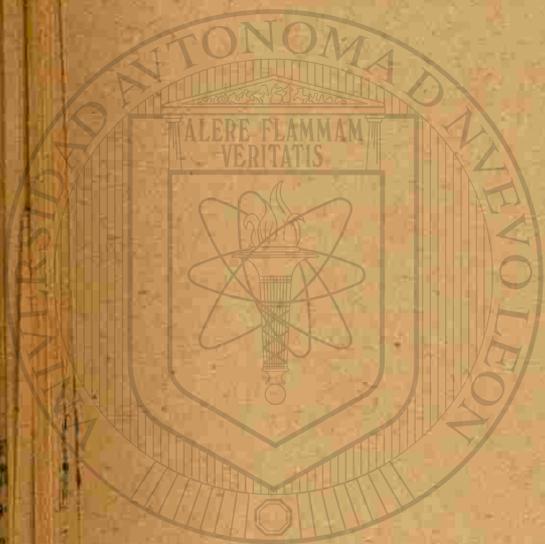
—Y decís, sin embargo, que ciertas mujeres —continuó— vacían la copa de la felicidad al mismo tiempo que sus amantes ó que sus maridos. Cada uno se lleva su parte. Ella no tiene nada que envidiarle á él. Están satisfechos el uno con el otro... Es cuestión de suerte, de estar en vena ó estar de malas. El amor se puede comparar á una mesa de ruleta: treinta y seis números y un cero. Una jugadora echa su dinero al azar á un número. Si sale, es feliz. Otra, por el contrario, pone cinco duros al treinta y seis. Éste no sale. Apuesta á un número más bajo, uno de los del centro, al quince, por ejemplo, y se dice: probemos los números bajos, y juega al tres.

Entonces viene el cero. ¿No es eso estar de malas? Pues bien, ahí tenéis precisamente lo que me sucede á mí; á pesar de todas mis tentativas, no puedo nunca apuntar al número que gana, al bueno, á mi número, en una palabra.

Esta vez, exhausta ya mi paciencia, no pude menos de decirle:

—Perdonad. Me habéis dicho que vuestra vida es tan entretenida como una novela, y deseando distraerme os he permitido que la relatéis. Pero una novela debe ir más deprisa. El autor no tiene el derecho de reemplazar los hechos con disertaciones que no se acaban nunca; os ruego, pues, que lo dejéis ó que entréis, desde luego, en la acción.

—Ya voy, señora—dijo ella.—Ya llego al millón del Barón de Virmeux.



Ahora estaba en pie, enfrente de una butaca, con la espalda apoyada en la chimenea, mientras que yo, por hacer algo, procuraba ocuparme en una labor de crochet.

—Creo que fué en una platea del teatrillo de Novedades donde vi por primera vez al Barón de Virmeux; estaba con el Marqués de B..., el cual me había sido presentado pocos días antes, en una fiesta dada en el hotel de una amiga mía. Yo estaba sola en la platea de enfrente á la que ocupaban aquellos caballeros. La señora de La Bére debía haberme acompañado, pero se había puesto mala en el momento de salir, y no me importó ir sola al teatro, porque iba convencida de encontrarme allí á alguien conocido. Me equivoqué: nadie en las butacas, nadie en los palcos, más que

el Marqués, el cual no parecía dispuesto á ir á saludarme. Yo lo deseaba mucho, á pesar de que no era por él, por más que sea muy guapo, sino por su amigo, á quien encontraba mucho mejor todavía.

Luisa se acercó más á mí y me dijo con mucha más familiaridad de la que se había atrevido á emplear hasta entonces:

— Imaginaos, Duquesa, un hombre de treinta y dos á treinta y cinco años, alto, delgado, de una perfecta distinción; una frente alta, despejada, ojos inteligentes de mirar muy dulce, nariz recta ligeramente acaballada, nariz de raza; una boca bien dibujada, un poco desdeñosa, adornada por un bigote rubio, espeso, y por una barba finísima, cortada en punta.....

Lo que más me llamaba la atención en él era su aire aristocrático, su figura distinguidísima, con un no sé qué particular, original, tal vez un poco salvaje: evidentemente un hombre de mundo, pero de una clase social muy superior á la que yo frecuento ó me frecuento á mí. En mi admiración, bien nueva por cierto... porque era la primera vez de mi vida que me extasiaba mirando una cara de hombre, puesto que encuentro á esos caballeros

muy feos en general y en particular también... en mi admiración, digo, pensaba para mis adentros: "Es un príncipe extranjero, ó algún Gran Duque, ó acaso un Soberano del Norte, que viaja de incógnito y á quien el Marqués de B... pasea por París. Bien podía ocurrírsele pasearlo por donde yo estoy. Lo recibiría con todos los honores que le son debidos.., Pero el telón bajó, comenzó el primer entre-acto, y ni el Marqués ni el Príncipe, Gran Duque ó Soberano salieron á los pasillos. Permanecían sentados en su platea de proscenio, sin parecer advertir que mis gemelos estaban fijos en ellos.

Esta indiferencia completa me turbaba. No estaba acostumbrada á ella desde que Blazac me lanzó. Sé que no soy bonita; pero, sin embargo, suelo producir viva impresión en los hombres. ¿Por qué? No lo sé; afirmo hechos.

Mi aspecto, las ventanillas de mi nariz siempre dilatadas y que se agitan como las aspas de un molino, parecen prometer mucho, según dicen. Tengo también, á lo que parece, algo magnético, hipnotizador, en los ojos; mi mirada atrae las miradas de los demás... Como esta vez no atraía ninguna, me dije: "Es pre-

ciso ayudarles, lucir todas mis habilidades, jugar el todo por el todo.,,

Jugarse el todo por el todo consistía en hacer la visita que en vano aguardaba que me hiciesen, pasando de mi proscenio al de enfrente. Un poco de aplomo me bastaba para ello, y yo tengo mucho.

Salgo de mi palco. Atravieso el pasillo. Llego á la puerta de la platea donde estaban encerrados los dos caballeros, y, con bravura, hice que me abriesen la puerta, como si estuvieran esperándome. Aquellos señores no pudieron disimular su asombro, creí observar hasta que fruncían las cejas. Sin embargo, como ante todo son hombres de buen trato, se apresuran á levantarse y me saludan: "Os ruego que perdonéis mi indiscreción, dije enseguida. Estoy sola allí enfrente, vosotros estáis solos aquí. Nos encontramos en un teatrillo, en un terreno neutral, donde son permitidas algunas pequeñas libertades, y he creído poder, Marqués, venir á recordaros que me debéis una apuesta.—¡Toma! ¡Es verdad! El otro día, en una reunión, hicimos una apuesta que yo perdí. Perdonad mi olvido.—¿Estáis dispuesto á pagarme hoy?—Ciertamente.—Pues bien, pagadme con el favor de presen-

tarme á este caballero..., y designaba á su compañero. Enseguida me cogió una mano, y con una sonrisa: "La señorita Melinita,," dijo. Esto no me satisfacía. "¿Y no me presentáis al señor?," dije yo. Tuvo un momento de vacilación, cruzó una mirada con... el otro, y acabó por decir: "Mi amigo el Barón de Virmeux.,," ¡Cómo! No era más que un Barón... Y yo que lo tomaba...

Jamás he sabido á ciencia cierta si me había equivocado ó no.

En todo caso, si tenía otro nombre, otro título, los ocultaba cuidadosamente. Yo hubiera podido procurar averiguar la verdad. Pero yo no tengo curiosidades inútiles, pequeñas, burguesas. Además, como no hubiese hecho que lo siguieran... Lo cual es un mal procedimiento y una cosa fea... ¿Á quién había de haber preguntado?

Jamás se encontró con nadie en mi casa, ni hombre ni mujer. Él tomaba sus precauciones, y yo tomaba las mías por complacerle. Teníamos también horas convenidas, á la caída de la tarde, cuando el barrio donde vivo está casi desierto... ¡Ah! Si me lo hubiera encontrado en la calle, en el Bosque, en el teatro, yendo yo con Blazac, que conoce á todo París,

pronto lo hubiese averiguado todo. Pero él, sin duda, procuraba no encontrarme en ninguna parte, y en cuanto á Blazac, no lo veía yo entonces.

Luisa Bauquet comprendía que le prestaba gran atención, lo cual aumentaba su deseo de brillar á mis ojos. Podía haberse ahorrado tanto trabajo; todas sus palabras ahora producían efecto, iban derechas á mi corazón.

—El telón había sido levantado durante la presentación—continuó ella,—y yo creí que podía permanecer en el fondo de la platea. Pero deseaba pagar la hospitalidad forzosa que me daban aquellos señores, y hacerme agradable á ellos con mi conversación, porque la oscuridad no me permitía reducirlos de otro modo. Peor para los cómicos que estaban en escena... Pronto eché de ver que empezaba á producir algún efecto en el Barón de Virmeux; se complacía escuchándome y parecía asombrarse al oírme hablar tan bien. Deduje de esto que no me había equivocado al juzgarlo un poco salvaje y acostumbrado á frecuentar una sociedad que no era la mía, la cual apenas conocía él. No se figuraba que una Melinita pudiera tener ingenio y conversar cuando quería, poco más ó menos, como... los

Baroncitos. Sin duda había hasta entonces mezclado, confundido, metido en el mismo saco, como se suele decir, á todas las mujeres que comercian con su amor, desde las comerciantillas al por menor, á precios fijos y reducidos, hasta las negociantes al por mayor, las comerciantes notables. Ignoraba que, bien lanzadas, colocadas de cierto modo, alternamos con lo mejor de París y del extranjero. Los que nos hacen la corte, acaban de darnos lo que nos faltaba al principio de nuestra carrera. Convengo en que moralmente todas valemos lo mismo. Convengo también en que no valemos gran cosa. Pero aparte la moralidad, no hay semejanza alguna entre las que llegan, las altas, y las pequeñas, las que nunca han de llegar á ninguna parte. Todas somos compañeras, pero tenemos diferentes grados. ¿Cuestión de dinero? No, por cierto. Si sólo se tratase de eso, los hombres serían verdaderamente tontos dando á cambio de amor, á ésta un puñado de pesetas... y exagero... y á la otra, un hotel... El Barón sin duda no se había hecho jamás estas reflexiones. De ahí su asombro al encontrar ingenio y buenas maneras en la señorita Melinita...

...Habíaseme puesto entre ceja y ceja hacer

que aquellos dos señores me acompañaran á mi casa, y tratándose de ellos no era esto cosa fácil. Después de una ligera vacilación, se decidieron, sin embargo, á acompañarme... desde lejos hasta un carruaje, y á montar conmigo en él, después de haber vuelto á vacilar de nuevo y de haber mirado mucho en torno suyo. Todo esto me indicaba que el Barón era casado y estaba muy sujeto por su mujer; el Marqués, el cual sabía yo que era casado, no tenía motivo alguno para hacer tantos aspavientos. Este pequeño descubrimiento no me desagradó: gusto de los obstáculos, las resistencias, y codicio el bien ajeno...

...En el camino, desde el bulevar de los Italianos hasta el Arco de Triunfo, donde yo vivo, trabajé para convencerlos de que debían tomar una taza de té en mi casa. Deseaba mucho enseñar al Barón de Virmeux un hotel que es muy bonito, y sobre todo deseaba brillar en el cuadro de mi casa, que me hace resaltar mucho. Acabaron por aceptar. Observé también con verdadero placer que el Barón fué el primero que se convenció. Es verdad que, sentada yo en el fondo del carruaje, á su lado, insistía poniéndole la mano sobre las

suyas. También le apretaba la rodilla, ¡oh! muy poco, muy inocentemente, como por descuido...

...Llegamos. Un criado y mi doncella estaban esperando... ¡Oh! Mi casa está muy bien montada... Doy mis órdenes, y me pongo á hacer los honores de la casa, que había sido iluminada de repente con luz eléctrica. Observaba yo de reojo al Barón, y vi que, aun cuando hartamente educado para mostrar admiración, se asombraba cada vez más. No, no se figuraba que una *cocotte*... sin duda es el nombre que allá en sus adentros me daba... pudiera vivir de aquel modo, sin lujo de mal gusto, sin demasiados dorados, entre muebles antiguos y de un sabor exquisito, mezclados con multitud de objetos de arte. Evidentemente me agigantaba yo ante él. Crecí todavía más cuando le hice pasar á mi comedor, severo, con muebles de roble, en el cual había preparada una cena de fiambres. Así comprendo yo el té después de medianoche...

...¿Cómo rehusar sentarse á mi lado? El Marqués, siempre recalcitrante, acaso pensó en ello. Pero el Barón, después de mirar discretamente la hora, para saber si podía aún disponer de algunos momentos, con pretexto

de que lo aguardaban en el Casino, se sentó al lado mío. Lo recompensé por ello con una amabilidad excesiva y de las más naturales. Me agradaba cada vez más, y acabé por encalabrinarle, como suele decirse. Él también se entusiasmaba, lo cual era muy natural, porque cuando un hombre ordinariamente juicioso hace una locura, no la hace á medias. Los maridos, accidentalmente separados de sus mujeres, se emancipan más que los solteros. El que se divierte todos los días, ya no se divierte con nada.,

¡Ah! ¡Pedante! ¡Bribona! Cansada de tanto hablar seguido, estaba ebria, por decirlo así, y charlaba, charlaba sin cesar, como si no hubiese de concluir nunca. No me ocultaba ninguna de sus reflexiones, ninguna de sus chabacanerías. Nerviosa, agitada, charlaba de continuo, mientras yo sufría horriblemente al pensar que mi marido había podido prendarse tan pronto, en tan poco tiempo, de una mujer de su ralea.

—Después de cenar —continó con tono alegre— pasamos al salón. Allí desplegué todas mis gracias. Conozco todas las cancioncillas en boga, y no las canto mal: con voz afinada, de buen timbre y vibrante. Sobre todo, las de-

tallo con mucho arte. Sé acompañarlas de miradas expresivas y de ademanes elocuentes... Paulus me ha oído, y dice que haría mi fortuna en los cafés cantantes... Pero no tengo necesidad de eso, porque mi fortuna está hecha, gracias al Barón. En resumen, cuando aquellos señores se marcharon, á eso de las tres de la madrugada, estaban completamente entusiasmados conmigo, hasta el mismo Marqués; pero sobre todo, su amigo.

Sin embargo, al día siguiente esperé en vano al Barón, á quien yo había arrancado la promesa de que iría á verme.

Al otro día, la misma espera, con idéntico resultado.

Empezaba ya á impacientarme. Me había impresionado más de lo que yo creía. No era solamente su cabeza, hermosa en verdad, sino su distinción y su figura lo que me entusiasmaba. Era también el ingenio exquisito de que había dado muestras durante la cena, cuando yo le dejaba meter baza en la conversación. Cierta inocencia, cierta sencillez, me encantaban también en aquel hombre grandemente inteligente, al cual yo sola era capaz de tener por inocente y sencillo... y no volvía, se me escapaba, él, que era el único que podía

hacerme variar de opinión acerca de los hombres, y hacer que me arrepintiese de haberlos desdeñado hasta entonces.

Transcurrieron ocho días. Al fin me entregaron una carta muy abultada. Contenia diez billetes de á mil francos cada uno, y una es-
quela que no olvidaré jamás.

“El Barón de Virmeux ruega á la señorita Melinita que lo reciba hoy de cuatro á seis, y que acepte la cantidad que es adjunta, como indemnización por el tiempo que tenga á bien perder con él.”

XXII

Por su emoción al relatarme el contenido de aquella carta, por la cólera que mostraba, cualquiera hubiese creído que acababa de recibirla y de leerla. Y lo más curioso es que quería que yo tomase parte en su disgusto y que me indignase como ella.

Acurrucada enfrente de mí, en pie, con el cuerpo encogido y echado hacia delante, con las manos apoyadas en el veladorcito que había entre ella y yo, Luisa Bauquet me decía con voz entrecortada y febril:

—Vamos á ver, señora, sed juez. ¿No era abominable esa esquela del Barón de Virmeux? ¿Tenía el derecho de insultarme así, de tratarme como á una mujerzuela, á mí, que acababa de recibirlo lo mejor posible en mi casa, honradamente, sí, honradamente? ¿No debía juzgar-

hacerme variar de opinión acerca de los hombres, y hacer que me arrepintiese de haberlos desdeñado hasta entonces.

Transcurrieron ocho días. Al fin me entregaron una carta muy abultada. Contenía diez billetes de á mil francos cada uno, y una es-
 quela que no olvidaré jamás.

“El Barón de Virmeux ruega á la señorita Melinita que lo reciba hoy de cuatro á seis, y que acepte la cantidad que es adjunta, como indemnización por el tiempo que tenga á bien perder con él.”

XXII

Por su emoción al relatarme el contenido de aquella carta, por la cólera que mostraba, cualquiera hubiese creído que acababa de recibirla y de leerla. Y lo más curioso es que quería que yo tomase parte en su disgusto y que me indignase como ella.

Acurrucada enfrente de mí, en pie, con el cuerpo encogido y echado hacia delante, con las manos apoyadas en el veladorcito que había entre ella y yo, Luisa Bauquet me decía con voz entrecortada y febril:

—Vamos á ver, señora, sed juez. ¿No era abominable esa esquila del Barón de Virmeux? ¿Tenía el derecho de insultarme así, de tratarme como á una mujerzuela, á mí, que acababa de recibirlo lo mejor posible en mi casa, honradamente, sí, honradamente? ¿No debía juzgar-

me por lo que yo había dicho y había hecho desde que nos conocimos? ¿Qué diría si le hubiese yo recibido en una de esas casitas donde á la primera ojeada que se dirige á los muebles, á sus accesorios, se sabe quién la habita y se clasifica á la que vive allí! Pero hábiale abierto de par en par mi hotel. ¡Una morada de artista ó de mujer de mundo, y no de vengadora! ¿Fueron mis modales ó mi lenguaje los que delataron mi verdadera condición? No, ciertamente. Fui amable, demasiado amable, hasta coqueta; pero si todas las mujeres culpables del pecado de coquetear hubieran de ser tan mal juzgadas, tan mal clasificadas, ¡qué pocas se escaparían de esa clasificación!... Pues entonces, si las apariencias me abonaban, si nada en la conducta por mí seguida con él me acusaba, ¿por qué se permitió mandarme dinero? ¿Se lo había yo pedido?... ¡Y esa cita, esa cita de la cual precisaba de ese modo el objeto!... ¡Oh! No cabe equivocación: la cosa estaba clara... Señalaba su hora en plena tarde, antes de la comida... No parece sino que todas las horas son buenas para mí, de día ó de noche. "Me recibirás de cuatro á seis. Dos horas de tí me bastan. Debes estar dispuesta á amarme. Te pago ade-

lantado para que no tengas nada que reclamar, y te pago con regia largueza para ser bien servido, para que no se me haga esperar. Tengo prisa...," Pues bien, señor mío, yo no tengo ninguna. Vuestra majestad lo ha de ver. ¿No sabe esperar? Pues yo le enseñaré... y le deseo que no tenga que esperar siempre.

...¡Y era el primer hombre que me gustaba, á quien yo deseaba! Sí, imaginábame haber ganado un pleno á esa ruleta, á esa lotería del amor de que hablaba hace poco. Probablemente estaba equivocada, y no con más que medio pleno, ó con caballo ó lo que había acertado. Pero lo creí el primer premio porque siempre se mira al hombre amado con cristal de aumento, que lo agranda, le da más valor y puede transformar á un enano en un gigante, á un pigmeo en un Hércules. ¡Hércules! Sí, yo era capaz de tomarle por ese dios, el cual acaso me hubiese hecho olvidar las diosas á quienes he adorado hasta ahora. ¡Oh! Pero ya no variaré de culto, quemaré el mismo incienso delante de los mismos ídolos, puesto que el dios al cual quería adorar me insulta, antes de que me haya arrodillado á sus plantas. ¡Ah! ¡Qué gran favor me ha hecho tratándome así! ¡Qué nueva fuerza voy á ad-

quirir! Temí sucumbir á la tentación, abjurar, amar á un hombre y sufrir por él. Ya nada temeré cuando haya resistido las tentaciones de éste, que es el único que he encontrado seductor. Y las resistiré. Me conozco. Mi orgullo herido, un primer amor insultado, no perdonarán jamás, por grandes y vehementes que sean mis deseos. Él será el que no pueda resistirme: no se resiste á la melinita. Hará su obra lentamente. ¡Y mis intereses, que había estado á punto de olvidar! ¡Cuánto van á ganar con esta resolución mía! ¡Qué buen negocio! ¡Ah! ¡No soy más que una cortesana! Pues bien, en estos tiempos las cortesanas piensan en su porvenir, se preparan para la vejez, ó sin remontarse tanto, reúnen rentas para vivir lo más pronto posible á su gusto, sin el concurso de los hombres. Si me hubiera enamorado de tí, Barón, como ha estado á punto de suceder, no hubiese visto más que tus diez mil francos, porque te hubieras marchado diciendo: "He querido conocer á esas criaturas. Ya las conozco, y me basta. No volveré más....", Pues bien, sí, volverás, amigo... y muchas veces... y amenudo... y contigo está asegurada mi fortuna... ¡Oh! Te he vencido. Un hombre que, después de haber

resistido ocho días á un capricho, da diez mil francos por satisfacerlo, llegará á dar cien mil más, si no satisfizo ese capricho, si lo agujoneó, si lo transformó en pasión.

Y persuadida de que no me equivocaba, sin vacilar siquiera, escribí estas palabras:

"La señorita Melinita está á las órdenes del Barón de Virmeux, hoy á la hora indicada. Pero él no conoce la divisa: "Nada ó mucho." Puede escoger el Barón."

Metí esta esquila en un sobre, encerré en él los diez mil francos, y ordené á mi doncella que se lo entregara al Barón cuando fuese á las cuatro. Luego esperé... ¡oh!... á pie firme... segura de la victoria. Con él no corría yo ningún riesgo. Al recibir mi carta, un verdadero parisiense hubiera guardado los diez mil francos en la cartera, hubiese entrado en mi casa para pasar dos horas en ella, y por la noche me habría mandado un ramo de flores con estas palabras: "¡He escogido, gracias!". Pero el Barón es un parisiense de un París menos ingenioso, más serio, más formal, más altivo. No admitirá que una mujer como yo le haga una limosna: los diez mil francos se aumentarán.

Á las cuatro y cuarto mi doncella entró á

decirme: "El Sr. Barón acaba de marcharse, señorita.—¿Le has dado mi carta?—Sí, y la ha leído inmediatamente.—¿No ha dado respuesta?—Sí; ruega á la señorita que tenga la bondad de esperarlo. Volverá dentro de un momento.,"

Triunfaba yo: decidido á satisfacer su capricho á todo trance, resuelto á terminar conmigo, y no llevando en el bolsillo una gran suma, se había ido á buscarla.

En efecto, veinte minutos después se presentó de nuevo. Introdujéronle en mi tocador, donde yo le esperaba en un traje adecuado á las circunstancias. Acercóseme con cierta cortedad... ¡Oh! En aquel momento estaba yo severa. No lo veía como lo había visto antes... Luego, dejando un rollo de papeles sobre la chimenea: "Ahí tenéis, me dijo, cincuenta mil francos en títulos al portador, que fácilmente se cambian por billetes de Banco. No tenía bastante dinero en casa, y temía haceros esperar.—Muy bien, Barón, contesté sonriendo," mientras con la mirada le indicaba un sitio á mi lado.

Melinita se detuvo, dirigióse hacia uno de los balcones que daban el jardín y que estaban abiertos de par en par, respiró durante uno

ó dos minutos... lo necesitaba mucho... y volviendo cerca de mí, que permanecía inmóvil y silenciosa, me dijo:

—No pretendo, señora, mostraros todas las fases de mis relaciones con el Barón de Virmeux. Sería eso demasiado largo, y tal vez hartó delicado para que yo lo relatase con todos sus pormenores. Creo además haberos indicado ya el plan que pensaba seguir: acariciar, halagar la manía del Barón, sin ceder á sus exigencias, transformar esa manía en idea fija, llevar poco á poco al enfermo á perder la cabeza por mí, conservando yo la mía. En una palabra, agujonear su capricho, exasperarlo sin satisfacerlo. Pero siempre al abandonarlo á la mitad del camino, á la vista del puerto, conservarle la esperanza de hacer pronto la otra mitad del viaje y de llegar al término por él deseado.

Á primera vista esto parece difícil, casi imposible; cualquiera se pregunta cómo un hombre tal como el que yo he descrito, alto, fornido, no da cuenta enseguida de una débil mujer como yo. Basta para comprender esta rareza haber estudiado un poco el sistema nervioso de esos caballeros. Los obstáculos, las resistencias, las prolongadas esperas tienen la pro-

piedad de enervarlos, de debilitarlos. Su deseo de triunfar es cada vez más ardiente, pero los medios de ejecución les faltan. Á regañadientes se dicen "mañana," y al otro día sucede lo mismo, ó peor, porque recordando su derrota de la víspera, temen el mismo resultado, la imaginación se mezcla en el asunto, y se enervan más. Se parecen á un ejército que se ve derrotado con frecuencia. Arde en deseos de tomar el desquite, pero como ha perdido la fuerza moral, cada nueva batalla se convierte en un nuevo desastre.

Observad, señora, que á nadie pueden culpar más que á sí mismos. No es culpa de la mujer, ó por lo menos no parece que lo sea. Lejos de mostrarles frialdad, mala voluntad... lo cual sería una torpeza, porque se explicarían enseguida sus derrotas y no se expondrían más á ellas, diciéndose: "Me han fastidiado," y no volviendo más... la mujer debe, por el contrario, mostrarse amable, expansiva. Debe hacer como si se complaciese mucho en los preliminares, en las escaramuzas, y como si quisiera prolongar la situación por su propia conveniencia. La exposición de la obra, su prólogo, sus primeros actos parecen sumirla en tal deleite, que expreso retrasa el último acto, el

desenlace. Sino que lo retrasan tanto, tanto, que el actor, el protagonista, lleno de cansancio, agotado, renuncia al desenlace, y el telón cae y las luces se apagan antes del final de la obra. La mujer hábil va más allá todavía, prolonga la comedia; ella es la que se queja. Primero el asombro: "¡Cómo! ¡Vos! ¡Y yo que creía!..." Luego desilusión. Enseguida la cólera: "¡Qué afrenta! ¡qué afrenta! ¡Es la primera que se me hace!," Luego los celos: "¡Ah, no me amáis! ¡Si me amaseis no me vería humillada así! Debéis tener otra amante. Cuando venís á verme salís de su casa. Bien se ve." Finalmente el dolor, las lamentaciones: "¡Qué suplicio! ¡Quiere una ser vuestra, y no lo consigue! Palabras dulces, besos, caricias que enloquecen, y luego nada, nada, se acabó... ¡Ah, no sois un hombre!,"

Esta última queja, este grito de dolor de un corazón insaciable produce grandísimo efecto. Cuando se han dado amenudo pruebas de valor, enfurécese cualquiera al oír decir que no se es un hombre. Los que en efecto no lo son, aprovechan la oportunidad para no serlo; una dolencia como otra cualquiera. El cojo de nacimiento, ó por consecuencia de una desgracia, acaba por consolarse. Pero si decís á

un hombre que cojea, sin saber por qué, á causa de estar muy cansado, ó porque le aprietan las botas: "Sois cojo," se subleva contra esa injusticia, y jura hacer hasta lo imposible para andar como todo el mundo.

El Barón ha hecho hasta lo imposible sin resultado alguno, y para calmar mi descontento, para hacer menos vivo mi dolor, y también, según la desdichada frase de su primera carta, para indemnizarme el tiempo perdido... ¡oh! ¡y tan perdido!... me llevaba á cada instante fajos de papeles, nuevas acciones, obligaciones, títulos al portador. Yo le habia recomendado graciosamente de una vez para siempre que no se tomara el trabajo de venderlos, de hacerlos dinero... "Los billetes de Banco, decía yo, se gastan con facilidad. Prefiero esos valores, que conservaré como recuerdo vuestro." Es preciso con los hombres hacerse un poco la sentimental y mezclar las cosas de interés con las del corazón. Siempre se dejan engañar, y de esa manera se les tiene más seguros.

No creo, sin embargo, que el Barón me quisiera mucho. Pude comprender, sin que jamás me dijese una palabra acerca de esto, que allí, en el fondo de su corazón, existía un afecto

profundo, un amor verdadero. Entonces, ¿por qué buscarme tanto? ¿Por qué empeñarse en mi conquista con verdadero encarnizamiento? ¿Quién lo sabe? La curiosidad de un hombre que no tiene gran experiencia de la vida, de un inocente grande, como yo creo que él lo era, tiene mucha importancia, más importancia cuanto más inteligente es. Según él, debía yo estar hecha de otro barro, de otra carne diferente á la de las mujeres de su clase, á la de su mujer, sin duda alguna. Creía, tal vez, que las sacerdotisas del amor tenían ciertas prácticas que era bueno conocer, y que encontraría en mi lo que no hallaba en su casa. Un rapto de terquedad, una ráfaga de locura también, de esas que padecen alguna vez en la vida los hombres más juiciosos del mundo. Desapareció la locura, y entonces vino aquel capricho á complicarse con el amor propio; siguió la cólera con un invencible afán de salir victorioso, de mostrarse tal cual era, de no consentir que una cortesana como yo se diese aires de mujer ofendida con un hombre como él. Tal vez también... ¿por qué no?... el deseo de aprovechar su dinero, no por el dinero mismo... era demasiado gran señor para eso... sino el despecho de haberlo gastado

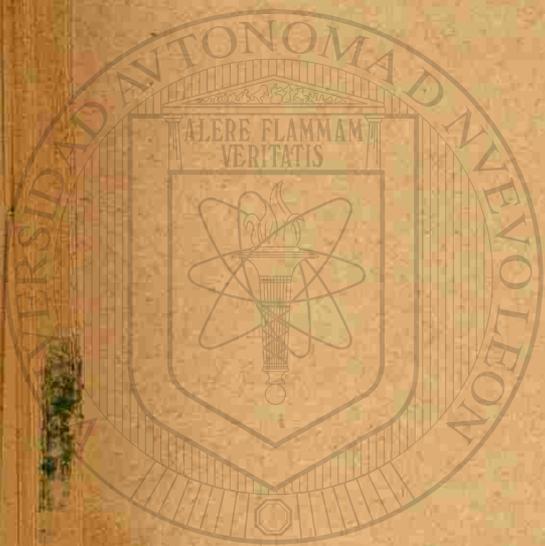
inútilmente... Y esa calentura del jugador que, por cobrar lo que ha perdido, juega y arriesga y pierde un millón, para volver á ganar diez mil francos.

Eso, y nada más que eso, le sucedió. No, jamás me ha amado. Sólo ha tenido curiosidad, deseo de poseerme. Luego sintió terquedad, pero una terquedad llevada hasta los últimos límites. Si yo le hubiera dicho: "Me poseerás, me poseerás al fin," hubiera consentido en todo, hubiera yo hecho de él lo que me hubiera venido en antojo... ¡Ah! No necesitaba ni siquiera prometerle nada. El temor de que se le cerrase mi puerta antes de que él consiguiera su propósito, el temor de verse obligado á marcharse humillado, y hambriento todavía, lo hacía humilde, lo sometía. Yo, la antigua doncella de labor, me hacía servir por aquel señor encopetado, á quien había creído un Rey, y el cual era tal vez un Príncipe. Yo me burlaba de aquel hombre de talento, de aquel hombre verdaderamente superior. ¡Creo que un día hasta me atreví á insultarlo, á pegarle! Al día siguiente volvió, llevándose lo que me faltaba para un millón, cien mil francos en varios valores. "Se acabó, me dijo; ni puedo, ni debo ir más allá." Luego vino su

última batalla, y como de costumbre, quedó derrotado. Después se marchó, y no he vuelto á verlo.

Varias veces, desde entonces, me he preguntado si se mataría. Nada tiene eso de imposible, porque no sería el primero que se hubiera suicidado por mí. Por algo me llaman Melinita. Pero hace poco vi al marqués de B... "¿Qué se ha hecho el Barón de Virmeux? le pregunté.—Ya no vive en París. Ha vuelto á su país.—¿Lejos?—¡Oh! ¡Muy lejos!, y me volvió la espalda. Me odia, sin duda, por haberle comido un millón á su amigo, por haberlo arruinado tal vez... Hé ahí, señora, el relato de mis relaciones con el Barón de Virmeux. Hecha mi fortuna, vivo desde entonces como quiero, sin más regla que mis gustos."

Estas palabras llegaron á mis oídos en el momento en que salía bruscamente del salón, para huir de aquella miserable, que no podía decirme nada que yo no supiera.



¿Qué esperaría relatándome su triste historia? ¿Que le agradecería yo su franqueza, su cinismo, y que la conservaría por lo tanto á mi servicio? ¿Que una vez habiendo oído sus confidencias, no me atrevería á echarla á la calle? ¡Cómo se equivocaba! La echaría aun cuando el Barón de Virmeux no hubiese sido mi marido.

Pero lo era, se llamaba el Duque de X. ¿Debe bastarme, debo contentarme con echar de mi lado á la que lo mató?

Porque ya no puedo dudar: ella lo ha matado lentamente, cobardemente. Murió de vergüenza por haberla amado, de enervamiento por no haberla poseído, y tal vez, tal vez de deseo. Sí, el deseo que ella le había inspirado, y que sin duda conservó siempre. Se diría:

“Tal vez vuelva. Tal vez me envilezca de nuevo. Tal vez acabe por arruinar á mi mujer, y para eso, vale más morir.” Y se acostó para morir, con la esperanza de que la enfermedad, la fiebre bastarían para concluir con su agotado cuerpo; con la esperanza de apagarse dulcemente, sin estrépito, como había vivido, siendo siempre un caballero; con la esperanza de llevarse á la tumba el secreto que tanto guardaba. Pero la muerte no venía con la suficiente prisa, sobrevino el delirio, que exasperó su sufrimiento, la vergüenza, sus temores, y... se mató.

Eso, eso ha sido, y hoy, cuando el tiempo transcurrido ha calmado mi cólera para dar lugar solo á mi dolor, yo lo perdono: ha debido sufrir mucho, con el corazón que tenía. Ese corazón ha sido siempre mío, como ella adivinó. ¿Que no ha adivinado? Él para conmigo sólo es culpable de un momento de curiosidad insana, excusable acaso por lo mismo que toda su vida fué exageradamente juicioso. Lo interno de esa curiosidad se explica tan bien como ella lo ha explicado. ¿De qué me serviría ser tan inteligente como dicen, haber querido saberlo todo, cernerme por encima de lo vulgar, si conservase un criterio estre-

cho y una severidad exagerada, si me negara á comprender ciertas debilidades humanas, si no supiera perdonarlas?

Pero lo que no perdono es la astucia infame, la crueldad, el despojo... sí, el despojo, porque esa mujer ha robado un millón después de meditar friamente su crimen. Perdono el daño que me ha hecho; pero jamás el daño hecho á aquellos á quienes amo. No perdono... Pero eso no es más que una palabra vana, puesto que nada significa. ¿Qué le importa mi perdón? ¿Le sucederá algo porque yo se lo niegue? Bien se reirá ella de mi odio. ¿Qué puedo hacerle? ¿Cómo puedo mortificarla? Ha entrado á mi servicio, según ha dicho, para conocer lo que es una dama de la aristocracia. Pues tal vez ya lo conoce, y se irá tan satisfecha.

¡Cuando pienso que todavía no se ha marchado, que aun vive bajo el mismo techo en que él vivió tanto tiempo! ¡Él! ¡Qué pérdida, qué pérdida tan grande!

Llamo, mando que venga mi mayordomo y le doy órdenes acerca de Luisa Bauquet... Luego salgo. Tengo necesidad de respirar, de hacer ejercicio.

Durante dos paseos por el parque, cuando

vuelvo á mis habitaciones, mi cabeza continúa tan calenturienta y mi espíritu tan turbado como estaba antes.

Un paseo con otra persona cambia el curso de las ideas. Se ve una obligada á escuchar y á responder. Hasta las más frívolas vulgaridades ahuyentan la idea que nos atormenta. Á veces no podemos remediarlo, y confiamos nuestros secretos, nos desesperamos, lloramos, pedimos consejo, y amenudo, al regresar, nos sentimos tranquilos. Pero el paseo solitario no da ningún consuelo. El cerebro continúa sobrecitado, las ideas siguen siendo las mismas. La fatiga del cuerpo no logra modificarlas. Pues qué, ¿el loco no camina sin cesar, no da vueltas continuamente por el mismo sitio, sin perder su idea fija? La mía la llevaba yo conmigo al salir á paseo, y conmigo volvió, absorbente, imperiosa: ¡vengar á mi marido!

Sin embargo, me disgusté mucho cuando supe que Luisa Bauquet estaba todavía en mi casa. Debía, por el contrario, haberme alegrado; si se iba, se me escapaba y no podía vengarme de ella.

—¿Por qué no habéis cumplido mis órdenes?—pregunté al mayordomo.

—Las he cumplido, señora Duquesa. Todo ha quedado arreglado con la señorita Bauquet; pero me ha hecho observar que el primer tren para París no sale hasta las doce de la noche, y ha pedido que se le permita esperar aquí la hora de irse.

—Ha podido esperarla en una fonda... ¡En fin!... ¿Está en su cuarto?

—Sí, señora Duquesa; creo que está haciendo el equipaje.

Comí á la hora de costumbre, ó mejor dicho, me senté á la mesa con el estómago tan metido en un puño como tenía el corazón. Luego volví á pasear por el parque, siempre perseguida por la misma idea fija.

Á eso de las ocho y media, ya volvía yo hacia mis habitaciones, cuando al entrar en una alameda, vi de pronto á Luisa Bauquet. Se acercó á mí muy rápidamente. Quise volver atrás, huir, pero ella me alcanzó.

—Por Dios, señora Duquesa, escuchadme.

Aquella aparición, en medio de la oscuridad de la noche, aquel paso rápido, aquella voz entrecortada, me asustaron un poco. No quise que conociera mi miedo, y le dije:

—¿Qué deseáis?

—Quiero, señora, suplicaros que no me

echéis á la calle inmediatamente. No es justo hacerlo. ¡No, no es justo! ¿Qué falta he cometido para eso? Parecía que deseabais conocer mi vida; os la he dicho francamente, sin mentiras, sin reticencias. Fácil me hubiera sido retratarme mejor de lo que soy, presentarme bajo otro aspecto, ocultaros muchas cosas que el propio Sr. de Blazac no ha podido decir, porque no las sabe. Y no he querido hacerlo. Mi confesión ha sido completa...

—Porque os vanagloriais de ella—dije interrumpiéndola con voz tan entrecortada y nerviosa como la suya.—Creisteis deshonrarme con el relato de vuestras hazañas, obligarme á admirar vuestra habilidad, vuestra perversión, vuestra experiencia de los hombres, las ventajas que de ella pueden ser sacadas, hasta dónde puede llevarseles: ¡hasta la desesperación, hasta la locura, y la muerte!

—No: he confesado mis faltas para haceros comprender al mismo tiempo mi deseo de expiarlas.

—Expiadlas, si la conciencia os lo exige, pero lejos de mi casa. Ésta no es un asilo de cortesanías arrepentidas. Volved á la de la se-

ñora de La Bére. Paréceme que las dos estáis hechas para comprenderos.

Melinita levantó bruscamente la cabeza y:

—¡Hechas para comprendernos!—exclamó.—¡Luego lo habéis entendido!

—¿Entendido, qué?

—Que nos habíamos amado.

—¿No me lo habéis dicho?

—No, no me atreví.

—¿Qué tiene eso de particular? Habéis sido su doncella; pero vuestro millón os igualó, y acaso la amistad ha reemplazado al respeto.

—¡Oh! La amistad entre mujeres es muy rara. Sólo el amor puede existir.

—¡El amor! Pues qué, ¿una mujer puede enamorarse de otra? Decididamente, estáis loca.

Había yo pronunciado estas palabras sin darles gran importancia, sin creer en su locura, y sin embargo, después de haberlas dicho, retrocedí asustada: sus ojos brillaban en la oscuridad, que en aquel momento era completa; me miraba fijamente, con la cabeza y el busto inclinados hacia mí, con el pecho oprimido, jadeante.

Quise huir. Ella me cogió las manos, las estrechó nerviosamente y me retuvo en el mis-

mo sitio. Luego, acercándoseme todavía mucho más, hablándome al oído, caldeándome con su aliento:

—No, no estoy loca. ¿Por qué no se ha de enamorar una mujer de otra? ¿Por qué ha de tener el hombre sólo el privilegio de ser amado por nosotras? ¿Vale más ni tanto como la mujer? ¿Es capaz de entregarse, de sacrificarse, de inmolarse como ella? Cuando se trata de satisfacer su capricho, su fantasía, su materialidad, palabras muy bellas ó dinero Cuidados, atenciones, el deseo constante de agradar, de buscar todo lo que puede satisfacer, de evitar una molestia, un dolor, de sufrir en lugar nuestro, de morir, si es preciso: eso no lo hace él, ¡jamás! ¿Es demasiado personal, demasiado egoísta para esas cosas! Todo lo que hacemos, se le antoja que lo merece. En su concepto, nada le damos: no hacemos más que pagarle su tributo. Se cree nuestro rey, el rey de la creación. ¡Pobre amo! Verdaderamente no reina más que cuando nosotras queremos, cuando lo conducimos de la mano para evitar que resbale y caiga. ¿Ve los peligros del camino? No, no hace más que andar á ciegas. ¿Se ocupa en las molestias, en las dificultades de la vida cotidiana? No, eso es

cosa nuestra. Él se divierte ó trabaja para recoger flores por el camino, al que nosotras hemos quitado los abrojos... Y físicamente, ¿lleva alguna ventaja á la mujer? ¿Qué podemos esperar de él? Hijos, es decir, el deshonor y la vergüenza para algunas, y para todas el dolor. Cuanto al placer, ¡qué bagatela! Cuando joven, sólo piensa en él ó no piensa en nada. De más edad, alguna vez piensa en nosotras; pero no mucho más. No es culpa suya, porque sólo nos conoce superficialmente, como si dijéramos, de oídas. Sólo nosotras podemos conocernos bien.

Hice un nuevo esfuerzo para libertarme de sus puños nerviosos, pero no conseguí hacer que me soltase. Entonces exclamé:

—Dejadme, ó llamo.

—Llamad. ¿Qué me importa, si debo marcharme dentro de una hora? Vuestros criados no me echarán más ignominiosamente de lo que ya lo han hecho, pero antes que vengan os habré dicho por qué he entrado en vuestra casa, por qué me he hecho criada vuestra, esclava vuestra, por qué os ruego todavía que no me despidáis... Es que os amo como no he amado jamás... ¡Os adoro! ¡Oh! No os asustéis. Os encuentro la más hermosa de las cria-

turas de Dios. No sois una mujer, sois una diosa. Daría todo lo del mundo por besaros libremente los pies y las rodillas. Pero os adoro también por vuestro talento, vuestra inteligencia superior, vuestra virtud y hasta por vuestra frialdad y vuestros desdenes... No, no es amor lo que os tengo, sino adoración. Consentiría en serviros toda la vida, sin tocaros, arrodillada á vuestros pies... Me moría de deseos de deciros todo esto, y jamás me he atrevido. Ya veis cuánto os respeto. Si os lo digo hoy, es porque he perdido la cabeza, porque me he vuelto loca; sí, loca, como decíais ahora mismo, á la idea de separarme de aquí, de no veros más, de no oiros, de no vivir á vuestro lado. ¡Tened compasión de mí! ¡Por Dios, tened compasión de mí! ¡No me echéis!

¡Luego era verdad! Ya no me estaba permitido dudar de esa cosa monstruosa, en la cual mi pensamiento no se había atrevido nunca á detenerse, á pesar de algunas frases sorprendidas, de algunos libros apenas hojeados y rechazados enseguida: ¡una mujer podría enamorarse de otra! ¡Y yo, yo inspiraba ese amor monstruoso, sacrílego!

Tal esfuerzo hice, que esta vez me despren-

dí de sus manos. Podía huir: ella no se atrevía ya á tocarme y permanecía inmóvil, silenciosa, encorvada bajo el peso de mi cólera, que no podía pasar inadvertida. Y sin embargo, no huí: una idea imposible, monstruosa también como su pasión, me había venido á las mientes. Procuré rechazarla, y no lo conseguí. Perseguida como había estado durante muchas horas por la misma idea fija: ¡vengarlo, vengarlo á él! Me había vuelto loca como ella... De pronto, acometida por la fiebre:

—¿Qué disteis al Barón de Virmeux—pregunté—á cambio de todo cuanto os dió?

—Nada.

—Entonces, cuando os llevaba veinte ó cincuenta mil francos, no hacía más que pagar vuestra hospitalidad algunas horas pasadas en vuestro hotel.

—Eso es. Pero no comprendo...

—Si—continuó,—dos ó tres horas pasadas al lado de la señorita Melinita valían cincuenta mil francos. ¿Cuánto valdrían ocho días pasados junto á la Duquesa de X.?... Fijadlo vos misma, después de haceros bien cargo de la diferencia. Creo que salta á la vista que una mujer como yo debe ser más cara que una

como vos. ¿Sería mucha exigencia pedir cien mil francos?

—Cien mil francos... ¿Por qué?

—Por nada. Como con el Barón, puesto que acabáis de decirlo. La hospitalidad solamente. Os despedía sin concederos ocho días de estar aquí, y ahora os los concedo.

—¿De modo que volveré á ser vuestra doncella?

—Sí.

—¿Y cuando pasen los ocho días?

—Estaréis en libertad de marcharos, ó de entregar otros cien mil francos por otra semana, hasta el completo agotamiento del millón. Así podréis tirar hasta el invierno.

Ella se aproximó para verme, para leer en mis ojos si hablaba seriamente, ó si estaba burlándome. Pero la oscuridad era muy densa. Entonces me dijo:

—¿Sin duda deseáis esa cantidad para los pobres, señora?

—Eso no os importa... Vaciláis. Supongamos que nada he dicho.

—No vacilo. Acepto. Esta noche misma os entregaré cien mil francos en valores, señora Duquesa.

—¿Los tenéis aquí? ¿Viajáis con ellos?

—Es más prudente que dejarlos en París.

—Bien.

Me dirigí á la casa sin añadir una palabra y ella siguió á mi lado, silenciosa también. Vacilaba todavía, y lo comprendo. ¡Era duro separarse de una fortuna tan penosamente adquirida! Ciertamente sólo daba una parte de ella, la décima, y que esperaba que, una vez transcurrida la primera semana, se quedaría en mi casa sin hacer nuevos desembolsos. Acaso hasta creía que pronto, contagiada por su amor, comprendiéndola mejor, participando de él, le suplicaría que se quedara, y á mi vez le pagaría. ¿Cómo, si no, suponer que, en mi posición y con una fortuna, pensara seriamente en despojarla de la suya? Para razonar de otro modo, hubiera sido necesario conocer los lazos que me unían con el Barón de Virmeux, adivinar que sólo tenía un pensamiento: ¡vengarlo, castigarlo! Para empezar, y aguardando mejor ocasión, la emprendí con su dinero, con su avaricia de mujer de vida alegre... Después ya vería yo, por qué no sólo había robado, sino que había matado también... y el Código castiga el asesinato con pena de muerte.

27 de Julio.

A eso de las diez de la noche entró en mi alcoba, donde me había yo retirado á escribir las páginas que anteceden. Tenía en la mano un sobre bastante abultado, el cual me entregó.

—¿Qué es esto?

—Los cien mil francos.

—Dejadlos encima de la mesa y retiráos. Hasta mañana por la mañana no volveréis á vuestras tareas.

Ella se retiró sin contestar. La Melinita volvía á ser Luisa Bauquet.

Cuando estuve sola me dirigí á la chimenea, cogí el sobre y lo abrí. Eran, en efecto, los valores inscritos en mi carta de dote consignada en mi contrato matrimonial, la desaparición de los cuales había hecho observar mi notario. Volvían á mí ajados por la mano de aquella mujer pública, sucios por su contacto. ¡Oh! ¡Ya no ajaría, ya no ensuciaría nada más de lo que hubiera tocado mi marido! Estaba perdido para ella... Pero no lo estaría para todos los demás.

Al día siguiente por la mañana, hice que me llevase mi carruaje á la ciudad, á casa del que es mi médico cuando vivo en las Ruinas, el doctor Filliette, hombre de talento y muy amable, quien no sólo cura á los habitantes de Boloña, cuando están enfermos, sino que también se ocupa en sus intereses, los cuida, administrativamente hablando.

—¡Usted, Duquesa, en mi casa! ¿Por qué no me ha llamado?

—Porque no necesito al médico. Vengo á ver al Concejal del Ayuntamiento, á una de las autoridades de este pueblo.

—Autoridad bien modesta. ¿Qué puede hacer por la Duquesa de X...?

—Puede V., en primer lugar, querido doctor, darme algunos pormenores sobre la catástrofe del 14 de Octubre último. Debe estar aún bien presente en su memoria.

—¡Ya lo creo! Jamás se había visto otra tan terrible. Toda una escuadrilla de barcos pescadores tragada por el mar del Norte, entre las costas inglesas y las de Holanda.

—Boloña y el Portel fueron los pueblos que más sufrieron, ¿no es cierto?

—Sí, perdimos doce lanchas: seis de Boloña y seis de Portel.

—¿Cuántos marineros las tripulaban?

—Unos doscientos cincuenta: diez hombres en cada barca y dos grumetes. Nadie se salvó. El mar fué inexorable aquel día.

—¿De modo que quedarían muchas viudas y muchos huérfanos?

—¡Ay!

—¿Se ha logrado remediar su miseria?

—Bien poco, y sin V., señora, que tanto nos ayudó... Parece que lo ha olvidado.

—Dejemos lo pasado, amigo mío, por favor, y hablemos del porvenir. Un amigo me ha remitido cien mil francos para que los aplique á una buena obra. No podemos hacer otra mejor que socorrer á todas esas mujeres y á todos esos niños, y vengo á pedirle que les reparta esa cantidad. Pero le advierto que mi amigo desea conservar el incógnito.

—No nombraré, á V., señora Duquesa.

—Eso temía yo. ¡Cuánto se equivoca V.! Le juro que no entro ni salgo en esto, y que me causaría un disgusto muy grande, pero muy grande, si pronunciase mi nombre.

—¡Va V. á ponerme en un apuro! Yo no puedo distribuir esa suma por mí mismo. Tengo que depositarla en nuestra caja de socorros y dar cuenta de ello al Alcalde y á mis

compañeros de corporación. Todo el mundo querrá saber de dónde procede tanta liberalidad.

—Entonces, si está absolutamente prohibido á mi amigo hacer el bien en secreto, decid su nombre. Se llama el Barón de Virmeux. Ya está V. satisfecho. En cambio, le pido me dé su palabra de honor de que no ha de sonar mi nombre para nada. Las viudas y los huérfanos de los náufragos querrán rezar por el Barón, y yo no merezco ir mezclada en esas oraciones.

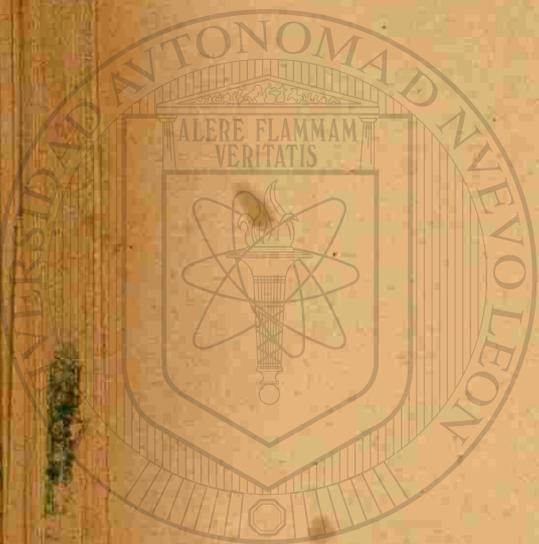
—Le doy mi palabra, Duquesa.

—Gracias. Id á verme un día de éstos á las Ruinas. Tal vez tenga que daros otra cosa.

—¿También de parte de su amigo?

—También. Le están devolviendo poco á poco una gran suma que le estafaron, y como ya no contaba con ella, la distribuye entre los desgraciados.

Cuando salí de casa del doctor Fillette, volví al Portel y llamé á Luisa Bauquet. Como le había prometido, ha vuelto á su oficio de doncella mía.



XXIV

27 Septiembre.

Otra interrupción en mi *Diario*: dos meses de silencio.

¿Por qué?

Los hechos, los acontecimientos me han faltado... No tenía nada interesante que consignar.

¿Es seria esta razón, es sincera esta respuesta? No escribo la historia de un tiempo, ni la historia de los demás. Escribo mi pequeña historia, mi vida, y es evidente que algunas temporadas tiene que ser algo uniforme y monótona. Pero antes, cuando no tenía sucesos que relatar, los reemplazaba con pensamientos: mis impresiones, mis sensaciones del día. ¿No habré experimentado nada, no habré sentido nada desde fines de Junio últi-

mo? No. Entonces, ¿de dónde procede mi silencio, por qué todas esas páginas en blanco?

Me atreveré á confesarlo: me ha faltado valor para hacer examen de conciencia. Temo encontrarme demasiado culpable y hallar que he cometido pecados demasiado graves; no de esos pecados materiales que saltan á la vista, que hacen subir el rubor al rostro, que acongojan el alma y que una desea confesarlos cuanto antes mejor, con la esperanza de calmar el remordimiento, de obtener la absolución; sino pecados de esos otros, latentes, pasivos, por decirlo así, de los cuales no es posible darse cuenta exacta hasta mucho tiempo después de haberlos cometido, cuando la imaginación, que es la verdadera culpable, está menos sobreexcitada.

¡La imaginación! ¿Podía yo impedir que la mía se extraviara durante esos dos meses? Y cuando digo que ella es la única culpable, ¿tengo razón? ¿No debía yo prever que se extraviaría fatalmente y que dejaría yo de ser dueña de evitarlo? Mío era el deber de no lanzarme á una aventura descabellada, de no pensar en una venganza insensata. ¿Se porta así una mujer honrada? ¿Pueden absolverme el objeto que perseguía ó la idea que me guía-

ba? ¿Justifica el resultado obtenido los medios empleados para alcanzarlo?

Pero si he pecado con el pensamiento, si mi cabeza se ha caldeado en ciertos momentos, si la curiosidad ha sido algunas veces una obsesión, si tal vez el deseo... sí, debo confesarlo... el deseo, durante un segundo, me ha subido al cerebro, mi despertar ha sido inmediato, me he revuelto enseguida contra mí misma. La voluntad se ha impuesto á la imaginación.

¿Habría triunfado esta voluntad en otras condiciones? También debo preguntármelo y contestarme, aunque la pregunta sea indiscreta y la respuesta delicada. Precisaré, sin embargo: si en vez de encontrarme enfrente de una mujer á quien odiaba y de quien deseaba vengarme, hubiera tenido que habérmelas en los mismos sitios y por tanto tiempo con una mujer cualquiera, enloquecida del mismo modo; en una palabra, si Luisa Bauquet, en vez de ser Melinita, hubiera sido Luisa Bauquet nada más, ¿qué hubiese sucedido?

Esta pregunta es absurda y no puedo contestarla. Precisamente el tiempo transcurrido, la vida ociosa y enervante á que me he condenado, son las únicas cosas que hubieran

podido vencer mi voluntad y hacerme rendir, llevarme al envilecimiento, y no me habría yo expuesto jamás á tales peligros. Dicen que la mujer á quien nadie trata de seducir no tiene mérito ninguno en permanecer virtuosa. Error: si no es atacada, es porque todos saben que nada pueden contra ella, es que ha procurado con tiempo ponerse á cubierto de todo peligro, cumpliendo de ese modo su deber elemental de mujer honrada, el cual consiste en huir del enemigo, en no jugar con fuego. No hubiera yo ciertamente jugado ni con la hoguera que encendía á Luisa Bauquet, ni con el que pudiera latir disimuladamente dentro de mí, si mi idea de venganza no hubiera sido una verdadera obsesión.

¿Me he vengado bien? Creo que sí. En todo caso, he procurado hacerle sufrir todos los suplicios que había hecho pasar á mi marido. Le he aplicado la pena del talión en su grado máximo; pero introduciendo naturalmente algunas modificaciones forzosas. Se había atrevido á decirme que el Duque se quedaba á mitad de camino, porque se encontraba demasiado enervado, sin fuerzas para continuarlo. Yo, que tengo mejor opinión de los nervios de las mujeres y que sé que resisten

á la fatiga, no le permitía á ella emprender la caminata.

Cuando comprendía que renunciando al camino derecho procuraría aventurarse por un atajo desconocido, tenía buen cuidado de vigilar á la entrada del sendero. Si alguna vez le ha sido permitido besar los pies de su ídolo, el ídolo se ha ocultado á sus miradas, cuando los besos iban á tomar el camino de los pies á las rodillas.

¿Y se ha satisfecho con esos goces, largo tiempo deseados, raros y tan pequeños? Sí, porque seguía esperando ir más allá, como lo esperaba el Barón de Virmeux. ¿Y por una satisfacción tan pequeña consentía en sacrificar todas las semanas una nueva parte de su fortuna? Sí, lo mismo que el Barón lo había hecho, por terquedad y por miedo á perder lo que ya tenía dado, segura de su victoria decisiva, enloquecida por una serie interminable de derrotas. Además diría siempre para sus adentros: "Cuando venza, mi millón volverá á mí de una sola vez, junto, aumentado por los intereses, tal vez aumentado en una mitad más."

Creía que aquel dinero estaba muy seguro en mi poder, y no podía ni sospechar siquie-

ra que poco á poco iba tomando el camino de Boloña, y que sin duda parte de él se lo había llevado muy lejos ya el hijo de algún naufrago.

Acaso no hiciese todos esos cálculos; tal vez la juzgo con demasiada severidad. Pero esta severidad se me impone, porque, si no la tuviera como una mujer despreciada, llegaría el momento de verme arrastrada, la compadecería y... ¿quién sabe? ¡Parece que me ama tanto, y ese amor está tan desprovisto de todo mal pensamiento! Una amiga, una hermana, á pesar de su cariño, no llegarían jamás á esa absoluta adhesión, á esa inmoción de sí misma. La amistad sola es, pues, impotente para inspirar tales sentimientos. Se necesita que se le una el amor. Entonces, ¿por qué sublevarme contra su amor? ¡Ah! Ahora se ve, ahora se ve adónde iría á parar si soy indulgente, siquiera un momento, si olvido quién es ella y lo que ha hecho, cuando no me ocupo sino de realizar mis planes. Y para tenerlos siempre presentes, para huir el peligro de dejarme enternecer por su adhesión, de creer en su amor desinteresado é inmaterial, materializo ese amor, transformo en sensación el sentimiento, permito que se aumente ese

deseo odioso y contra la naturaleza de las cosas.

La pena del talión, con una variante. Me ha confesado que avivaba los deseos del Barón. ¿Cómo? Con caricias, sin duda. Yo no traspaso los límites de la coquetería, y con esto me basta. Coquetería de todas clases, principalmente del espíritu, puesto que me ha dicho que también me ama por mi talento. ¡Oh! Y lo hago bien: hablo, relato, procuro hacer frases ingeniosas y exponer pensamientos de novedad. Ella podría contestarme, porque tiene, cuando menos, tanto ingenio como yo; pero no, prefiere escucharme. Parece verdaderamente que bebe mis palabras, y en sus ojos leo yo su deseo, que jamás se verá satisfecho, de apurar la copa de la felicidad.

Me adorno y embellezco también para ella, y ella se encarga de esa tarea, para que de ese modo aumente el suplicio. Todos los días un peinado que ella discurre y que hace lentamente, dando muchas peinadas para que los dedos acaricien mis cabellos. Peinados de otra época, de la Edad Media, del siglo XVIII, con todas sus modas extrañas. De Duquesa me convierto en reina; de reina, en emperatriz; luego, de pronto, en simple burguesa ó en

campesina. Ayer me puso las tradicionales arracadas de oro y la cofia blanca rizada de las mujeres del pueblo de Boloña. Decía que de ese modo estaba encantadora, y para comerme. No permití que me comiese, aun cuando veía que se le pasaban muy buenas ganas de hacerlo.

Después del peinado, el vestirme, porque ha entrado en todas sus funciones de doncella mía. No he suprimido ninguna. Paga muy caro, cien mil francos todas las semanas, el gusto de vestirme y desnudarme. Lo hace tal vez demasiado despacio, cuando se trata de ponerme una falda ó de abrocharme el corsé. De activa que era al principio, se ha trocado en despaciosa y contemplativa. Tengo paciencia y me dejo contemplar; pero siempre lee en mis ojos este letrado que se ve en todos los museos: "No se permite tocar los objetos."

No he disminuído el trabajo, antes bien he aumentado á instancias suyas. Ahora permanece en mi cuartito de baño, en mi templo, mientras me baño. Allí está inmóvil, no ya detrás de mí como había hecho un día, sino á mis pies, al otro lado de la pila de mármol negro. Me mira fijamente, y sospecho que tiene el propósito de aprovecharse en la so-

ñolencia que causa el baño para dormirme del todo, tal vez para magnetizarme é imponerme su voluntad. Yo la desafío, porque su mirada no tiene poder sobre mí. Carece de autoridad; el esclavo no domina á su amo. Yo más bien podría imponerme á ella y dictarle órdenes. Pero ¿para qué, si, sin necesidad del hipnotismo, las cumple todas ciegamente? Hasta las adivina, como antes ó mejor que antes.

Después de alguna vacilación y de larga resistencia, he acabado por consentir también que vuelva á darme la sábana y á secarme. Procuro, sin embargo, huir del tiempo tempestuoso, de la oscuridad, de la influencia de las flores y de los frascos de esencias, de todo aquello que al principio me adormecía, cuando no desconfiaba de ella. Hoy desconfío, y mucho. Si hace como que se duerme, como hizo cierto día, la despierto bruscamente con palabras duras. Una vez le pegué. ¿No me ha confesado que tuvo la osadía de pegar también al Barón de Virmeux? La pena del talión. Y como el Barón, tampoco ella murmuró: sometida, respetuosa, continuó enjugándose los hombros pacientemente.

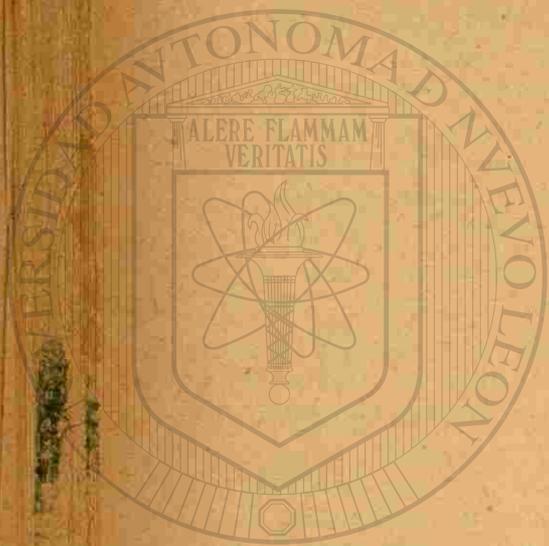
Así han pasado estos dos meses, ni más ni menos. Pues bien, he vuelto á leer este exa-

men de conciencia, y ahora comprendo por qué vacilé tanto antes de hacerlo ¡Ah! ¡Qué bien hace una en escribir su historia día por día! ¡Cuánto mejor se da una cuenta de las faltas que ha cometido viéndolas así inscritas en el papel y todas juntas! El pensamiento procuraba atenuarlas, hacerlas muy pequeñas. La escritura les devuelve sus verdaderas proporciones. Aparecen con claridad, tal y como son, sin el disfraz que una les ponía. Sí, era el pretexto de una venganza; creyendo obedecer á su sentimiento, estaba cometiendo acciones villanas, indignas de mí. ¿No es vergonzoso aceptar el dinero de una cortesana, aunque sea para distribuirlo entre los pobres? Ese millón le pertenece, puesto que se lo habían dado. ¿Pensó el Duque acaso en volver á quitárselo? Ciertamente no. ¿Por qué se lo he quitado yo entonces?

Y cuanto á esa otra manera de vengar á mi marido, condenando á los mismos suplicios que él había sufrido, la repruebo, me avergüenzo de ella. ¡No me perdonaré jamás esa falta!... Sobre todo, no incurriré nuevamente en ella; mi venganza quedará inacabada. Haré más: devolveré á esa mujer, no sus títulos al portador y sus valores, puesto que ya

están vendidos y el producto de ellos ha sido repartido, pero le devolveré una suma igual á la que me ha entregado.

Bien. Pero hoy, después de todo este tiempo que ha pasado conmigo, de esa larga intimidad enervante que no ha hecho más que aumentar su locura, ¿cómo decidirla á marcharse? Porque no puede permanecer aquí, ¿no es verdad? Es imposible, es imposible. ¡Cuántos ruegos va á dirigirme! ¡Qué desesperación!... No quiero presenciirla... Tendré que encargarme de despedirla á otra persona... Es demasiado duro; además, me buscará, me suplicará... Si le escribiese... No, no puedo comprometerme tanto... No tengo más que un medio: marcharme inmediatamente sin que ella lo sepa, sin decir adónde voy... ¿No descubrirá mi retiro?... ¿Qué hacer? Voy á reflexionar lejos de ella.



XXV

2 de Octubre.

Hasta hoy no he tenido ni fuerzas ni valor para escribir el desenlace de esta tristísima aventura.

La noche me sorprendió en el parque, donde buscaba todavía la manera de decidir á Luisa Bauquet á que se marchara, á que se separase de mí para siempre.

El viento acababa de llevarse todas las nubes hacia el Oeste, y el cielo quedó despejado. Hacía bastante frío, y debía volver á mis habitaciones, porque iba muy desabrigada. Sin embargo, seguí en el jardín, temerosa de encontrarme en el salón á la que quería despedir de mi casa sin saber lo que iba á decirle.

Entonces se me ocurrió la idea de resguar-

darme en las ruinas del antiguo castillo. Nadie pensaría en buscarme allí, y podría reflexionar con tranquilidad y planear algo antes de verme frente á Luisa Bauquet. El Duque hizo medio restaurar, precisamente el año pasado, una de las habitaciones de esa antigua morada, la habitación que, según dicen, ocupó la bella María, la abadesa de Ramsay después del rapto y antes de su casamiento. Algunos escalones desmoronados y vacilantes conducen á esa habitación. Conseguí subirlos, porque los conozco mucho y sé dónde debo poner el pie, y héteme ya en el cuarto de la abadesa. Los muros están apuntalados con barrotes de hierro; algunas vigas nuevas, pero muy desunidas, sirven de suelo. Me aventuro por ellas, atravieso la habitación y llego á la ventana, ó más bien, á un gran agujero que en otro tiempo fué ventana. Allí me detengo. Delante de mí tengo un abismo de veinte ó treinta metros de profundidad, porque el castillo está hoy en alto.

Sentada en una banqueta del jardín que he mandado poner allí para descansar siempre que voy, sigo durante algún tiempo mi pensamiento, busco, y al fin, á fuerza de buscar, acabo por resolver que hablaré yo misma con

Luisa Bauquet. Procuraré hacerle oír la razón, inspirarle una decisión firme, persuadirla de que debe marcharse, por ella y por mí también.

Después de haber meditado bien mis palabras, no pienso más que en volver al castillo, á fin de concluir aquella noche misma. Pero cuando, después de haber vuelto á atravesar la habitación, pongo el pie en el primer escalón, echo de ver que alguien se dispone á subir. Me da miedo y grito: "¿Quién es, quién va ahí?,"

—Soy yo, señora Duquesa— responde una voz.—Estaba con cuidado por vuestra ausencia, y os he buscado por todas partes.

Y al mismo tiempo Luisa Bauquet llegaba á mi lado. No pude menos de decirle:

—¡Qué locura, aventuraros de noche por estas ruinas!

—¡Oh!—contestó.—Esta noche se ve como si fuera de día. Además, conozco mucho esta habitación. Sé que es necesario llevar cuidado y que no debe una inclinarse hacia abajo, á menos que no esté una resuelta á matarse, lo cual es una idea como otra cualquiera.

—¿Qué decis? ¿Por qué hablar de morir?

—Es la influencia de ese agujero, de ese

precipicio. Ordinariamente no pienso nunca en ello. La muerte vendrá cuando quiera, hoy, mañana ó después. Me es igual. ¡Para lo que yo hago en el mundo!

Por instinto, por una especie de intuición que no podía sorprenderme tratándose de ella, porque siempre había leído en mi pensamiento, se adelantaba á los consejos que yo quería darle en la conversación que tenía pensada. Así es que me apresuré á decirle:

—Si estáis descontenta de la vida, ¿por qué no variáis? Hacedla útil, aprovechable para los demás, haced vida honrada.

—¡Yo, Melinita!

—No, vos, Luisa Bauquet. Me habéis dicho que tenéis una hermana casada, madre de familia, que no es muy feliz. Retiraos á su casa, ocupaos con sus hijos, amadlos, dadles el bienestar...

—¡El bienestar! ¿Cómo? Nada tengo.

—¿Y vuestro millón?

—¡Mi millón!

—Sí. Supongo que no os figuraréis que me voy á quedar con él. Lo he empleado en buenas obras, en nombre del Barón de Virmeux... para que os perdone. Pero en cuanto regrese

á París, os reintegraré la suma que me habéis dado.

En vez de mostrarse satisfecha con esta buena noticia, se contentó con decirme:

—Entonces, ¿por qué me habéis pedido ese dinero?

—Para probaros, para saber si erais tan interesada como decíais y como lo habéis sido con el Barón.

—¡Pues bien! Nada habéis sabido: la mujer piensa en sus intereses cuando no ama. Los descuida y los olvida cuando está enamorada.

—Os equivocáis. Algo he sabido. Sois mejor de lo que pensáis, y por eso deseo para vos otro género de existencia.

—Éste me conviene. No quiero variar.

—¿De qué existencia habláis? ¿De la de Melinita, ó de la de Luisa Bauquet?

—De la de Luisa Bauquet, doncella de la Duquesa.

—No podéis seguir eternamente á mi servicio, ya lo sabéis.

—¡Ah! ¡Me despedís! ¡Otra vez!

—No os despido. Acudo á vuestra razón, á vuestro juicio, para que os decidáis á abandonarme, á alejaros de mí.

—¡Ah! ¡Ya lo sabía, ya lo sabía yo! ¡En cuanto os vi volver á vuestro *Diario*... ¡Oh, ese *Diario*!... y escribir, escribir mucho tiempo en él, luego salir sin dejar que os acompañase y entrar en estas ruinas, me dije: "Algún proyecto medita, y tiene malos designios respecto á mí."

—No—le contesté procurando calmarla,—no es un mal designio, puesto que pienso, por el contrario, en haceros llevar una vida mejor... Vamos á ver, estamos á fines de Septiembre. Está ya muy entrada la estación para vivir en este puerto de mar, pronto volveré á París. ¿Puedo conservaros allí en mi casa? Pensadlo vos misma, acordándoos de lo conocida que sois.

—¡Oh! Me disfrazo, me transformo muy bien.

—La señora de La Bére sabe qué estáis á mi servicio.

—Ésa no puede decir nada. Salió de París el día antes que yo, para reunirse en los Estados Unidos con una americana muy bonita y muy rica, la cual responde que no ha de dejarla volver... Además, si, contra toda probabilidad, dijese algo algún día, diréis lo que sin duda alguna habréis pensado decir: "No

sabía que Luisa Bauquet se llamaba Melinita. La he creído siempre una verdadera doncella, acerca de la cual me habían sido dados muy buenos informes."

—Pero ¿y Blazac? ¿No me dijo que Luisa Bauquet y Melinita eran una misma persona?

—¡Oh! Blazac no es de temer. He tenido noticias suyas. Continúa viviendo en Boloña, en el hotel Christol, con una rubita á quien conozco mucho, Rosa Mirón. Es una explosible... para hombres; y Blazac, que es un bonachón y que está fatigado ya, no tardará mucho en arrepentirse de haber querido estudiar de cerca los nuevos explosibles. ¡No hay que contar con Blazac!

Este lenguaje, que sonaba peor aún que de costumbre y me recordaba á la cortesana, esa ligereza para hablar de un hombre á quien en realidad debía ella su fortuna, me sublevaba. No debí pensar en aquel momento más que en su nerviosidad; pero yo también tengo nervios y me había ido irritando poco á poco, viendo que no adelantaba nada con mis consejos y que no podía, ni convencerla, ni siquiera hacer que titubeara. Así es que le dije bruscamente:

—Es inútil discutir más. Debemos separarnos.

—¿Por qué?

—Si me tenéis el afecto que decís, debéis haberlo comprendido ya.

—Sólo comprendo una cosa: que no puedo marcharme.

—Tendréis valor y reflexionaréis.

—Las locas no reflexionan, y yo estoy loca... por vos.

—Razón de más para que yo insista en esta separación. ¿Qué esperáis?

—Que acabaréis por amarme como yo os amo.

—Jamás. No podría.

—Decidme por qué.

—Porque una mujer honradamente educada, cuyo espíritu es recto, cuyo corazón está sano, no podría compartir, ni admitir, ni siquiera comprender ciertos sentimientos monstruosos, si á eso puede llamársele sentimientos. Cuando los manifestáis, en vez de agradarnos, de inflamarnos, como creéis, sólo conseguís inspirarnos repulsión y asco. No estamos hechas para vuestras depravaciones, y nos sublevan. Vuestra corrupción nos desanima. La mayor parte de nosotras ni

siquiera sabe de qué se trata. No temen el contagio; pero creen que esa enfermedad es repugnante. Conocen vuestro vicio, ó lo adivinan; pero no permiten que su pensamiento se detenga en él, ni lo profundice. Saben que existís, pero no existís para ellas. Eso no es honradez, sino simplemente instinto. Sí, una aversión instintiva á todo lo que no parece natural. No se nos debe agradecer; somos así, como ustedes son de esa otra manera.

—De modo—dijo—que jamás os inspiraré otra cosa que repulsión.

—Usted, no. Su amor, sí.

—Y, sin embargo, es bien profundo y verdadero. El corazón está bien interesado.

—¡Si hablara sólo el corazón!

—Haré callar á lo demás, os lo juro. Dejádme á vuestro lado.

—Os digo que es imposible.

—Haced un imposible. ¡Os amo tanto! ¡Ah! ¡Si lo supierais! No pienso más que en vos. Con vos sola sueño cuando puedo dormir; pero ¡ay! ya no duermo. Vuestro recuerdo me tiene siempre despierta... No advertís lo cambiada que estoy; no observáis que ya no se ven más que mis ojos en este rostro escuálido. Lo sé porque me miro amenudo al es-

pejo. ¡Temo tanto ponerme feal... ¡Ó más bien, temo que vos me encontréis feal!... Estos tres últimos meses pasados junto á vos han concluído conmigo... ¿Por qué no me despedisteis la primera vez? ¿Por qué oísteis mis ruegos? Hoy es demasiado tarde, ya no tenéis el derecho de echarme... Moriría lejos de vos... sí, moriría... Tened compasión. ¡Por Dios, tened compasión de mí!

Encorvada, casi de rodillas, me había cogido las manos, las besaba, y yo sentía sus lágrimas que resbalaban por entre mis dedos.

Su dolor me producía mucho daño, y al mismo tiempo estaba furiosa contra mí misma; porque ese dolor lo había yo buscado, lo había yo provocado. Debía haberme complacido, y por el contrario, me hacía sufrir... ¡Ah! ¡Eso era olvidarse demasiado de la soñada venganza! ¿No había sufrido mi marido otro tanto por causa de ella?... ¿Por qué pensé en él en aquel instante?... Pero Melinita seguía estrechándome, y loca ya, me gritaba: "¡Ámame, por Dios, ámame!...", Entonces, sin saber qué decir, ni qué hacer, pero decidida á quitarle toda esperanza, púsele las manos en los hombros, y mirándola frente á frente, le dije:

—El Barón de Virmeux se llamaba el Duque de X... ¡Era mi marido!

—¡Ah!—exclamó ella retirándose rápidamente.—¡Habéis querido vengarlo!

—Sí, pero ya no quiero.

Acometida por otra idea Melinita, dijo en seguida:

—Sois viuda... ¿Cómo ha muerto?

—Se mató por culpa vuestra.

—¡Por culpa mía! ¡Ah! ¡Dios santo, Dios santo!... Todo lo comprendo ahora... Es verdad que no podéis amarme... ¡No, no podéis!

Empezó á pasear por la habitación, repitiendo con voz ronca, como si se ahogara:

—No, no puede amarme, no puede.

Por momentos, se detenía diciendo:

—¡Se ha matado, se ha matado por mí!

De pronto, añadió:

—¡Pues me mataré yo por ella!...

Y... dando un salto, se arrojó por el hueco de la antigua ventana.

.....
 Cuando, un cuarto de hora después, llegaba yo al jardín, estaba muerta... muerta sin agonía. Su cabeza, su cuerpo, se habían destrozado contra una roca de las ruinas.

Esta muerte ha sido atribuída á un acciden-

te fortuito. Mis criados sabían que la señorita Bauquet era aficionada á pasear, de noche, por las ruinas, y uno de ellos había dicho: "Hace mal. El día menos pensado le sucederá una desgracia. El cuarto de la abadesa es muy peligroso."

La enterraron ayer. La fúnebre ceremonia fué verificada en la iglesita del Portel. Había yo hecho adornar un ataúd con las últimas flores de otoño que pudieron encontrar en el parque, en el jardín y en el campo. Yo iba detrás del féretro, seguida de toda mi servidumbre, de las mujeres del Portel y de los pescadores que no habían salido aquel día á la mar.

En cuanto regresé á París, encargué á mi notario que buscase á la hermana de Luisa Bauquet, y que le entregara un millón representado por un título de renta perpetua inscrito á nombre suyo y al de sus hijos.

.....
El Príncipe de T... se ha casado hace un año con la Duquesa de X...

La lectura del *Diario* íntimo que le había sido confiado, aquella confesión tan completa, debió, sin embargo, darle mucho que pensar; sin duda se asustaría de ver á la Duquesa,

después de haber ido tan lejos, detenerse en el camino sin satisfacer su curiosidad, bien excitada por cierto. Seguramente se preguntaría si, á pesar de su honradez, de la energía de su carácter, de sus repugnancias instintivas, más tarde, en un mal cuarto de hora, en condiciones nuevas, imprevistas, no caería en la tentación de aprender más de lo que sabía.

Peró como tiene ideas muy avanzadas, sabe la manera de comprender el amor entre esposos, y acaso se dijo al mismo tiempo: si absolutamente quiere saberlo todo, la instruiré yo mismo; por más que dijera Melinita, arrimando el ascua á la sardina, una buena amante vale más que un amante. Hasta en este género de educación es superior el hombre á la mujer: puede enseñar todo lo que ella enseñe, y también lo que ella no puede enseñar nunca. Las muchachas de los ojos de oro, las Maupin, las señoritas Giraud, las Melinitas no son verdaderamente temibles más que para el marido que respeta á la mujer más de lo que ella quiere ser respetada, y que no quiere ó no sabe hacerla alguna vez que otra su amante. Este es, sin embargo, el medio mejor de guardarla bien y de guardar-

se á sí mismo, si la imaginación de cualquiera de los dos es demasiado viva.

El Príncipe de T... quiso, sin duda, buscar razones para casarse con su bella penitente, como se casó en efecto. Si no hubiese estado bajo la influencia de una confesión un poco incendiaria á trozos, hubiera indudablemente hablado en estos otros términos:

El matrimonio, á pesar del divorcio, que lo ha rebajado mucho, debe ser respetado. Es rebajar, envilecer á la mujer legítima, madre á veces, iniciarla en todos los secretos y en todos los refinamientos del amor. Es también exponerse á grandes peligros: una curiosidad satisfecha, provoca otra, ó la misma, bajo diferente aspecto.

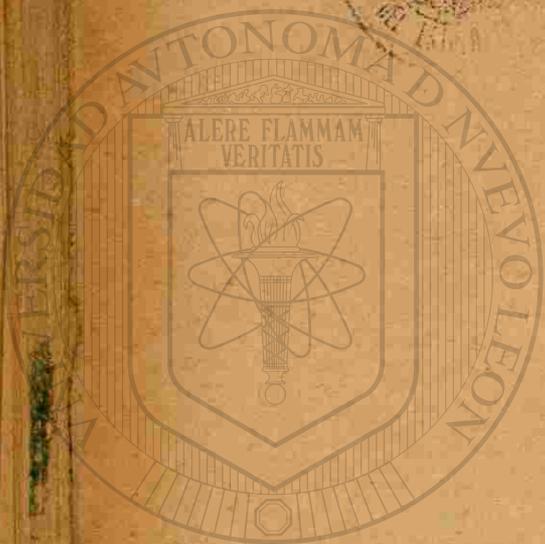
La imaginación de la mujer, una vez exaltada, no sabe detenerse. Por más que el iniciador diga á su discípula: "Ya lo sabes todo. Es siempre lo mismo. Tranquilízate," ella no lo cree, y corre hacia lo desconocido, como si siempre hubiese algo por conocer.

El hombre bien decidido al matrimonio, no debe, por el contrario, buscar una mujer de esas... hay muchas... aun más honradas que curiosas, que saben dominar su imaginación aun cuando se exalte más de lo que pa-

rece ordinariamente? El día en que la encuentre, se contentará con ser un buen marido, un verdadero marido, honradamente enamorado, apasionado... porque la pasión no queda excluída del programa... y con tener hijos robustos y sanos, libres de las neurosis de nuestro tiempo... siempre y cuando, varones ó hembras, sepan guardarse de las Melinitas, que son igualmente peligrosas para los dos sexos.



UNIVERSIDAD DE LEÓN
 BIBLIOTECA PÚBLICA
 DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



ADOLFO BELOT

LA HIJA

DE

TRES BLANCOS Y UN NEGRO

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

HIPÓLITO REGÍN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA HIJA DE TRES BLANCOS Y UN NEGRO

I

Eran dos verdaderos amigos, siempre juntos, que paseaban y cazaban en compañía, que se enfadaban y hacían sus paces por cualquier cosa, el uno bribón y el otro más, éste haciendo favores por vanidad, aquél complaciéndolo con servilismo, necesarios el uno al otro; dos amigos, en una palabra.

El uno se llamaba Ducroc, el otro Bernillón. Ducroc frisaba en los cincuenta años, usaba grandes patillas grises, tenía la mirada alegre, y era abultado de abdomen. Se había hecho entusiasta aficionado de la caza. Se le veía más frecuentemente en la cuadra que en la sala, fustigando ó acariciando á sus perros, y no se quitaba nunca la pipa de la boca, como no fuese para soltar una broma ó un juramen-

to. Era soltero, y mandaba al diablo á tres ó cuatro primos que atisbaban el momento de heredarlo, á los cuales mantenía á respetuosa distancia de su persona.

Allá en su juventud había navegado. Un día, provisto de una pacotilla, se embarcó para la América del Sur, de donde se le vió volver, quince años después, con diez mil libras de renta y un negro llamado Baba. Entonces se instaló, como él decía, en su país natal, un pueblo pequeño, cabeza de partido que se parece á todos los pequeños pueblos que son cabeza de partido, y en el cual, gracias á la fortuna, contó desde luego con la estimación de sus convecinos. Desgraciadamente, no dejaba de dilapidar esa fortuna á fuerza de estúpidas prodigalidades. Por ejemplo, tenía para él solo dos criados: Toimon, una pobre vieja cascada y arrugada, que trabajaba como un negro, y Baba, el negro, que no hacía absolutamente nada. Era éste fuerte como un toro, ágil como un mico y negro como la pipa de su amo. Ducroc no podía sacar partido de él, lo molía á palos, y Baba, que de un capirotazo lo hubiera podido deshacer, aguantaba filosóficamente sus diarias bofetadas y sus palos.

Si podía temerse que Ducroc acabara por arruinarse, en cambio, no había por qué no estar absolutamente tranquilo acerca de Bernillón, que no tenía un céntimo y estaba lleno de deudas. Había sido soldado, como Ducroc marino: soldado raso y asiduo concurrente al calabozo del cuartel. Una herida que recibió en África, lo puso en el caso de pasar á Inválidos, precisamente cuando, según él decía, estaba á punto de ascender. Su paga estaba embargada y su crédito era nulo, cuando, afortunadamente para él, apareció Ducroc en el pueblo. Bernillón supo tropezar con el recién llegado en el paseo á orillas del Maillo saludó cortésmente, entabló conversación con él, contó sus aventuras y se hizo convidar á comer. Desde aquel día data la intimidad entre ambos.

La comida había sido rociada tan de lo lindo que á los postres cayeron uno en brazos del otro y se juraron, llorando, amistad eterna. Bernillón aprovechó la ternura de su nuevo amigo para pedirle el primer empréstito.

Pronto fueron inseparables: Bernillón, en un abrir y cerrar de ojos, había conseguido acomodarse á los caprichos de Ducroc y amoldarse á ellos. Ducroc gustaba de la caza,

por ejemplo, pues Bernillón se volvía loco por ella. Ducroc, porque había sido marino, gustaba de que le llamasen *Capitán*, pues Bernillón le decía *Capitán* diez veces en un minuto. Ducroc, bebedor de primera fuerza, gustaba de que se las mantuvieran tiesas con él, pues Bernillón aceptaba sus retos, pero cuidaba, borracho ó no, de caer á los postres debajo de la mesa, para que su amigo se diese el gusto de creerse gran bebedor. Por fin, Ducroc, inclinado á las familiaridades amistosas, tuteaba á Bernillón, y exigía á veces, después de beber, que éste lo tratara de la misma manera. Bernillón obedecía, pero con torpeza, como á disgusto, y con la timidez propia de un inferior, que apenas si se atreve á usar de la libertad que se le concede de buen grado.

Cuidaba mucho, sin embargo, de no ser siempre de la opinión del *Capitán*, y de no aplaudirle continuamente. Esa conducta hubiese disgustado pronto á Ducroc, porque á éste le agradaba el ruido, la contradicción, la lucha. Así es que de cuando en cuando disputaban y se enfadaban; pero ¡qué enfados! Siempre concluían, al día siguiente, con unas paces cariñosas enmedio de excusas, copitas de vino y calurosas protestas de amistad.

En el transcurso de esta dulce intimidad, la vieja Toinon cayó enferma, y Ducroc, para sustituirla durante su enfermedad y hasta que se restableciera, tomó á su servicio una muchacha de veinte años, llamada Cristina Levert. Esto desagradó á Bernillón. La tal Cristina era una hija bastarda, mal criada, desvergonzada, bribona, amiga de los hombres y bonita. Bernillón conocía á Ducroc y su naturaleza inflamable; sabía muy bien que era capaz de sacrificar sus amigos al último que llegase. Se alarmó, tanto más, cuanto que el día en que la vieja, ya restablecida, volvió á su trabajo, Ducroc, sin embargo, persistió en quedarse con Cristina en casa. Su amigo le hizo algunas observaciones, pero el antiguo marino no le dió oídos. Habló mal de Cristina, y Ducroc le interrumpió de un modo que no le dejó ganas de volver á las andadas. Se las quiso echar de interesante, sus visitas fueron más raras y más cortas. Nadie pareció advertirlo. Una vez dejó de ir por allí durante ocho días, sin que Ducroc fuese á verlo ni lo mandara llamar. Decididamente, su situación iba siendo comprometida.

Entonces Bernillón, habituado á todas las argucias, cambió de táctica, y una mañana se

le vió llegar á casa de su amigo, más cariñoso y más sonriente que nunca. Se excusó tan bien, fué tan amable, que inmediatamente quedaron olvidadas sus faltas. Ducroc le estrechó la mano con efusión, y Cristina, que no era rencorosa, sintióse extremadamente halagada con los piropos que le dirigió. Las buenas relaciones entre ellos quedaron reanudadas enseguida; pero viéronse pronto interrumpidas bruscamente.

Los dos amigos habían vuelto á sus cacerías. Sin embargo, por una singularidad, inexplicable ordinariamente, apenas habían comenzado á cazar, cuando Bernillón desaparecía, sin que Ducroc consiguiera encontrarlo. Éste llamaba, buscaba, silbaba inútilmente, y de mal humor seguía persiguiendo los pájaros, murmurando para su capote: "¡Qué animal es Bernillón! ¡Nunca se sabe dónde se metel."

Por la noche Bernillón le decía que se había extraviado.

Un día, sea que ya le aburrieran esas desapariciones ó que le fueran pareciendo extrañas, Ducroc, que se había quedado solo, recogió los perros y se volvió á su casa. Al entrar en el corral, oyó, hacia el lado de la cuadra, ruido de voces que estaban disputan-

do. Púsose á escuchar: eran las voces de Bernillón y de Baba.

Bernillón acusaba á Baba de ser el amante de Cristina, y el negro hacía á Bernillón la misma acusación. Como de las palabras pasaron á las manos, Ducroc, temblando de cólera, se lanzó á la cuadra, con el látigo en la mano, y á éste quiero, á éste no quiero, empezó á repartir latigazos sin distinguir de colores.

Baba, rugiendo, se escapó al corral. Ducroc echó á Bernillón á la calle, y volvió contra Baba para continuar el castigo. Pero esta vez, el negro, animado por las miradas de Cristina que desde una ventana presenciaba la fiesta, volvióse contra su amo, y de una patada gigantesca lo hizo rodar diez pasos. Luego corrió á la casa, hizo un paquete con sus trapos, y se escapó de la casa llevándose á Cristina del brazo.

Los vecinos recogieron á Ducroc y lo metieron en cama. No tenía contusiones graves. Se le cuidó, y tres días después fumaba ya su pipa.

Bernillón había llegado, bien que mal, á su domicilio. Cuanto á Baba, habíase refugiado con Cristina en casa de un tal Gruchet, carpintero de oficio, con el cual más de una vez

había bebido vino robado en la bodega de su amo. La mujer del carpintero, á quien apodaban la Gruchete, cuidó de Cristina, que tenía dolores y sentíase mal por momentos.

Preguntáronle qué tenía, y nada quiso contestar. Al día siguiente, en vista de que no mejoraba, llamaron á un médico. Éste dijo que se hallaba encinta, y que la emoción del día anterior podía muy bien acelerar el instante del alumbramiento.

En efecto, aquella noche dió á luz una chiquilla, muy endeble y muy pequeñuela, á quien pusieron el nombre de Fanny, y á la cual la Gruchete, que iba á destetar á su hijo, empezó á dar el pecho.

Apenas habían lavado la criatura, acercóse Baba á mirarla, y al verla blanca como la leche, hizo un gesto de descontento; sin duda tenía sus preocupaciones en materia de color.

No por eso dejó de cuidar afanosamente á Cristina. Ésta estuvo pronto buena, y entonces hubo que pensar en tomar una resolución.

Como la Gruchete era una excelente nodriza, convinieron en que se quedase con Fanny para criarla. Luego Cristina Levert, acompañada por Baba, se puso en camino. La extraña pareja iba á buscar fortuna á París.

II

Bernillón, tocándose las partes de su cuerpo que sentía doloridas, díjose que por su propia culpa había perdido una buena posición agradable, y se puso muy melancólico.

Ducroc, por su parte, comenzó por desahogar su cólera contra los pillos que le habían hecho traición. Luego, arregló una vida más tranquila y más dulce, al abrigo de nuevas perfidias. Los primeros días todo fué bien. Pero pronto la soledad se le hizo insoportable: bostezó, suspiró y acabó por aburrirse á tal punto que una tarde cogió el bastón y se fué á pasear por la orilla del Mail, con la esperanza de encontrar á Bernillón.

Y con efecto, Bernillón estaba allí.

Pasaron uno junto al otro, serios, rígidos, sin saludarse y como si no se hubieran visto.

había bebido vino robado en la bodega de su amo. La mujer del carpintero, á quien apodaban la Gruchete, cuidó de Cristina, que tenía dolores y sentíase mal por momentos.

Preguntáronle qué tenía, y nada quiso contestar. Al día siguiente, en vista de que no mejoraba, llamaron á un médico. Éste dijo que se hallaba encinta, y que la emoción del día anterior podía muy bien acelerar el instante del alumbramiento.

En efecto, aquella noche dió á luz una chiquilla, muy endeble y muy pequeñuela, á quien pusieron el nombre de Fanny, y á la cual la Gruchete, que iba á destetar á su hijo, empezó á dar el pecho.

Apenas habían lavado la criatura, acercóse Baba á mirarla, y al verla blanca como la leche, hizo un gesto de descontento; sin duda tenía sus preocupaciones en materia de color.

No por eso dejó de cuidar afanosamente á Cristina. Ésta estuvo pronto buena, y entonces hubo que pensar en tomar una resolución.

Como la Gruchete era una excelente nodriza, convinieron en que se quedase con Fanny para criarla. Luego Cristina Levert, acompañada por Baba, se puso en camino. La extraña pareja iba á buscar fortuna á París.

II

Bernillón, tocándose las partes de su cuerpo que sentía doloridas, díjose que por su propia culpa había perdido una buena posición agradable, y se puso muy melancólico.

Ducroc, por su parte, comenzó por desahogar su cólera contra los pillos que le habían hecho traición. Luego, arregló una vida más tranquila y más dulce, al abrigo de nuevas perfidias. Los primeros días todo fué bien. Pero pronto la soledad se le hizo insoportable: bostezó, suspiró y acabó por aburrirse á tal punto que una tarde cogió el bastón y se fué á pasear por la orilla del Mail, con la esperanza de encontrar á Bernillón.

Y con efecto, Bernillón estaba allí.

Pasaron uno junto al otro, serios, rígidos, sin saludarse y como si no se hubieran visto.

Pero apenas se habían cruzado, cuando volvieron las cabezas al mismo tiempo, é involuntariamente cruzaron una mirada vergonzosa.

Ducroc se sentó en un banco, y Bernillón en otro no lejos del primero. Uno tarareaba una canción, el otro hacía círculos en el polvo del camino con la contera de su bastón. Ardían en deseos de reconciliarse, pero ninguno quería dar el primer paso. La casualidad se encargó de todo.

Una ráfaga de viento arrebató el sombrero á Ducroc. Bernillón se precipitó, cogió el sombrero en el aire y lo devolvió á su amo. Este le dió las gracias.

—No hay de qué—dijo Bernillón.

—Sí. Porque el sombrero ha podido ir á parar muy lejos.

—¿Es verdad que hace un viento! Y... ¿estáis bueno, capitán?

—Bastante bien... ¿Y vos?

—Regular, á Dios gracias.

—Sin embargo, creo que habéis andado malucho—dijo Ducroc sonriendo.

—Un poco—contestó Bernillón sonriendo también.

—Un accidente, según me han dicho.

—En efecto, capitán, un accidente.

Y los dos soltaron la carcajada.

—¡Bribón! — exclamó Ducroc. — Confiesa que te lo habías ganado.

—Lo confieso, pero fué demasiado.

—No fué bastante, porque te has portado como un granuja.

—¡Oh!

—Sí, señor... En casa de un amigo... no respetar su techo... Sí, sí, riete, pero así fué... Yo no me hubiera permitido jamás... Eso de la amistad es sagrado para mí.

—¡Qué bromista sois, capitán!

—¡Tú sí que lo eres! Me haces reir sin ganas...

Charlaron un rato paseándose, luego entraron en el café del Comercio y pidieron una copa de ajeno. Era imposible que no comiesen juntos. Á las cinco hicieron alto en casa de Ducroc. Por fuerza tuvieron que pasar por casa de la Gruchete. Ésta, sentada en el quicio de la puerta, tenía en brazos á la criatura que amamantaba. Dieron un rodeo para no pasar junto á ella; pero al ver que se acercaban, la carpintera se levantó, cruzó á la otra acera, y sacudiendo á Fanny, que lloriqueaba:

—¡Eh! No hay que llorar, señorita, sino, al

contrario, echarle una sonrisilla á papá.

Y así diciendo, casi les metió la criatura por los ojos.

Los dos amigos hicieron como que no veían ni oían nada, y apresuraron el paso.

Al llegar á la esquina:

—Á tí se dirigía—dijo Ducroc.

—No por cierto, era á vos, capitán—respondió Bernillón.

—¡Ya, ya!... Bien conoce lo bribón que eres.

—Eso no importa. Vuestra posición respecto de Cristina equivalía á la de un marido.

—¡No por cierto, de ningún modo!

—¡Oh! Bien poco faltaba.

Y bromearon echándose pullitas y devolviéndose mutuamente la pelota.

—¡Animal! No tienes corazón—dijo Ducroc para concluir.

—¡Capitán, no tenéis entrañas!—replicó Bernillón.

Y se sentaron á la mesa y comieron desafiadamente.

Volviéron á ser más amigos que nunca. Una sola cosa entristecía á Bernillón, no menos que á Ducroc, y es que los recursos de este último, ya muy agotados, iban disminu-

yendo de día en día. Era preciso buscar un remedio á esto. Bernillón, que tenía mucha inventiva, discurrió un expediente que en pocos meses debía no sólo reparar las brechas de la fortuna de su amigo, sino triplicar ésta. Ducroc lo creyó y dejó que hiciese lo que quería. Desgraciadamente, sea que Bernillón carecía de aptitud, ó acaso que tuviese exceso de ella, la operación salió malditísimamente, y Ducroc, en menos de un año, se vió poco menos que en la calle.

Bernillón no por esto lo abandonó completamente; pero en vez de llamarle *Capitán*, como en otro tiempo, no lo llamaba más que *mi pobre Ducroc* y hasta *Ducroc á secas*, cuando se hubo convencido de que ya no tenía nada que sacar de él.



III

Una mañana la Gruchete vió entrar á Bernillón en su casa.

—¡Dios mío! Señor Bernillón, ¿qué os trae por aquí?

—¿Dónde está Fanny?

—Ahí está llorando en la cuna... Pero ¿cómo es...

Bernillón, sin contestar, corrió á la cuna, cogió la niña, y besándola con enternecimiento:

—¡Es mi hija!—exclamó.—¡Es mía, la reconozco!

La Gruchete estaba muda de asombro. Á la lumbre había un poco de caldo. Bernillón se apoderó de él y, quieras que no, se lo dió á la chiquilla con una torpeza tan paternal y

tan conmovedora que la carpintera se puso á llorar á mares.

—¿De modo que es cierto que la reconocéis, mi querido señor Bernillón?—preguntó.

—¡Pues ya lo creo!—contestó Bernillón, volviendo á colocar la chiquilla en la cuna.

Luego, sacando del bolsillo una moneda de cobre que dió generosamente á la nodriza, salió de la casa y se dirigió á la alcaldía.

Media hora después se presentaba Ducroc á su vez en casa de la nodriza.

—¿Y mi hija, dónde está mi hija?—exclamó.

—¡Eso es imposible!—gritó la carpintera, estupefacta.—El señor Bernillón acaba de estar aquí y ha reconocido á Fanny.

—¡Bernillón!—dijo Ducroc furioso.

Cogió su sombrero y corrió también á la alcaldía. En ese establecimiento de utilidad pública vió el registro del reconocimiento de Bernillón, á pesar de lo cual hizo él una declaración absolutamente lo mismo.

—La abundancia de padres no daña—le dijo el empleado del Registro civil, con una sonrisa significativa.

IV

¿Por qué Fanny, que hasta entonces carecía de padre, contaba ahora con dos, por falta de uno? Era que Bernillón, que tenía amigos en París, acababa de recibir de uno, que vivía en la calle Blanca, una carta, en la cual éste se quejaba de su modesta posición y la comparaba á la suerte de ciertas mujeres, entre otras una llamada Cristina Levert, muerta la semana anterior en su casa, y que había dejado tantos y cuántos miles de francos.

Aun cuando la carta no contenía ninguna indicación precisa, Bernillón había comprendido que se trataba de la Cristina de marras, y había obrado en consecuencia.

Cuanto á Ducroc, el señor Guerrín, un notario de París, le había escrito por el mismo correo á fin de pedirle noticias sobre los he-

rederos más ó menos probables de una tal Cristina Levert que había estado á su servicio. Enseguida el antiguo marino había hecho los mismos cálculos que el antiguo soldado, y acometido súbitamente de amor entrañable por la pequeña Fanny, dirigióse enseguida á la alcaldía.

Aquella tarde Ducroc fué á ver á Bernillón. Ya sabemos que no solía quedarse en el buche con nada de lo que le estorbaba.

Bernillón, por su parte, no tenía ya razón alguna para contenerse. La explicación que medió fué viva.

—¡Eres un miserable!—exclamó Ducroc.

—¿Y tú?—replicó Bernillón.

—Quieres acaparar la herencia de Cristina.

—¿Y tú?

—¡Vol... ¿Te atreves á decir?...

—Pues, claro está.

—¡Cuidado, Bernillón!... ¡que me insultas!

—Es posible.

—Me darás satisfacción.

—Cuando quieras.

—Nos batiremos.

—Enseguida.

Se batieron al día siguiente. El arma elegida fué la espada. Se metieron recíprocamente

seis pulgadas de hierro en el vientre. Los padrinos los recogieron y los colocaron en una camilla después de declarar que el honor estaba satisfecho.

En el camino encontraron á un médico que se unió al cortejo.

Su entrada en el pueblo produjo una especie de motín popular. De pronto, una mujer, agitada, nerviosa, abrióse paso por entre la muchedumbre y se acercó á la camilla: era la Gruchete. Rechazáronla. Pero ella se colgó á los faldones de la levita del médico, gritando:

—¡Ah, caballero! Procurad, por Dios, salvar á uno cuando menos!



Los salvó á los dos.
Seis semanas después salían de paseo, Ducroc apoyado en una muleta, Bernillón en un bastón.

Encontráronse.

Siempre, por supuesto, á orillas del Mail.
Ducroc se dirigió á Bernillón.

—Esto no ha concluído—dijo.

—Supongo que no—contestó Bernillón.

—Volveremos á batirnos.

—Volvamos.

Esta varonil entereza hizo reflexionar á Ducroc.

—Estamos haciendo los primos—acabó por decir.

—¿Te parece eso?

—Sí. La pequeña no puede vivir mucho, estando tan endeblucha como está.

—Es probable.

—Supongamos que me hubieses matado el otro día.

—Supongámoslo.

—Y que yo también te hubiera matado.

—Bueno, ¿y qué?

—Que no tendría padre.

—Justo.

—¿Y quién la heredaría?

—¡Toma! ¡El fisco!

—¿No sería eso una estupidez?

—En efecto.

—Pues entonces no debemos batirnos.

—Como quieras.

—Es preciso llevar el asunto á los tribunales.

—¡Pshé!

—Pleitearemos.

—Bueno; pleiteemos.

Y pleitearon.

Fué un proceso curioso.

El abogado de Ducroc encontraba magnífica la causa de su cliente.

El de Bernillón juraba y perjuraba que la suya no podía perderse.

Los escribanos escribieron, los alguaciles citaron, los magistrados dictaron diligencias.

Ducroc tenía gran confianza en una carta que figuraba en autos, escrita por Cristina la vispera de su marcha á París. Esta carta estaba concebida así:

“Senor Ducroc

No queais las mentiras que an dicho de Mi. La chica es buestra. Podeis a Brasarla con confiansa. La que os perdona y os giere

CRISTINA LEVERT.,

—¡Esto es concluyente!—exclamó el defensor de Ducroc.

Peró el abogado de Bernillón sacó otra carta que también figuraba en autos:

“Senor Berniyóm

Ducroc es un tipo. Ya lo conoseis. La chica es buestra Sola.

La que os a mará toda subida

CRISTINA LEVERT.,

Esto era no menos concluyente.

La pequeña Fanny era parte en este pleito. Habíasele designado un tutor especial, el cual solicitaba que ambas pretensiones fueran recusadas, porque la paternidad de Ducroc no le parecía más conveniente que la de Bernillón para su pupila.

El ministerio público se inclinaba á lo mismo.

Sólo la Gruchete y algunas otras comadres del barrio se admiraban de que, teniendo dos padres á quienes elegir, no se apresuraran á elegir uno.

Los magistrados, indecisos, invocaban *in mente* la sombra de Salomón. Se habían tomado tiempo para dictar sentencia.

Desgraciadamente, era de temer que prevaleciese la opinión del tutor. Esto traía vivamente inquieto á Ducroc, el cual fué á ver á Bernillón.

—Es ridículo que pleiteemos—le dijo.

—Tú lo has querido.

—He hecho mal. Porque al fin y al cabo nos van á arruinar las costas.

—Conforme.

—Y nos exponemos á no conseguir nada.

—¿Cómo es eso?

—¡Toma! Es posible que recusen nuestras

dos pretensiones, y que nos manden á paseo.

—¿Lo temes?

—Hasta me parece probable.

—¿Y qué quieres que yo le haga?

—Pues nada más sencillo. ¿No disputamos por el dinero?

—Sí.

—Partamos.

—¿Cómo?

—Que desista uno de los dos.

—Yo, no.

—Que la suerte decida.

Bernillón reflexionó. La proposición parecióle aceptable. Ducroc tiró una moneda al aire.

—¿Cara ó cruz?

—¡Cruz!—dijo Bernillón.

La moneda cayó cara arriba.

—Tú desistirás—dijo Ducroc.

—¡Un momento! Es necesario que ante todo hagamos un contratito.

—¿Para qué? Tienes mi palabra. ®

—No le hace; es mejor así.

Hicieron una escritura. Luego Bernillón se dirigió á casa de su abogado y desistió del pleito.

Al día siguiente supieron que Baba se mos-

traba parte en el proceso y reclamaba á Fanny como hija suya. ¡Un tercero en discordia!

Esto les hizo reír.

—¡Tiene gracia!— exclamó Ducroc.—¡La chiquilla es blanca como un cisne, y el morenito ese quiere que sea suya!

Pero el abogado de Bernillón, que era hombre de una gran práctica, les dijo que no era cosa de risa, que los derechos de Baba parecían fundados, y que era probable que el tribunal los tuviese por buenos. Los dos amigos no volvían de su asombro.

VI

Y sin embargo, no había nada en ello que no fuese perfectamente legal. Para convenirse, basta saber lo que había ocurrido entre Cristina y Baba.

Cuando se va en busca de fortuna á París, por encima de las ventajas de una muchacha bonita deben colocarse las de ser negro... un negro hermoso, se entiende, muy negro y muy lustroso.

Baba había logrado entrar enseguida como lacayo en uno de los más ricos hoteles de la Calzada de Antin.

Cristina, en su calidad de blanca, no había podido encontrar más que una guardilla y un poco de trabajo de costurera. Estropeándose los ojos y los dedos, lograba ganar unos quince sueldos diarios. Esto era mezquino.

traba parte en el proceso y reclamaba á Fanny como hija suya. ¡Un tercero en discordia!

Esto les hizo reír.

—¡Tiene gracia!— exclamó Ducroc.—¡La chiquilla es blanca como un cisne, y el morenito ese quiere que sea suya!

Pero el abogado de Bernillón, que era hombre de una gran práctica, les dijo que no era cosa de risa, que los derechos de Baba parecían fundados, y que era probable que el tribunal los tuviese por buenos. Los dos amigos no volvían de su asombro.

VI

Y sin embargo, no había nada en ello que no fuese perfectamente legal. Para convenirse, basta saber lo que había ocurrido entre Cristina y Baba.

Cuando se va en busca de fortuna á París, por encima de las ventajas de una muchacha bonita deben colocarse las de ser negro... un negro hermoso, se entiende, muy negro y muy lustroso.

Baba había logrado entrar enseguida como lacayo en uno de los más ricos hoteles de la Calzada de Antin.

Cristina, en su calidad de blanca, no había podido encontrar más que una guardilla y un poco de trabajo de costurera. Estropeándose los ojos y los dedos, lograba ganar unos quince sueldos diarios. Esto era mezquino.

Baba iba á verla. No dejaba de hablarle de su amor; pero ella no quería escucharlo ya. La curiosidad que le había inspirado habíase trocado en indiferencia cuando menos. Y, sin embargo, estaba en la miseria, mientras Baba tenía siempre, además de sus galoneados sombreros, algunos escudos en el bolsillo. El negro la socorría dándole parte de su salario. En una palabra, fué tan bueno, tan sumiso, tan amante, que un día Cristina consintió en casarse con él, con la condición de que reconociese á Fanny.

Que explique quien pueda esta resolución. Fastidio, gratitud, cariño maternal, capricho ó cansancio, ella misma no habría podido decir á impulso de cuál de esos sentimientos modificaba su conducta. Baba, por su parte, saltaba y brincaba de alegría. Hizose la boda, y en el Registro civil fué consignada al mismo tiempo un acta formal de reconocimiento de la hija.

Con objeto de tener á Cristina bajo su vigilancia, Baba logró que la admitiesen de doncella en el hotel donde él servía. Por desgracia, el propietario del hotel tenía un hijo de veinte años, que se enamoró de Cristina y desapareció una noche con ella. Baba, en vez de

ser compadecido, fué puesto de patitas en la calle por el padre, en castigo de no haber cumplido mejor sus deberes de marido.

Entonces se puso á buscar á la infiel. Un marido que busca á su mujer, no inspirará jamás en Francia más que ganas de reír, y con más razón si el tal marido es un negro. Por todas partes donde preguntaba noticias, encontraba risas y chacota. Harto ya, entró á servir en otra casa.

Un día iba de pie en la trasera del coche de su nuevo amo, cuando al pasar por la avenida de los Campos Elíseos vió á Cristina que se pavoneaba elegantemente vestida, en un lujoso carruaje. De un salto se puso en el suelo, detuvo los caballos del carruaje donde iba su mujer, tiró al cochero del pescante, y en menos de un decir Jesús tuvo á su mujer cogida por el moño. La infeliz lanzaba gritos desesperados. Acudió gente y la arrancaron maltrecha de sus manos. El negro fué detenido y conducido á la prevención.

Ante la justicia hizo valer sus derechos de marido, y sólo lo condenaron á seis días de cárcel.

Un inglés que lo vió en el banquillo de los acusados ante el tribunal de policía correccio-

nal, lo encontró de su gusto y quiso llevarlo á su servicio. Hízole ofrecimientos; Baba los aceptó y salió inmediatamente para Londres. El inglés era aficionado á los viajes. Baba viajó.

Y así fué que no supo su viudez hasta seis meses despues de la muerte de su mujer.

VII

Su intervención cambió radicalmente la fisonomía del pleito.

Hiciéronse nuevas diligencias.

Luego llegó el día de la vista, y Baba quiso acompañar á su abogado.

—Guardaos bien de semejante cosa—le dijo éste,—porque lo echaríais todo á perder.

—¿Por qué?

—Por el color de vuestra piel.

—Caballero, el color de mi piel es excelente—respondió con orgullo;—no destiño.

—Es verdad; pero comprenda que... la diferencia...

—La chiquilla es la que tiene mal color.

—Desde vuestro punto de vista, sí... Pero os ruego que no os presentéis... Os blanquearé lo mejor que pueda.

—No quiero que me blanqueen.

No hubo medio de hacerlo ceder.

—¡Bah! Después todo—pensó el abogado,—
ennegreceré á la chiquilla, y lo mismo da.

Las sesiones de la vista fueron muy notables. El asunto había hecho ruido, y los periódicos de París se ocuparon en él extensamente.

El tutor rechazaba á Baba, como había rechazado á Ducroc y á Bernillón. Desde ese punto de vista era un auxiliar para Ducroc. El abogado de éste sostuvo, fundándose en la historia natural y en la antropología, que había en la causa imposibilidad física de paternidad, y, por consiguiente, imposibilidad legal. En apoyo de su tesis exhibía á Fanny, á la cual había llevado á propósito, y hacia contrastar su blancura con el color negro de Baba.

Pero el abogado de éste se mantuvo en sus trece. Fué inflexible en los principios. La legitimación por matrimonio subsiguiente equivale al nacimiento de legítimo matrimonio. La regla *Pater is est* no admite excepción. El orden público, la sociedad entera estaban interesados en este asunto. ¡Qué peligros no vendrían si el sistema de sus adversarios

prevaleciese, si la justicia se fijase en una cuestión de color! Pronto veríamos á todos los maridos morenos negar la paternidad á los chicos rubios que dieran á luz sus mujeres. Por fin, se aprovechó también de los caprichos de la naturaleza, y habló de la ternera de dos cabezas y de los hermanos siameses.

El alegato produjo grandísimo efecto. El tribunal, en una sentencia bien razonada, dió la razón á Baba.

—¡Eso es una monstruosidad!— exclamó Ducroc.

—¡Una ignominia!—dijo Bernillón.

—¡Un negro padre de Fanny!

—¡Qué estupidez! Pero ello es, amigo mío, que nos hemos arruinado... Los gastos del pleito habrán acabado de dejarte sin un céntimo... ¿Qué vas á hacer ahora?

—Yo me voy de este pícaro país, donde los derechos más sagrados, los de un padre sobre sus hijos, son desconocidos... Me vuelvo al Brasil para rehacer mi fortuna... ¿Me acompañas?

—No; hago otra cosa mejor. Baba, nuestro adversario, que tenía más motivos para creerme el verdadero padre, ha agradecido

mucho que yo haya renunciado mis derechos.
Voy á hacerme amigo suyo.

—¡Amigo de un negro!

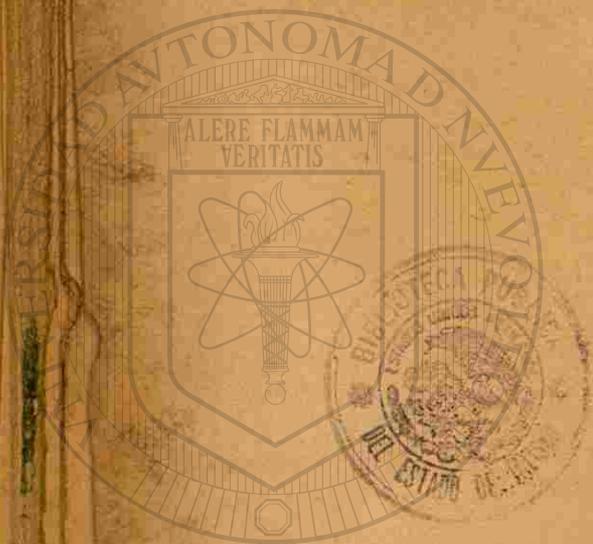
—No hay colores. El tribunal lo ha declarado así en su sentencia... muy razonada por cierto... Adiós, Ducroc.

—¡Adiós, Bernillón!... Pero no olvides que el padre soy yo.

—No; soy yo, y ya no me separaré de mi hija.

Y no se separó de ella, porque, como había dicho, fué amigo de Baba, amigo fiel, que le ayudó á comerse la fortuna que había dejado Cristina, cuando la pequeña Fanny, la hija de tres blancos y un negro, se fué al otro mundo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ2193

.B7

M48

156254

FHRC

AUTOR

BELOT, Adolphe



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



